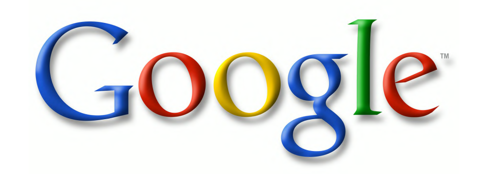



Stanford University Libraries
3 6105 118 133 631









RUIZ MONTOYA

EN

INDIAS

(1608-1652)

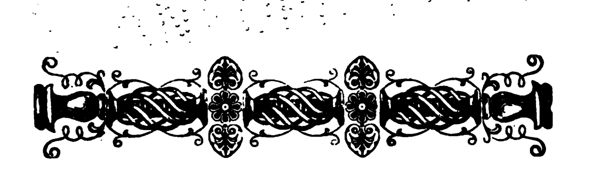
POR EL

DR. D. FRANCISCO JARQUE

Dean de Albarracín
Cura y Rector que fué en el Perú,
de la imperial villa del Potosí.

VOLUMEN PRIMERO

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
1900



ADVERTENCIA PRELIMINAR

Reimprímese ahora la añeja obra *Ruiz Montoya en Indias*, tanto por ser libro rarísimo, como por su importancia literaria, histórica y geográfica.

Seguramente que entre las VIDAS de los misioneros que en Indias evangelizaron, no se halla otra que encierre tanto interés como la del famoso peruano Antonio Ruiz de Montoya. Füé este hombre célebre un propagador del Evangelio y la civilización, tan activo, tan constante, tan sufrido y dotado de tales energías, que en absoluto se puede

decir que no le aventajó ningún otro en sus santas misiones y tareas humanitarias.

No solo fué apóstol del Paraguay, sino que en sus empresas trabajó por igual para sembrar las semillas del bien en casi todos los países que hoy constituyen la América del Sur, como podrán ver los curiosos que con alguna atención lean la nueva edición que de su Vida publicamos ahora.

Comenzó sus afanes bienhechores hacia 1608 y duraron sus cuidados para con los indígenas, á quien siempre consideró como hermanos, que en distintas regiones vivian en la América meridional, hasta su muerte, ocurrida en 1652; no cesó un solo día en dedicar sus fuerzas físicas y sus pensamientos á los que, habiendo nacido en el mismo suelo en que él vió la primera luz, no habían conseguido que les alcanzasen, como á él, las luces civilizadoras.

Huelga aquí la bibliografía de las obras que escribió el autor de la *Conquista del Paraguay* y *Arte y tesoro de la lengua Guaraní*, porque plumas mas doctas se han ocupado en ello y de reimprimirlas.

Del Dr. Francisco Jarque, que tan minuciosamente nos relata lo heróico de sus hazañas, los sucesos de su vida, y que fué su amigo y compañero, nos dice su paisano el Dr. D. Francisco Lorente:

«...el Dean D. Francisco Xarque debe contarse en el número de los Padres Jesuítas, porque, aunque salió de la Compañía, fué, como escribe su hermano (1), para quedarse siempre dentro de ella, como lo testificaron los amorosos oficios con que la correspondía, y el tenor de religiosa vida que guardaba; no falta quien asegura que dejó la sotana para poder mejor defenderla de diferentes calumnias, con que intentó infamarla un prelado de las Indias; pero lo más cierto es

---

(1) Refiérese Lorente al P. Juan Antonio Jarque, humanista y orador notable que imprimió diversas obras desde 1626 á 1662. Latasa le hace autor de unas *Vidas* de los PP. Ruiz de Montoya y Cataldino, insignes jesuítas. Zaragoza, por Miguel de Luna, 1662, en 4.º.

Cuantas diligencias hemos empleado para hallar este libro, han sido infructuosas hasta hoy.

que llegó muy maltratado á la América, á donde lo condujo el celo de la conversión de las almas y que quebrantándose nuevamente la salud con los aires y alimentos de aquella tierra, y con los estudios y cargas de la vida religiosa, quedó enteramente imposibilitado en dictamen de los médicos á emprender tan trabajoso ejercicio, y diciéndole que eran incurables sus accidentes si no volvía á los aires naturales; por esta razón y por librar á los pobres colegios de tan contínua molestia, se vió obligado á dejar la ropa prohibiendo con justas causas la Compañía que vuelvan á Europa con ella los que una vez pasaron á las Indias; vino á la corte de España con una comisión no pretendida y muy honrosa, concerniente á la seguridad de una provincia, y en atención á sus grandes méritos y servicios le hizo la gracia S. M. del decanato de la catedral de Santa María de Albarracín; en esta dignidad se mantuvo todo el resto de su vida, retirándose al fin á su amada patria Orihuela, en donde, y en otros lugares, que contribuían á su prebenda, distribuía toda su renta de li-

mosna, no olvidándose del debido culto á su patrona, á quien consagró diferentes y ricas presentallas, y entre otras una lámpara de plata que hoy alumbre en su capilla. Fué D. Francisco de elevado talento, profundo teólogo, y versado también en ambos derechos.»

Añade Lorente que fué orador elocuentísimo y en sus sermones campean grandemente las luces de su sabiduría (*Historia de María Santísima del Tremedal*. Zaragoza, Joseph Fort, 1744; folios 11 y 12.)

Latasa, en la *Biblioteca de los escritores aragoneses*, al folio 54, tomo I, de la reimpresión hecha en Zaragoza en 1885, dice lo siguiente:

«JARQUE (D. Francisco).—Nació en Orihuela de Albarracín el año 1609. Fué hermano del P. Jesuíta Juan Antonio Jarque, el cual en el tomo cinco del *Orador cristiano*, pág. 39, col. 2, dice, que entró en la misma religión en Zaragoza el año 1624 Que en 1627 viajó al Paraguay con destino á sus reducciones, y que finalmente, hallándose con una enfermedad de peligrosas conse-

cuencias, dejó la ropa de Jesuíta. En este tiémpo mereció la protección del Ilmo. Señor D. Francisco de Borja, Arzobispo de Charcas, quien viéndole muy restablecido y siempre de una vida piadosa y empleada en el estudio, le confirió la rica Rectoría de la villa imperial del Potosí, el cargo de su Juez metropolitano, y últimamente el de su comisario en España, donde en su corte desempeñó sus encargos. Fué presentado en la Abadía de San Juan de la Peña, y no tuvo efecto esta presentación. Suplicó se le diese acomodo en Chile, cuyo clima le era favorable, y en este tiempo, como se vé por un *Memorial* (1) suyo, se opuso á la Canongía Penitenciaria de la catedral de Albarracín, que obtuvo, y después su Deanado y Vicariato general, juntamente con todos los oficios de una sólida piedad y caridad. Costeó en dicha iglesia el retablo de San Ignacio de Loyola, é hizo otras memorias de un eclesiástico próvido y discreto.

---

(1) **Nuestras pesquisas para hallar este Memorial han sido estériles.**

Murió el 6 de Julio de 1691, y fué sepultado con sus mayores en Orihuela.

Escribió:

1.° *Sacra consolatoria* del tiempo de las guerras y otras calamidades públicas de la casa de Austria y Católica monarquía. Valencia, por Bernardo Nogués, 1642, en 8.°. Dedicó este escrito á D. Fernando de Borja, Virey de Aragón.

2.° *Obelisco de piedad.* Exequias del Ilmo. Sr. D. Martín de Funes, dignísimo Obispo de Albarracín. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1654, en 4.°.

3.° *Declamación* panegírica ó acción de gracias en el nacimiento del Sr. Infante Don Felipe. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1658, en 4.°.

4.° *Vida prodigiosa* del V. P. Jesuíta Antonio Ruiz de Montoya. A S. M. Católica. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1662, en 4.°.

5.° *Oración fúnebre* predicada en la santa iglesia de Albarracín en las honras de su digno Obispo el Ilmo. Sr. D. Jerónimo Salas Malo de Esplugas. Zaragoza, por Juan de

Ibár, 1664. Se imprimió en la misma en 1766.

6.° *Vida* del V. P. Jesuíta Josef Cataldino, misionero apostólico en la América. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1664, en 4.°.

7.° *Insignes* misioneros Jesuítas de la provincia de Paraguay, y estado del Río de la Plata. Pamplona, por Juan Micón, 1687, en 4.°.

Hay en esta obra trabajos de su referido hermano el P. Jarque.»

Los insi]nes misioneros... se dividen en tres libros. El primero contiene la vida del P. Simón Maceta. El segundo, que termina en el folio 283, contiene la vida y empleos del P. Francisco Díaz Taño, y cn el tercero, se describe el «Estado que al presente gozan las misiones de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Tucumán y Río de la Plata.»

Este importante y raro libro se compone de 424 folios de texto á dos columas y 4 hojas más de tabla, 425-432.

Solo se conocen de esta obra tres ó cuatro ejemplares.

El título completo del libro que hoy se da nuevamente á la prensa, es:

«Vida prodigiosa, en lo vario de los sucesos, exemplar en lo heroico de religiosas virtudes, admirable en los fauores del Cielo, gloriosa en lo Apostolico de sus empleos. Del Venerable Padre Antonio Rviz de Montoya, Religioso profeso, Hijo del Ilustrísimo Patriarca San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesvs. Escrivela, y la presenta á los reales pies de Su Magestad, su mas humilde, y leal vafallo el doctor Don Francisco Xarque, Dean de la Santa Iglesia Catedral de Santa María de Albarracin, Visitador y Vicario General de su obispado, Comisario del Santo Oficio, y Cura Retor que fué en el Perú, de la Imperial villa del Potofi Con licencia. En Zaragoza, por Miguel de Luna. Imprefor de la ciudad y del Hospital Real y General de N. S. de Gracia. Año 1662.»

En 4.°, 8 hojas preliminares sin numerar, 630 págs. y cinco hojas de índice de lo que se contiene en los libros y capítulos de esta historia.

Se ha reimpreso íntegra con la más escrupulosa fidelidad, y hemos sintetizado el título para hacerlo más comprensible y que quede según el gusto de hoy.

***

A RUIZ MONTOYA EN INDIAS se ha añadido para completar el volumen cuarto la Relación del Martirio de los PP. González de Santa Cruz, Rodríguez y Castillo, escrita por el P. J. B. Ferrufino, que constituyen en el expresado volumen los folios 259 á 308.

Consta de dos hojas preliminares sin numerar y 28 de texto, signaturas A-H, de á 4 hojas, excepto la última que solo tiene 2.

Mereció esta relación ser traducida al francés y publicada en el libro *Histoire de ce qvi s'est passé au royaume du Japon, les annes* 1625, 1626 *et* 1627. París, Seb. Cramoisy, 1633. En 4.°.

En aquel libro lleva el título siguiente:

«Relation de la glorieuse mort des PP.

Roch Gonzales, Alphonse Rodriguez et Jean de Castillio, de la Compagnie de Jesus, occis pour la saincte foy, par les Indiens de la province d'Uruay, appartenant au Paraguay, en l'annee 1628.»

Ocupa en la mencionada òbra los folios 474-485.

También se trató del martirio de estos Padres en el siguiente libro:

De arte voluntatis libri sex..... Accedit ad calcen historia panegyrica de tribus martyribus eiusdem societatis Jesu, in Urugai pro fide occisis, apud P. Eusebio Nieremberg. Lugduni, J. Cardon. 1631. En 4.°

La relación del *Martirio* de los PP. Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo ocupa 45 páginas.

***

PAÍSES Y CIUDADES NOMBRADOS EN ESTA OBRA

Acaray.—Arequipa. — Asunción (Ciudad de la).

Brasil (Reino del).—Buenos Aires (Ciudad de).

Cabelludos (Nación de los).—Callao.—Candelaria (Reducción de la).—Cartagena.—Ciudad Real de Guayrá.—Concepción (Reducción de la Purísima). — Copacavana (Nuestra Señora de).—Córdoba (Ciudad de).—Cuzco (provincia del).

Chaco (provincia de).—Chile (Reino de).—Chiquís (Nación de los).—Chuquisaca.

Encarnación (Nuestra Señora de la).—Espíritu Santo (Villa del).

Geneiro (Río).—Grande (Río).—Guamanga.—Guañañas (Nación de los).—Guaray.—Guayrá.—Guarayrú.

Ibitiruna.—Ibiangui.—Ibiticoy.--Ibitirembeta.—Iñeai (Río).—Itacurú.—Itupé.—Itatines (Nación de los).—Iujuí (Ciudad de).

Jesús María (Reducción de).

Lima (capital del Perú).—Loreto (Nuestra Señora de).

Maracayú. — Marañón (Río). — México (Ciudad de).

Nuatingui de la Encarnación. — Nueva España (Reino de).—Nueva Xerez.

Panamá.—Paraguay (provincia del).—Paraná.—Pararà.—Paranapane.—Patos (puerto de).—Peabiyú.—Perú (Reino del).—Piquiri (Nuestra Señora de).—Pirapo de Nuestra

Señora de Loreto.— Plata (Río de la).—Potosí (Villa del).—Puertobelo

Querembetay.

Salta (Ciudad de).—Salto de Arayní.—Salto del Guayrá.—Salto del Paraná.—San Antonio (Reducción de). — San Francisco Xavier (Reducción de).—San Ignacio (Reducción de).—San Josef (Reducción de).—San Miguel (Reducción de). — San Pablo (Ciudad de).—San Pedro (Reducción de).—San Vicente (Ciudad de).—Santa Cruz de la Sierra.—Santa Fe (Ciudad de).—Santiago del Estero (Villa de).—Santo Tomé (Reducción de).—Siete Corrientes (Ciudad de).

Tape (Reducción de).—Tayaoba (provincia de).—Tayatí (Reducción del).—Tibiquari (Río).—Tivaxiva.—Tucuman (provincia de).—Tucutí (provincia del).

Ubay (Río).— Uruay (provincia del).—Uyahy (Río).

Vibay (Río). — Villa Rica del Espíritu Santo.

Xuxui (Río).

Yabebiri (Río).—Yagatimi (Río).--Ypaumbuzú.

***

PERSONAS CITADAS

Abiyurá (Capitán Manuel). — Aguado (Francisco).—Alfaro (D. Francisco de). — Alegambe (Felipe).—Alvarez (Pedro).—Alvarez (Simón).—Alvarez de la Paz (Diego). Añasco (D. Antonio de).—Aquaviva (Claudio). — Aranda (D. Rodrigo de). — Arenas (Cristobal de).—Aripú (Josef).—Arriaga (Josef de).—Arnot (Luis).—Aresti (Fr. Cristobal de).—Atiobi (Martín).—Avila (Pedro Esteban de).

Badía (Vicente).—Baseo (Juan).—Benavides (Pablo de).

Cabral de Alpoin (Manuel).—Campo y Medina (Juan).—Cañete (Marqués de).—Carranza (Fr. Pedro).—Carnero (Francisco).—Cataldino (Joseph).—Cebrian (Juan).—Céspedes Xeria (D. Luis).—Comental (Pedro). Contreras (Agustín de).—Contreras (Francisco).—Contreras y Sotomayor (Pedro de). Chinchón (Conde de).

Díaz Taño (Francisco).—Domenec (Josef). Durán Mastrillo (Nicolás).—Duarte (Baltasar).

Espinosa (Pedro de).—Espinosa (Agustín de).

Ferrer (Diego).

Godoy (D. Francisco de).—Góngora (don Diego de).—González de Santa Cruz (Roque).

Henarcio (Nicolás).—Hornos (Juan de).

Jarque (Juan Antonio).

Lima (Salvador de).—López (Gregorio).

Macera (Marqués de)—Maceta (Simón). Maldonado (Fr. Melchor). — Manquiano (Juan Antonio).—Mansilla (Justo).—Marín de Funes (D. Pedro).—Marín (Juan).—Marín (Marcos).—Martínez (Ignacio).—Melgar (Cristobal de).—Monte-Rey (Conde de).—Mendoza (Cristobal de).—Mouro (Manuel).

Nieremberg (Juan Eusebio).

Ocaña y Alarcón (D. Gabriel). — Oñate (Pedro de).

Portel (Cristobal).—Pastor (Silverio).

Raposo (Capitán Antonio).—Ruiz de Contreras (D. Fernando).

Solorzano y Pereira (D. Juan).—Salazar (Diego de).

Trejo (D. Fernando de).—Tello (Bernardino).

Urraco (Fr. Pedro de).

Vázquez Truxillo (Francisco).—Vicudo (Capitán).—Villar (Conde del).—Vitalesqui (Mucio).— Xavier (Martín).— Xulve (Gregorio).

***

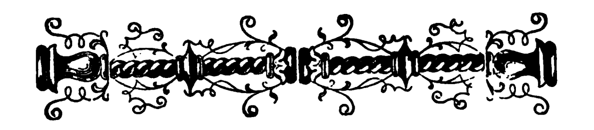
Aun cuando solo fuese por la purisima prosa castellana, culto lenguaje y basto conocimiento del idioma español, que emplea Jarque, y cuya galanura y alarde no cede al empleado por los ingenios de su época, aun cuando solo fuese por esto, repetimos, puede darse por bien empleado el tiempo y recursos que se han gastado en hacer esta nueva edición de Ruiz Montoya en Indias.

Madrid 16 de Mayo de 1900.

P. VINDEL







AL REY NUESTRO SEÑOR

Dico ego opera mea Regi Catholico regum Opt. Max.

—

SEÑOR:

A quien experimentó en beneficio suyo tan liberal y piadosa la mano de V. M., piense le dió para prometerse propicios los reales pies. Con más confianza llego respetuoso á besarlos agora que otras veces. La primera que sin merecerla se vieron en esta honra mis humildes labios, fué el año 1640, recien venido del Perú, con despachos del servicio de V. M., por el cual arriesgué gustoso por mar y tierra la vida y vencedor de borrascas y corsarios, cuando esperé surgir en salvamento, dí en un oculto escollo y padecí en el puerto naufragio, en que se per-

dió hacienda y libertad, despojado y preso en Lisboa por orden del duque de Berganza. La hacienda fuese á pique, la libertad se rescató con singular providencia del cielo. Con la misma salvé mis despachos y los presenté en audiencia privada á V. M., quedándose de mis leales afectos por bien servido, lo fué de mandar se me hiciesen las pruebas de inquisidor, como se hicieron en la inquisición de Valencia, con ánimo de premiar aquellos con alguna plaza del Santo Tribunal. Asímismo ordenó V. M. por su Real Decreto al Supremo de Aragón, me consultase en las vacantes deste reino, y vacando el abadiado de San Juan de la Peña me hizo merced dél V. M. en las Cortes de Zaragoza, aunque no tuve suerte de lograrla por justos respetos. Finalmente, coronando unas mercedes grandes con otras mayores, y hallándome canónigo penitenciario en la santa iglesia de Albarracín, me honró V. M. con su decanato, que hoy poseo, sirviendo el oficio de Vicario general y Visitador deste Obispado. Más era lo que dejé en el rico curato del Potosí, y lo dejé gus-



toso por servir á V. M. Menos es lo que tengo y lo estimo más, por ser premio de lealtad, y de la mano de tan soberano señor. Sobrada cumbre para la pequeñez de mis méritos y caudal menguado, bien que no mucha para la generosidad y grandeza de monarca tan poderoso. *Nihil tam Regium est, quam fecisse felicem, & eo usque præstare, quo se erectus stupeat attigise*, dijo Casiodoro. No hay acción tan de Rey, como beatificar á un pobre y leal vasallo y levantarlo á tal cima de honor que pasme de verse en ella. Obra V. M. como la divina, que de tal suerte cuida de los grandes, que no olvida los pequeñuelos. *Quoniam æqualiter est illi cura de omnibus.* Alguno podrá darme el parabién, ó envidiarme la dicha, con que la beneficencia de V. M. no solamente venció mis esperanzas, sino también la modesta ambición de mis deseos. *Extendisti super spes meas munera tua, & quod est magnum, atque rarissimum. Tua dona mea vota vicerunt.*

Por donde esta mi dedicatoria no es ya, señor, memorial de pretendiente, sino pro-

testación de vasallo agradecido. Mi desgracia es que aún no puedo mostrar mi gratitud sin mezcla de piadoso atrevimiento. Por tal tengo honrar con el real y venerable nombre de V. M. los rasgos de una mal cortada pluma. Pero siempre temí más la villanía de ingrato que la nota de atrevido. Y cuando mi historia, por lo que tiene de mía, no merezca tan alta y tan gloriosa protección, no la desmerece el sujeto de ella, vasallo fidelísimo de V. M., soldado valiente de la Compañía de Jesús, de cuyas proezas yo fuí testigo de vista, y puedo afirmar que con su predicación Evangélica pobló el cielo de millares de almas, y con sola una cruz de palo por espada le conquistó á V. M, más indómitas naciones que los españoles en muchos años con el poder de sus armas.

Este fué el santísimo Padre Antonio Ruiz de Montoya, nuevo Javier del Occidente, ínclito apóstol del Paraguay, lustre de su solar andaluz, gloria de su patria la famosa Lima, en cuyas hazañosas conquistas diré, nada lisonjero, que tuvo V. M. no menos

parte que el mismo que las acometió intrépido, y venturoso las acabó.

Pues nada hizo en la conversión de tantas gentes infieles, ni pudiera hacer sin la asistencia y favor de V. M. por medio de varias cédulas reales, pregoneras todas del celo digno de tan católico monarca, que mandó concederle en beneficio, inmunidad y defensa de los recién convertidos y sin los socorros perpétuos de las reales rentas con que á costa de V. M. viven los apostólicos misioneros y visten la desnudez y matan la hambre á aquellos bárbaros, cuyo usual alimento solía ser la humana carne y los reducen á pueblos y leyes de vida política y cristiana, nada de lo cual pudieran conseguir si V. M. no les acudiera tan dadivoso y tan pío con tan copiosas limosnas. Título honorífico de apóstol de la Gran Bretaña concede la Iglesia á San Gregorio, que el renombre de Pontífice esmaltó con el mismo nombre de Magno, con que Felipe IV el de Rey, solamente porque envió cinco ó seis predicadores á Inglaterra.

Pocos son los años que V. M. no envie á

expensas suyas de sola la Compañía más de ciento. Diga agora el doctor santísimo lo que siente del mérito relevante de príncipes que tal hacen. *Proprium fructum ulmus non habet, tamen portare fructum cum vite solet.* Estéril parece el olmo frondoso de sazonados racimos, y halló ardid admirable para competir con la vid por fecundo; porque dándole grato arrimo en su sólido tronco y sustentando sus vástagos en sus firmes ramas, viene á coronarse de suerte con la riqueza de sus frutos, que se equivoca la vista más de lince y llega á dudar si son del olmo ó no, sino de la parra; pues no menos sirven á la gala de aquel que al atavío de esta.

Plantas hay en el Parque ó Aranjuez que sobresalen entre las demás, lo que V. M. en grandeza de dilatado imperio, sobre todos los príncipes del mundo. Pedirles á estos que prediquen el Evangelio y que conviertan á la fe naciones de paganos, es pedir al olmo peras, y pretender que se arracime como de partos propios de sabrosas uvas. Pues árboles hay de tan milagrosa estirpe

que si no las producen por naturaleza, las llevan por gracia, como el augustísimo Emperador Ferdinando el segundo, á quien meritísimamente apellidaron apóstol de Alemania, porque sin subir jamás al púlpito ni salir á misión, dicen sus coronistas que redujo á la católica fe doce millones de herejes.

Muchos más son los de solos gentiles en cuarenta años de su reinado, que ojalá los duplique el cielo, que ha reducido en ambos orbes V. M. sustentando á los ministros Evangélicos, con tan pródiga y prodigiosa liberalidad que con solo lo que gasta de su real patrimonio en esta obra de tan insigne piedad, tan del servicio de Dios, y dilatación de su Iglesia, es cosa averiguada y fácil de probar, que se pudieran sustentar una armada poderosa por mar y otra por tierra. De donde bien se concluye que cuantos gentiles á devoción de V. M. se convierten en todas las cuatro partes del mundo, tantos preciosos diamantes engasta en su real corona.

No podrá V. M. no mirar con ojos llenos

de cariño y favor á un venerable P. Antonio Ruiz Montoya que tanto engastó. *In multitudine Populi dignitas Regis*. Ya nadie extrañará que en el sereno cielo del ánimo benignísimo de un rey tan todo de la clemencia se forjen rayos de justísima indignación y que tantas cédulas reales se fulminen contra los impíos y desleales Mamalucos del Brasil, que invadiendo y saqueando las nuevas reducciones que dieron á Cristo y á V. M. la obediencia, tiran á eclipsar el esplendor más sacro, á obscurecer el más precioso lucimiento de dicha imperial corona.

En el año de 1640, en que comenzaron á conjurar los vientos y enfurecerse las ondas contra la nave del austriaco y católico imperio, dí á la estampa una *Consolatoria* del tiempo, y sin ser profeta pronostiqué que todas aquellas tempestades habían de hacer con aquella lo que las aguas del diluvio con el arca. *Multiplicatœ sunt aquœ*, & *elevaverunt Arcam in sublime á terra*; que habían de servir á su mayor exaltactón y parar en la bonanza de la paz, que por la misericor-

día de Dios hoy goza y en otra mayor que se espera.

Sirvió á mi pronóstico de fiador seguro la nunca dignamente ensalzada piedad de Rey tan Católico, tan celoso y constante defensor de la Iglesia de Cristo, y nunca me pude persuadir, que todo el poder del mundo y del infierno hubiese de prevalecer contra una Monarquía, que habiéndola fundado Dios para principal baluarte de su Fé, es fuerza corra su defensa por su cuenta y por la de su gran tutelar la Sacratísima Virgen, á quien casi á un mismo tiempo nombró el Emperador generalísima de sus armas, y V. M. Patrona y protectora de todos sus reinos.

Testigo doméstico y fidedigno me aseguró haber visto aquella mi *Consolatoria* en manos de V. M. y que en la fuga de aquellos disturbios, sirvió de algún alivio al real corazón, que fué la honra mayor, á que pudo su autor aspirar.

No espera menos esta mi historia, por el consuelo que podrá causar á V. M. el ver cuán bien se emplea lo que de la Real Ha-

cienda se aplica, para conducir de Europa y sustentar en las Indias obreros tan apostólicos como el P. Antonio Ruiz de Montoya. El cual, si en la tierra se mostró tan celoso de la dilatación de la Monarquía, cierto es, que con más ahinco la solicitará en el cielo, y que con su poderosa intercesión alcanzará de Dios á V. M. y á la Reina nuestra señora largos y felices años de vida, para que entre tantos infantes, como tuvo hijos el patriarca Jacob, vean coronado Rey al serenísimo príncipe D. Carlos nuestro señor como todos los vasallos deseamos y la cristiandad ha menester.

Albarracín á 12 de Diciembre de 1661.

SEÑOR:

Besa los reales pies de V. M., su más humilde y leal vasallo,

El Dr. Francisco Jarque

Dean de Santa María de Albarracín.



CENSURA

DEL PADRE JUAN ANTONIO JARQUE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Por comisión del muy ilustre señor don Jerónimo Sala, canónigo de la santa iglesia metropolitana de Zaragoza y vicario general por el excelentísimo señor D. Fr. Juan Cebrian, arzobispo de Zaragoza y del Consejo de Estado de S. M., he leído con gran consuelo mio esta *Vida del venerable padre y apostólico varón Antonio Ruiz de Montoya*, donde hallo mucho que admirar en tantos y tan gloriosos trabajos como padeció en la conversión de los indios, y mucho que imitar en sus excelentes virtudes, que escribe con grande acierto y muy castizo estilo el Dr. D. Francisco Jarque, mi her-

mano, dean y vicario general de SantaMaría de Albarracín, que por muchos años lo trató familiarmente, y puede ser buen testigo de su heróica santidad y claros ejemplos.

El ser el escritor hermano, me excusa el elogiarlo, que me embarazara mucho el temor, no hiciese sospechosa la alabanza el fraterno amor, por aquella regla general que quien feo lo ama, hermoso le parece.

No puede dejar de estimarse el trabajo y desvelo en escribir esta vida, pues entre tanta asistencia á su iglesia y tantas ocupaciones de su oficio en poco más de dos meses la ha escrito y toda de su mano. ¿Pero qué maravilla, si él mismo me escribe en una carta que siendo molestado de gravísimas jaquecas, en tomando la pluma para escribir luego se congratulaba libre de sus dolores, atribuyéndolo á la intercesión del venerable Padre Antonio Ruiz?

Si este beneficio experimentó, cierto que hizo mal en darse tanta prisa en acabarla. Si ya no espera en premio de su piedad el total remedio y cura de su achaque por la

misma intercesión. Muchas cosas hay en esta apostólica vida en favor de las buenas costumbres y religiosa perfección; ninguna que haga oposición á la sana y católica doctrina. Por donde juzgo será de mucha gloria de Dios, honor de mi madre la Compañía y edificación de los fieles, que llegue por la estampa á noticia de todos.

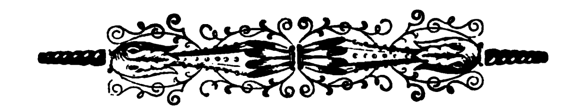
Zaragoza, Noviembre, á 15, 1661.

Juan Antonio Jarque
de la Compañía de Jesús.

IMPRIMATUR

V. Sala. Vic. Gen.





APROBACIÓN DEL MISMO

—

De orden y comisión del muy ilustre señor D. Gregorio Xulve, del Consejo de Su Magestad y su regente del Reino de Aragón, he revisto con gran consuelo mío esta *Vida del apostólico varón el venerable Padre Francisco Ruiz de Montoya*, verdaderamente segundo Xavier del Paraguay, y nuevo Job en lo invencible de su paciencia, en los inmensos trabajos que padeció con admirable tesón en la conversión de los indios, escrita por el Dr. D. Francisco Xarque, mi hermano, dean y vicario general de la santa iglesia de Albarracín, que lo trató muchos años familiarmente, y sobre lo que admiró en él de encumbrada perfección y heróicas virtu-

des, tuvo ciertas noticias en los informes que se hicieron por la Compañía y se le remitieron auténticos.

Dije ya que el ser el coronista hermano, me escusa el elogiar el acierto y cordura con que escribe en estilo tan grave y tan ajustado á la materia y al sujeto.

Grandes ejemplos hay en esta historia para la imitación de todos estados y mucho hallarán que aprender con el magisterio deste misionero grande, los que emplean sus vidas en tan gloriosos ministerios.

No ha sido estudio ni diligencia, sino acaso que los dos muy ilustres tribunales, sin saber el uno del otro, hayan conspirado en cometer y fiar de un hermano la censura.

Alguno lo tendrá por buena suerte del escritor, pues siempre es el juicio más favorable cuando lleva por conjúdice el afecto.

Yo digo que ha sido desgracia suya, pues aunque la revista corriera por el censor más extraño y criminal, no podría negarle muy honorífica la aprobación. Pues con el caudal que el Señor le dió en todo género de buenas letras, se ha desempeñado el Dean con la fe-

licidad con que acostumbra en todo lo que emprende.

Este es mi sentir; si alguno juzgare que lleva mezcla de pasión, podrá perdonarlo al amor de hermano.

Lo cierto es que tiene mucho concerniente á fomentar la piedad y buenas costumbres y nada que se oponga á la católica enseñanza.

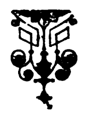
Zaragoza, Noviembre, 15 de 1661.

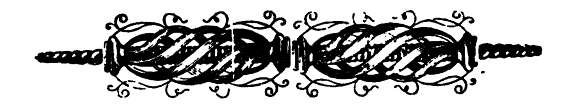
Juan Antonio Jarque

de la Compañía de Jesús.

IMPRIMATUR

V. Xulve Reg.





INTRODUCCION

Y ADVERTENCIAS Á ESTA HISTORIA

y protestación del autor.

Con razón le pareció al Rey David que aunque Dios, por omnipotente y sabio en lo que hace, por el acierto en disponerlo y facilidad en ejecutarlo, es siempre digno de toda admiración y alabanza; pero singularmente y por excelencia admirable en sus santos, mucho más que en todas las demás obras de sus manos divinas, Psal. 67, *Mirabilis Deus in sanctis suis*. Eso no solamente porque á ellos los hizo santos con los auxilios de su gracia y por los extraordinarios caminos por donde los condujo á la santidad y perfección sino también por haberlos tomado por instrumentos para hacer santos y perfectos á

otros muchos, y de los mismos que en algún tiempo militaron en las banderas del mundo, y del demonio, declarados enemigos de S. M., haber formado y reformado los tercios de su más leal y valerosa milicia para hacer guerra al pecado y al infierno. Que sea el Bautista santo en las entrañas de su madre y que el que santo nace, prosiga en serlo hasta que santo muere, grande milagro y que no poco arguye el poder infinito de Dios. No sé yo si lo concluye con más eficacia un apostol, San Pablo; de grande pecador, grande santo; de vaso de ira, vaso de elección; de carnicero lobo, cordero manso; de perseguidor sangriento, defensor máximo de la fé. Esto es lo que celebra la Iglesia en María Magdalena. *De vase contumeliæ in vas translata gloriæ.*

Mucho puede ostentar el aurífice su destreza y primores del arte en labrar de un pedazo de oro un vaso artificioso, del cual se puede decir: *Materiam superabat opus*, que se estiman más las manos que lo que pesa el rico metal. Pero mucho más diestro y admirable se mostraría si de un pedazo de

sucio barro, de frágil vidrio, de tosco hierro, fundiese un hermoso copón de oro para el aparador y mesa real. Que el que vino se exprime en el lagar de las uvas, vino se conserve y con el tiempo en buena madre se mejore en néctar, no es maravilla; el prodigio sería convertir en generoso vino un fortísimo vinagre. Lo primero hizo Dios en un Bautista, lo segundo en Saulo y Magdalena; donde más admirable cada uno lo juzgue, que yo no quiero resolverlo; conténtome con exclamar de nuevo con David: *Mirabilis Deus in sanctis suis.*

De suerte que por tres títulos, entre otros muchos, debemos tributo de admiración y alabanza al divino poder, porque hace á los hombres santos, porque forma y transfigura en santos grandes desalmados pecadores, y porque habiendo purificado á éstos en el crisol de la penitencia, de la escoria de sus culpas, se vale dellos para santificar los pueblos, para sacar naciones enteras de las crasas tinieblas de su ignorancia y malicia; para alumbrar con la luz del Evangelio provincias de gentiles que yacían sepultadas en las

sombras de la muerte. Todos estos motivos para admirar la potencia y sabiduría de Dios, y hacernos lengua en alabar su bondad, hallaremos en la vida que escribo del venerable Padre Antonio Ruiz.

Si consideramos la que hizo en el mundo en el abril de sus floridos años en el fervor de aquella edad lozana y briosa, representarásenos un prodigio en desperdicios de tiempo, de hacienda, de salud y aun de los dones de la naturaleza y de la gracia; un Saulo, si no perseguidor de la fé, sí enemigo de la virtud, fautor del desgarro y libertad, estrellero, picado de valiente y asomado á temerario, camarada de gente de la hoja, inquieta, bulliciosa y holgazana, que nunca mira al cielo ni se acuerda que ha de morir.

Si se me desparece secular y se me esconde en el buen retiro de la sagrada religión de la Compañía de Jesús y deseoso de ver en qué paró aquel relámpago de la bizarría, aquel rayo del valor, voy en busca suya, es necesaria mucha atención para no desconocerlo, y con agravio del testimonio fiel que de él me dan los ojos, no acabo de persua-

dirme que sea aquel el que conocí en el siglo. Tan trocado lo admiro de cabeza á pies, que parece otro, ó que Dios lo fundió de nuevo como á Saulo en la vía de Damasco, con el cerco que le puso de celestiales luces. Véolo todo del desengaño, del conocimiento suyo y de Dios, de la piedad y devoción, de la modestia y encogimiento, de la penitencia y rigor; todo careado con el cielo y con sus eternos bienes; todo olvidado de las vanidades del mundo, todo celo de la salvación de las almas y conversión del gentilismo; y en una palabra, respeto en él un traslado de Pablo en Occidente y un nuevo Xavier en Paraguay; y sin poderme contener, vuelvo á exclamar con David: *Mirabilis Deus in sanctis suis.*

En los varios empleos y ministerios santos deste apostólico varón, se hallan rarísimos sucesos, grandes maravillas que obró mediante la intercesión y asistencia de la soberana emperatriz de los cielos, de quien fué cordialísimamente devoto y muy privado y favorecido. A imitación de su reina fueron muchos y no pequeños los favo-

res que le hicieron los espíritus celestiales.

¿Cómo no han de querer bien los de palacio á quien saben que mira con buenos ojos su princesa y señora, siquiera por hacer á su gusto esta grata lisonja? Pero cuando llegue á referirlos, nunca será mi intención darles más apoyo, autoridad y crédito que el que resulte de la humana fé y opinión; bien que fundada ésta en la deposición de abonados testigos *Omnis exceptione maiores.* Antes bien, como hijo obedientísimo que me profeso de la católica Iglesia, todo lo sujeto á su corrección y censura; que quien en los rumbos de su pluma la lleva por Norte, seguro de escollos navega mares, y libre de naufragios, desprecia golfos. Y en todo me ajusto al decreto de nuestro Santísimo Padre y Papa Urbano VIII, de felíz recordación.

Ningún título de los que sobre él de venerable le diere al Padre Antonio Ruiz, tendrá más autoridad que el dárselo yo hasta que la misma Iglesia, como se puede esperar, se la conceda mayor.

Para tener más ciertas noticias de sus glo-

riosas empresas y formar concepto cabal de sus heróicas virtudes, tengo por necesarias algunas previas advertencias, satisfacción á los reparos que podrían los lectores hacer, si no fuesen prevenidos, sobre lo sucedido en aquellas provincias, de nuevo aquistadas á ambas magestades divina y católica, por todo el tiempo que el Padre Ruiz trabajó incansablemente en su conquista y defensa y las ilustró con el resplandor de sus ejemplos, santificó con su fervorosa predicación y estableció y aumentó con sus fatigas y desvelos.

Sea, pues, la primera advertencia que mucho de lo que yo refiero se hallará ya en los Anales del mismo año en que sucedió, ó en otras *Relaciones* impresas, particularmente en el libro de la *Conquista espiritual*, que dió á la estampa el mismo Padre cuya vida escribimos, á quien será fuerza citar en sus lugares, publicando el nombre del autor de obras excelentes que su humildad y modestia calló, en las cuales tuvo tal vez más cuidado con la sustancia de la verdad que con accidentes y circunstancias del cómputo de

los tiempos y confrontación de los lugares en que se ejecutaron.

Así trabajaron los grandes santos en ocultar sus nombres á las noticias de los siglos venideros, para que á solo Dios se diese la gloria de sus hazañas: pero no siempre lo pudieron conseguir, porque la Divina Providencia frustró sus humildes intentos, y por donde pensaron quedar más escondidos los hizo á todo el mundo más manifiestos. Imitó este apostol del Occidente al del Oriente San Francisco Xavier, el cual dice en una de sus epístolas, lib. 1, ep. 5: *Equidem hominem, nori cum inipsis periculis omnem in Domino spem & fiduciam habere consuevisset, cœlestibus donis, quæ longum esset precensere mire cumulatum.* Para animar á sus hermanos á que esperasen en Dios y arrojasen alegres el pecho á la corriente de los mayores peligros, dice el ánimo y la confianza con que él atropelló con los suyos, y los regalos y favores que le hizo el cielo en premio de su valor; pero cuéntalo de suerte que siendo él el valeroso y beneficiado de Dios, quiere que se entienda de tercera per-

sona. La segunda advertencia juzgo por muy necesaria para que nadie extrañe cómo siendo el P. Antonio Ruiz tan humilde y despreciador de sí mismo, como adelante constará que fué, pudo publicar, dejándolos escritos de su mano, los grandes favores que recibió del Señor, de su santísima madre y de otros santos de la corte del cielo.

San Agustín decia que el humilde es santo, y más santo el más humilde, y el humildísimo santísimo. Pues si no hay santidad sólida donde no hay humildad, ¿cómo se compadece con ésta pregonar las mercedes que le hizo Dios en el retiro de su celda? No aprenden esto los hijos en la escuela de su santísimo Padre y Patriarca Ignacio, el cual mostraba disgusto de que en las quietes contasen revelaciones, no quería hiciesen dellas tanto caso como de las macizas virtudes. Aquellas están muy expuestas al viento de la vanidad, éstas se conservan como las brasas cubiertas con ceniza. Y á su confesor le mandó, so pena de descomunión, que á nadie comunicase lo que él en secreto de confesión le descubría de las misericor-

dias grandes que recibía su alma del Señor. ¿Pues cómo, cuando el discípulo humilde de tan gran maestro tomó la pluma para escribir las suyas, no se la quitó de la mano santamente indignada su profunda humildad?

Poco tropiezo para un noticioso de los fueros municipales que observa la Santa Compañía, en el dar los súbditos á sus superiores cuenta de sus conciencias, ó en confesión ó fuera della, como más se consolaren. Manda su gran fundador en la regla escrita con el dedo de Dios, como decía un Pontífice Sumo: *Digitus Dei est hic*, que aquellos á estos con toda llaneza y verdad les desabrochen sus pechos para que vean el estado de sus almas sin celarles, ni vicios y siniestras inclinaciones, ni virtudes y regalos de Dios, los unos como el doliente al médico ó cirujano experto las llagas, para que les aplique remedio y las cure; los otros para ser encaminados donde quiera que algo torcieren; que si bien me acuerdo, son formales palabras de aquella prudentísima constitución. Porque suele el enemigo co-

mún transfigurarse en angel de luz y engañar á muchos.

Pues si el superior llega á saber estos favores que hace el Señor en la soledad al alma del súbdito y le manda á este que se los dé por escrito, ¿cómo podrá, por más instancias que haga la humildad, resistirse una obediencia tan rendida como profesan los hijos de Ignacio?

Demos que obedeció el súbdito con toda candidez, y que el Superior tiene la relación de aquellos favores; callarlos podrá prudente mientras el sujeto viva; pero si lo alcanza de días, ¿por qué no los ha de publicar después de su muerte, cuando ya cesó el riesgo de desvanecerse? Mover le debe á manifestarlos el celo de la mayor gloria de Dios, el consuelo y edificación común de los demás súbditos que militan debajo de la misma bandera, para que se alienten á servir con nuevo fervor á un dueño tan generoso, que así premia á quien bien sirve, y aun en esta vida corona á los que legitimamente pelean.

Cuando esta doctrina no tuviera más autori-

dad que la grande de un hombre tan alumbrado de Dios, como aquel santísimo Patriarca, era para la seguridad apoyo suficiente, porque en materias de espíritu la pluma de Ignacio es punta de unicornio, que las aguas que toca pueden beberse sin temor de veneno.

Pero es esta doctrina de muchos santos Padres y jubilados maestros de la vida espiritual. Valga por todos el testimonio de uno tan grave como San Juan Crisóstomo, hom. 26, de verb. Apost. *Quemadmodum suas recitare virtutes, extremœ videtur esse dementiœ, si nulla superest necesitas; ita, necesitate violenter incumbente, perditio est eatacere, quœ quis studiose perfecit.* Asi como el ir pregonando á son de clarín sus virtudes, como lo hizo en el templo el altivo fariseo, es una hipocresía y sobervia loca, que da mucho en rostro á Dios, á los ángeles y á los hombres, cuando no hay ó necesidad ó conveniencia grande del bien común y gloria de Dios que á ello obligue; así el callarlas cuando tercia semejante obligación que siempre ha de ser para el verdade-

ro humilde violenta, sería cosa de mucho escrúpulo. Por donde cuando lo manda quien puede, fuerza es que la humildad preste paciencia, y se tenga firme en sus estribos y le deje á la obediencia descubrir lo que obró en el estudio de la perfección.

Véanse sobre este punto estos autores que cito: P. Palma, lib. 2 del *Camino espirit*, cap. 19; P. Andrade, Aviso 39, § 8; Aviso 41, § 5; Aviso 50; § 3; Fr. Jerónimo de San Joseph, lib. 5, cap. 9, núm. 8, con que yo escusaré el meter la hoz en mies agena. No diré más que lo que Santa Isabel, vírgen, refiere de sí misma en una carta á la bienaventurada Hildegarda, que un angel la reprendió y castigó severamente porque callaba las mercedes que de Nuestro Señor recibía; advirtiéndole que muchas veces no las hace su Majestad, *Ut abscondatur, sed ut manifestentur ad laudem, & gloriam Dei, Salvatoris, & populi utilitatem*. Justificada queda la manifestación, cuando estos dos altísimos fines de la gloria de Cristo y utilidad de los fieles la solicitan.

Muchos y grandes fueron los favores que

recibió de Dios nuestro Padre Antonio Ruíz; era humilde de corazón, y quisiera esconderlos con perpétuo silencio. Pero asimismo era hijo de obediencia que en la religión manda más que la humildad. Cumpliendo con su regla en la cuenta de su conciencia, dió de todos individual noticia á su superior. Mandole éste que se los diese por escrito; lance forzoso fué obedecer, bien que con repugnancia notable; y celando algunas circunstancias que no tanto conducían á los dos fines sobredichos cuanto á la estimación de su persona que siempre aborreció. Para la fe de otras grandes mercedes que se hallaron en el libro de su recibo, no será necesario apelar á su deposición, porque viven hoy muchos testigos de vista en la Compañía y fuera de ella, y yo fuí uno de ellos, que tuve estrechísima amistad y larga correspondencia con el Padre Antonio Ruíz y le debí tierno amor y grandes beneficios. No fué el menor haber venido desde la Corte, donde residía, por negocios gravísimos de aquella nueva cristiandad, á descansar en esta su casa, y santificar con sus huellas la

de mis padres en el lugar de Orihuela, diciendo misa en la doméstica capilla, y en la que tenemos en la parroquial, que aunque siempre lo fueron, después acá con particular cariño las venero, santuarios de mi devoción, y con más consuelo celebro en ellas. Ultimamente advierto que los historiadores de las Antiguas, en todo el tiempo que este angel veloz discurrió por aquellas dilatadas provincias, solicitó de la conversión de sus bárbaras naciones, no tuvieron cumplida noticia de las varias regiones que peregrino ilustró con su presencia y apostólico benefició con su predicación, ni de otras cosas notables de que con el tiempo se adquirieron ciertas noticias, que yo con toda fidelidad daré en esta vida, para que sea glorificado el Señor que en todos los siglos cuida de proveer operarios tan insignes á la labor de aquella extendida viña de la inculta gentilidad. Pero asimismo se debe notar que de las narraciones y cartas que en esta historia cito (y por la mayor parte son del mismo P. Antonio Ruiz), pongo todo cuidado en no faltar un punto á la relación del hecho, de que ellas dan

noticia; pero no siempre traslado las mismas palabras, porque el que las escribió, más atendió á narrar la verdad que al aliño del estilo, del cual tiene obligación de cuidar el que escribe una historia. Una misma verdad en la sustancia se puede proponer con accidentes de palabras más ó menos propias, ceñidas, decentes y compuestas; bien así como engastarse el mismo diamante en más y menos precioso metal.





LIBRO PRIMERO

De la vida del Venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

APOSTOL DEL PARAGUAY

CAPÍTULO PRIMERO

Su patria, nacimiento y educación hasta los nueve años.

Muy á la letra vemos cumplido en el ya rozado y con la labor Evangélica, fructuoso campo del gentilismo de la América, lo que el Señor prometió misericordioso que había de hacer en la venida de su hijo, por el evangélico profeta, Isaías, 35, *Lœtabitur deserta, & invia, & exultabit solitudo, & florebit, quasi lilium. Germinans germinabit & exultabit lœtabunda & laudans; gloria Li-*

bani data est ei; decor Carmeli & Saron. Ipsi videbunt gloriam Domini & decorem Dei nostre. Ya da saltos de alegría aquella cuarta parte del mundo, por muchos siglos tan olvidada y desconocida, como si no lo fuera deste todo; desierta en otro tiempo de hombres de razón y habitada de brutos y fieras en andar de hombres. Páramo poblado de jarales espesos donde no se hallaba camino para la verdad y conocimiento de Dios porque no los permitía la superstición é idolatría que dominaba aquellas regiones.

Ya, gracias á Dios, se abrieron por él muchos y reales para el cielo, y sendas seguras para llegar á la cumbre de la perfección. Regocijarse ha, y alabará al Señor que la convirtió, mediante la predicación del Evangelio, de esteril eriazo que antes era, en ameno y fecundo paraíso, á donde parece que se trasladó la gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo, la gala de Saron, y cuantos montes de piedad, de religión y descollada virtud se admiran en la más anciana cristiandad de Asia, de Africa y Europa.

Ya los indios mexicanos, los tepehuanes,

los peruanos, los chilenos, araucanos, los caribes y otras naciones bárbaras innumerables vieron entrar triunfante por sus provincias la gloria de nuestro Dios, y se enamoraron de la hermosura de Cristo y abrazaron y profesan su santísima ley. *Et quæ erat arida, eric in stagnum, & sitiens in fontes aquarum.* La que estaba hecha un salitral seco y sediento, se congratula deliciosa vega de regadío. A cada paso saltan fuentes de cristalinas aguas que la fecundan y aseguran las cosechas con que se llenan las trojes de la militante y triunfante Jerusalem. *In cubilibus, in quibus dracones habitabant, orietur viror calami & iunci.* La que en su sombría é impenetrable espesura de malezas, de errores crasísimos, de vicios abominables, toda era un vivar de dragones; después que prendió en ella el fuego que del cielo trujo el Salvador y pudo entrar á rozarla y cultivarla y hacer sementeras y planteles en ella el Evangelio, ya es una gloria ver lozanear sus sazonadas mieses, descollar sus fructuosas plantas. Una de estas fué el venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya.

Nació en la famosa ciudad de Lima, cabeza y metrópoli agora de los reinos del Perú, corte en otro tiempo de los reyes Ingas, emporio rico y nobilísimo de dos mundos: madre díchosa de hijos insignes en letras y en armas, no menos feliz después de cristiana en santísimos arzobispos y esclarecidos vireyes, á quienes parece que infunde su propicio cielo acierto en el gobierno, inclinación al servicio de ambas Magestades, á la administración de la justicia y al amparo do los naturales y propagación de la fé por las naciones de sus conquistas.

Fué su padre Cristóbal Ruíz de Montoya, natural de Andalucía, persona en sangre principal, y deudo muy cercano de aquel gran P. Diego Ruiz de Montoya, bien conocido por sus doctísimos escritos, más por la opinión de religiosísima vida, ciencia y santidad que le granjearon tanto crédito en Sevilla, que vino á ser el oráculo de aquella ilustrísima ciudad, donde ninguna cosa de importancia se resolvía sin su consejo, y raras veces dejó de ejecutarse lo que él juzgó, aunque sintiesen y diligenciasen lo contrario

personajes de alto porte y de suma autoridad. Esta era la voz común de los gobernadores y tribunales en sus dudas: Consúltese el P. Diego Ruíz y sígase en todo su parecer, muy persuadidos que les hablaba por su boca el mismo Dios.

Dejó Cristóbal su patria y embarcóse para las Indias con las ordinarias esperanzas de mejorar fortuna. Arribó á Lima, donde su virey, que á la sazón lo era el Excelentísimo conde del Villar, lo abrigó á su sombra, y satisfecho de su talento, lo empleó en oficios de mucha confianza, con cuyo sueldo adelantó su caudal y más su crédito, con la fidelidad y expedición en todo lo que corría por su mano.

Casó con una señora de iguales prendas, hacienda y calidad, y solo hubo en ella á nuestro Antonio, á quien como á único y heredero de sus bienes, criaron sus padres con mucho cuidado, en particular la madre que lo amaba tiernísimamente y se le murió, dejándole de solos cinco años. Llevábalo aquella tan engastado en las niñas de sus ojos, que no se podía reducir á perderlo un

instante de vista, y si ya no en compañía suya, nunca le daba licencia para salir de casa; en ella le tenía el pedagogo y la escuela. Pero para darle á entender que toda su providencia era corta si Dios no asistía con la suya, entre las seguridades de su casa se vió el niño en el mayor peligro de la vida; porque entrando cierto día en una secreta del doméstico jardín, cayó en ella y hubiera sin duda perecido, así de la caida como de la asquerosidad del puesto, si á la menor de sus voces no hubieran acudido tan puntuales los criados, que lo sacaron de aquel inmundo lodazar y de cabeza á pies le trocaron los vestidos.

Este fué el primer beneficio que después del bautismo recibió nuestro Antonio de Dios, y toda la vida lo llevó, con otros muchos, grabado en la memoria, para el agradecimiento; como se colige del libro donde por orden de sus superiores apuntó lo adverso y próspero de sus sucesos particulares. Allí dice: «Fué presagio de lo que después »sucedió espiritualmente, cayendo en el al»bañar de miserias y pecados, de donde la

»mano poderosa de Dios lo sacó,» como ade-»lante veremos.

En la primera desgracia se verificó en él lo del rey David, Psal. 68. *Infixus sum in limo profundi.* De allí pudieron sacarlo manos de hombres; del atolladero de sus vicios solo Dios, á quien dió repetidas voces con el mismo rey, Psal. 129. *De profundis clamavi ad te Domine.* Harto más digno de compasión, por más arriesgado, el que atasca en sus culpas que el que se hunde hasta los ojos en el más hediondo cieno. Lástima grande; cae el hombre en un pozo y luego pide á grandes voces el favor humano; da consigo en el pecado, y no despliega los lábios para implorar el divino. De aquel todos se compadecen y le socorren; deste no hay quien se acuerde para ayudarlo á salir.

Aunque los estóicos ó muy espirituales dicen que para el hombre fuerte toda la tierra es patria, como para los peces todo el mar, y nuestro refrán añade: que por mejoría, mi patria y casa dejaría, Con todo:
Nescio quœ Natale solum dulcedine cunctos
Allicit; & memores non finit esse sui.

No sé qué se tiene el amor de la patria propia, que siempre por la memoria está latiendo en el pecho, y pulsando el corazón con cariños de los aires naturales. Indicio de que los hombres no tenemos por patria al cielo, pues no digo entre felicidades, pero ni aun en apretados asedios que nos ponen las miserias de la vida suspiramos por aquella.

Atraído de aqueste afecto tan poderoso Cristóbal Ruiz, sin embargo que gozaba en Lima comodidades mayores que en España, se resolvió de dar la vuelta á ella y traerse consigo la prenda más amada, á su hijo Antonio, con quien le pareció volvería á su país tan consolado como Jacob con todos sus hijos al suyo Y que el huérfano de madre lo pasaría mejor entre las caricias y regalos de sus deudos donde no le podría faltar buena educación, que era el bien que le deseaba con más ahinco. Procuró estampar en la blanda cera de sus tiernos años el santo temor de Dios y el aborrecimiento al pecado, como lo hizo con su hijo el santo Tobías, I, *Quem ab infantia timere Deum do-*

cuit & abstinare ab omni peccato. Para este fin le enseñaba ejercicios varios de devoción; y por la entrañable que él tenía al Seráfico Padre san Francisco, lo vistió con su hábito, refiriéndole algunas prerrogativas de su santo instituto. Y oyendo el niño entre otras, que los que lo profesan no pueden tocar dinero, se le imprimió de suerte que cuando en su navegación á Panamá los capitanes y soldados le daban de barato en el juego algunos reales, no los quería recibir, admirándose todos de ver en un niño tal desinterés y aborrecimiento á la plata, cuando los de aquella edad no hay cosa que más codicien ni medio más eficaz para tenerlos contentos. Ensayábase ya en el desprecio que pobre religioso había de hacer de todo lo caduco; que la rosa recien salida de su verde cuna, ya recrea con su fragancia; así como la espina apenas apunta, cuando ya se muestra toda del horror.

Aportaron salvos á Panamá y los que en el mar no corrieron fortuna, se vieron á pique de perecer en el puerto, porque hallaron aquella ciudad anegada en olas de brava



pestilencia que hizo en sus vecinos riza. Libró Dios de aquel contagio al padre, aunque no de su dolor, pues permitió que se hiriese el hijo, el cual llegó á los últimos trances. Pero guardábalo su Majestad para apostol del gentilismo, y así proveyó que cuando más sin esperanzas de vida, se compadeciese dél una piadosísima señora, que arriesgando la suya, se encargó de curarlo, y agonizando ya Antonio le aplicó por su mano medicamentos de tal virtud, que luego comenzó á remitir la maligna calidad y á corregirse el humor pestilente, quebrándosele sin violencia extrínseca una higa de azabache que sobre el corazón tenía pendiente al pecho. La piedad que halló en esta cristiana señora parece que fué pronóstico de la que había de experimentar en la sacratísima Vírgen en las varias y graves enfermedades que padeció por todo el discurso de su vida.

Con esta rémora que á nuestros navegantes se les atravesó en el primer tercio de su camino, tocó Cristóbal á reconsejo y con el de todos sus amigos, se determinó de cejar

y volverse á Lima, que fué sin duda lo que pretendió el Señor en herir á Antonio con la peste, para los altos fines de su divina providencia. Con más viento en popa volvió que vino; y restituído á su casa, compró y obtuvo en propiedad uno de los oficios de aquella república, que con universal aprobación de todos estados había servido en ella.

Su cuidado principal fué la educación de nuestro Antonio; condenolo á la misma clausura con que lo había criado su buena madre, que no se le hizo muy difícil, por estar ya acostumbrado á ella, aunque la había interrumpido con los desahogos de navegante y licencias de convaleciente. Dábasela para salir cada día á misa; para enseñarle á leer y escribir y los rudimentos de la doctrina cristiana; ya le tenía asalariado en casa maestro docto y de buenas costumbres.

Reprensibles son los caballeros que haciendo diligente información para conducir un criado que cuide de los caballos, el más diestro oficial para cortar los vestidos, el médico de más fama para curar sus acha-

ques, y pagándoles con gusto crecidos estipendios, no hacen esa inquisición del caudal y de la buena vida de los ayos, á quienes fían sus hijos, y les hace duelo lo que gastan con ellos.

Venturoso fué nuestro Antonio con la solicitud que puso su padre en dárselo cabalísimo, con cuyo magisterio y ejemplo, no solamente hizo grandes progresos en las primeras letras, sino que se adelantó mucho á otros de su edad en la modestia, en la compostura y devoción, en la circunspección de su trato, no de niño, y cordura de sus razones, muy de viejo. Fué esto tan notorio por singular, que llegó á oídos del Exceleníísimo señor marqués de Cañete, ya virey, que para averiguar si era así lo que contaban de Antonio, quiso experimentarlo por sí mismo, y mandó á su padre que lo trujese consigo cuando por razón de su oficio acudía á palacio.

Hizo la prueba su excelencia con varias preguntas y fué grande el gusto que le dió con sus prontas y sazonadas respuestas. Y es cierto que desdice mucho menos de la

autoridad de un príncipe cristiano en el rato de treguas que le conceden los negocios públicos, apearse de lo serio de su gravedad y grandeza y permitirse el trato con semejantes niños, á oir sus sales y agudezas, que librar su entretenimiento en las chacorrerías y desgraciadas gracias de licenciados bufones, de chanceros truhanes. A imitación del rey de los reyes, que en la conclusión de negocios tan graves como los de la redención del mundo y salvación de las almas, tenía por divertimiento el trato familiar con los niños. Marc. 14. *Sinite parvulos venire ad me.* Y se entendía con ellos. Luc. 10. *Et revelasti ea parvulis.*

Con este cuidado lo educó su padre los tres años que le vivió después de la muerte de su madre, dejándole huérfano de todo á los ocho años de su edad. Vióse entre sueños el casto mancebo Josef adorado del sol, de la luna y estrellas. El sol y la luna, sus padres, los astros sus hermanos mayores. A quien por ocaso se le esconde el sol, ya le es de consuelo que le raye la luna, y si ésta se retira, que brillen las estrellas, para que

en la oscuridad de la noche no pierda el camino. Estrellas y lunas, no se echan de menos cuando se gozan las luces del sol.

La mayor desdicha es que este se ponga. No tuvo Antonio hermanos que pudiesen hac^r oficio de padres. Murió la madre, alguna falta le hizo; ó su sombra para el amparo, ó luz su para el consejo y ejemplo. Pero quedóle en su padre el sol.

Infeliz es el mancebo á quien primero se le muere el padre. Porque los hijos de viuda de milagro alcanzan buena educación. Uno nos describe el Evangelio, hijo único de su madre, como el nuestro, y nos advierte que era viuda. *Filius unicus matris suæ & hæc vidua erat*; y á ese nos le pinta difunto á las puertas de Nahin, que significa la hermosa. A tales puertas de ordinario yacen mortales los hijos de las viudas. Pero el mozo que padre y madre pierde, pierde las dos lumbres de sus ojos, y quedando sin destrón de algún hermano mayor que le guie, fácilmente da ciego en los despeñaderos de los vicios; es como un arco total, demolidos ambos estribos, que luego se sigue

su total ruina. Es bajel, sin piloto y gobernalle en medio de un golfo borrascoso, que cada viento lo estrella en su escollo. Bien conoció el moribundo padre el peligroso estado en que dejaba á Antonio su hijo, y resguardando todo lo que pudo su perdición, ordenó en su testamento que hasta que sus deudos lo llevasen á su patria, Andalucía, se criase en Lima en el Seminario de San Martín, donde á cargo de los Padres de la Compañía, á quienes dió el Señor espíritu y gracia particular para educar la juventud, se cría la más noble de aquella ciudad y reino. Nueva infelicidad del padre que muere y del hijo que sobrevive, errar aquel en la elección de los tutores; porque si éstos no son leales, y de toda satisfacción, es cometer á los lobos la tutela del cordero. Ninguna de ambas cosas ordenadas en el testamento tuvo efecto, porque el principal tutor, que se alzó con todo, por sus particulares intereses, le disuadió así la vuelta á España, como la entrada en el Seminario, y pudo conseguirlo fácilmente de un niño. *Cereus in vitium flecti, monitoribus asper*, que al paso que

codicia la libertad, tiene horror á la férula, á la estrechez y encerramiento.

Aunque se aparte la mano, siempre el torno prosigue por algún espacio en moverse á la parte, á que el impulso lo inclinó. Así nuestro Antonio, como sus padres lo tenían tan bien inclinado á ejercicios de virtud, por la de aquel impulso perseveró algún tiempo en ellos. Y aunque se había hecho bastantemente capaz de los misterios de la fe, no formó entero concepto de sus verdades, hasta que siendo ya de nueve años, un día de repente sintió ilustrado su entendimiento con una luz celestial y superior conocimiento. Pondré aquí las palabras con que él mismo, en el libro citado lo refiere y son las siguientes:

«Siendo de nueve años, un día bien de »repente, reconoció su entendimiento ilus»trado con una soberana luz con que se le »representaron con clarísima inteligencia las »cosas creadas é increadas. Conoció que ha»bía criador universal, uno solo, sin princi»pio ni fin, y que su morada era en el cielo, »bien que estaba presentísimo á todas las

»cosas, y que su conservación dependía de »solo él, que era el último fin del hombre; »que este en pecando, no podía escapar de »sus manos, ni tenía otro sagrado á qué »acogerse para librarse de ellas.

»De aquí concibió notable temor, estima »y reverencia, reconociéndose súbdito de »tan alta Majestad. Asimismo entendió que »todas las cosas de la tierra eran de poca »monta y dignas de todo desprecio. Desde »esta edad se sintió devoto de la Vírgen Ma»ría Señora Nuestra, y deseoso de prose»guir toda la vida en serlo. Rezábale cada »dia el Rosario con ternura y devoción, »acompañada de copia de lágrimas y desnu»dando el pecho, se daba con una piedra re»ciosgolpes, haciendo actos de contricción y »de amor de Dios, aunque desta edad no le »constaba haber ofendido á Dios en cosa »grave. De aquestos golpes se le hacían en el »pecho cardenales. Tejió por sus manos de »cerdas una áspera cuerda, la cual usaba »por cilicio los domingos, cuando había de »acudir á públicos entretenimientos. Retirá»base á su aposento y cerrando la puerta

»puesto en pie, levantaba su corazón al cie»lo y con tierno afecto adoraba la Divi»na Majestad. Luego, dobladas las rodillas, »cosía sus lábios con la tierra, sin saber lo »que hacía, sin magisterio humano, sin ha»ber leído libro alguno que tratase de ora»ción. Con todo, oraba mentalmente sin dis»curso sobre materia prevista, sino impelido »de un afecto que le movía, prevenido de »una luz soberana que le daba á conocer la »bondad y hermosura de Dios, cuán digno »era de ser amado de todas sus criaturas. De »aquí nacía un ardiente deseo de entregárse»le todo rendido á su Divina voluntad. Lo »cual le suplicaba sin ruído de palabras, si»no con íntimo silencio, encendiéndose el »corazón de manera en su amor, que le sal»taba derretido en dulces lágrimas por los »ojos, dejando bañada el alma en rocío de »consuelos celestiales. Aquí los fervorosos »deseos de servir á Dios y de imitar á los »santos.

»Todo su desvelo era adornar un altar »que tenía en su aposento, y deseoso de te»ner una imagen de Cristo crucificado, gas-

»tó toda una noche en formarlo de cera; pú»solo en su altar, y delante una lámpara »que encendía todas las fiestas, cuidando »ardiese toda la noche, y pasándola desve»lado en atenta oración.

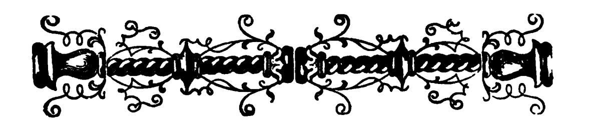
»Todo el dinerillo que le venía á las ma»nos lo empleaba en estampas, de manera »que con ser harto capaz el aposento, no »se veían en él sino imágenes de santos has»ta el techo.»

Y concluye en su narración:

«Estas impresiones quedaron tan fijas en »el alma, que con haber ya más de cincuen»ta años que esto pasó, se acuerda muy »bien, y tan distintamente dellas, como si »entonces acabaran de suceder.»

Admiración nos podrá causar que á un varón tan prevenido en la niñez de la divina misericordia, tán ilustrado con desengaños, le permitiese Su Majestad las caidas que veremos, con altísimo consejo de su divina providencia, sin duda para su mayor bien y para más asegurar sobre el fundamento de su humildad la alteza de este edificio.





CAPITULO II

Intenta ser religioso de San Francisco ó Ermitaño, y no lo consigue.

Desengañada un alma por entendida, de que sólo Dios puede ser centro de su bienaventuranza y que en solo Dios puede hallar verdadero descanso, síguense las ánsias de unirse con Su Majestad, cuales vemos en las más insensibles criaturas, para ír en busca de su centro; fuera destos están tan violentas, y en ellos gozan quietud.

Durante esta mortal vida, es Dios centro de nuestras almas por gracia; vive el alma en gloria todo el tiempo que está unida con él por lazos de caridad. Pero no son indisolubles, porque los corta el pecado mortal

con sus aceros, si la libre y mal aconsejada voluntad le dá licencia para juzgarlos. Del conocimiento desta poca seguridad en la presente vida nacen los vivos deseos de verle y gozarle en el cielo, para descansar sin peligro y temor en aquel centro divino, y el cuidado de negociar su eterna salvación. Y como en el mundo hay tantos embarazos que divierten al hombre della, y hierven las ocasiones de pecar y perderse para siempre, el cuerdo que la quiere asegurar vuelve los ojos al estado religioso, que sin duda es el camino más libre de tropiezos y más lleno de medios para alcanzar su fin y salvarse. Así lo entendió nuestro Antonio, cuando conocida en aquella ilustración celestial la vanidad del mundo, lo soez de sus deleites, lo pobre de sus riquezas, lo menguado y falido de sus honras y dignidades y la breve duración de sus mayores dichas, se resolvió de entrar en la religión seráfica, pareciéndole muy á propósito para el rigor de vida que pensaba profesar, y donde podría dar rienda larga á la mortificación y penitencia á que sumamente se sentía inclinado y movido.

Con este fin, hallándose ya en edad competente, escribió una carta á un amigo suyo desta santa familia, en que le daba razón de sus intentos y le suplicaba le ayudase en su pretensión con los superiores de la Orden. Pero ¡oh inconstancia de la humana voluntad, más mudable que el viento! En un mismo instante se vió determinado y arrepentido; pues acabar de escribir la carta y hacerla pedazos, revocando su primera resolución, todo fué uno. Bien que no retrató los deseos de perseverar en las banderas de la virtud y servicio de Dios.

Cuando más confuso vacilaba en la elección de estado, vino á parecerle muy ajustado á su natural el de un ermitaño que hacía vida solitaria y austera en la cumbre de un cerro vecino á la ciudad de Lima. De cuya compañía, ejemplo é institución se prometió que había de medrar mucho en espíritu. Sin más consejo, tomó el camino para su choza, fabricada de la naturaleza y guarnecida del arte contra las inclemencias de los tiempos en el hueco de un peñasco.

Llegó á sus piés, dióle cuenta de sus in-

tentos, que eran de ser discípulo suyo y prestarle en todo rendida obediencia para seguir sus pasos é imitar sus virtudes. Admiró el buen ermitaño en tanta flor de edad tanta madurez de cordura, y en un mancebo de gentil disposición, rico y bien nacido, tales alientos de caminar á la perfección. Alabó su fervor y desengaño; pero con espíritu del cielo le dijo no era posible condescender por entonces con su petición, si ya no le traía licencia expresa del arzobispo, juzgando la alcanzaría dificultosamente. Que lo que le aconsejaba, como quien bien le quería, era que tomase tiempo para madurar aquella vocación; que la encomendase á Dios y consultase con la almohada y con personas doctas y religiosas. Que eso era lo que por entonces convenía para conservar el crédito de los dos; pues haciendo lo contrario, se exponían á la pública murmuración, y á notarlos en los corrillos de fácil y liviano al uno, de precipitado é indiscreto al otro. Que lo juzgaba por muy delicado y sin fuerzas para la aspereza de vida que quería seguir, y que si volviese atrás, como era pro-

bable, había de ser la risa del pueblo. Que continuase sus estudios en las escuelas de la Compañía de Jesús, y si perseverasen aquellos deseos de mayor perfección, la buscase en alguna de las sagradas religiones, donde con más suavidad y no con menos fervor podía conseguirla.

No le armó mucho el consejo del prudente Ermitaño. Así suele suceder en los que los más ancianos nos dan, que nos parece caducan, cuando no nos hablan al sabor de nuestro paladar. O no consulte el hombre las canas, ó resuélvase de gobernarse por ellas. Pues aun á los muy entendidos les afianza más el buen acierto, el parecer ageno, que el suyo, y más en cosas propias, en que no son comunmente los hombres buenos para jueces. El médico cuando adolece se hace visitar de otro, en quien por ventura no reconoce exceso de caudal, y se rige por lo que aquel receta.

Despidióse Antonio del ermitaño y retirado entre aquellas breñas, hincadas en la tierra las rodillas, enclavijadas las manos, los ojos clavados en el cielo, derramó muchas

lágrimas, sentido de verse deshauciado de la vida de anacoreta, en que tenía librada la quietud de su espíritu, y, á su parecer, segura su salvación. Suplicó al Señor aceptase sus buenos deseos y los premiase con llevarlo por camino seguro, á donde más le hubiese de agradar. Volvió á Lima, aunque con ánimo de buscar algún otro desierto donde ejecutase solo con el magisterio del Espíritu Santo lo que conseguir no pudo del ermitaño prudente.

Pero cautelándose siempre del propio juicio, consultó de nuevo á un secular muy confidente suyo. Este, no menos cuerdo, le disuadió la vida eremítica y solitaria, poniéndole delante sus pocas fuerzas para tanta penitencia, los peligros que corren y desconsuelos que padecen los que solos viven, pues como dijo el Espíritu Santo, Ecles. 4. *Melius est duos esse simul, quam unum; habent enim emolumentum societatis suæ; si unus ceciderit, ab altero fulcietur. Vœ soli, quia cum ceciderit, non habet sublevatem se.* Por algo se dijo compañía de dos, compañía de Dios; mejor es que vivan dos en compa-

ñía y santa conformidad, que cada uno de por sí. Tiene ese género de vida comodidades grandes. Si el uno deslizare, el otro no le dejará caer; y si cayere, le dará la mano para que se levante. ¡Ay del solo que no tiene quién se la dé en sus caídas! Una mano con dificultad se lava á sí misma, y fácilmente la una á la otra. Que si en el siglo vivía descontento, se recogiese á alguna religión, ó en poblado ó en desierto, que de todas hay en la iglesia santa. Muchas brasas juntas mejor conservan el fuego; una sola presto se resfría y queda carbón.

Estas y otras razones le dijo para entretenerlo; pero pasó á divertirlo de aquella que llaman melancolía ó vehemencia de imaginación. Dió noticia á su tutor, que juzgando lo mismo, lo llevó consigo á unas haciendas que tenía en el campo; y para salir de cuidado, y arrancarlo de raíz de aquellos propósitos, trató por medio de un religioso grave de la Compañía, de casarlo con una hija suya, ofreciéndole lo mejor de sus posesiones y heredades. Hizo el Padre su oficio, ignorante de los deseos de Antonio; re-

presentole las conveniencias de aquel casamiento, pero no las quiso escuchar, diciendo que lo llamaba Dios á más perfecto estado, que no trataba de cautivar su libertad ni se sentía con bríos para las cargas del matrimonio. Viendo Antonio que se le despintaba todo en orden á conseguir su fin, vivía melancólico y pensativo y fué tal el sentimiento, que le ocasionó una grave enfermedad.

Vivía vecino á las casas de su habitación un sacerdote de ejemplarísima vida, y sabidor de los pasos en que andaba su vecino, se le entró por sus puertas, lo que con pocos, hacía y hablándole familiar y amorosamente, le dijo:

—Sabido he, hijo mío, que vuestro tutor os quiere echar el pesado yugo del matrimonio. No vengáis bien en ello, porque Dios no os quiere casado, sino religioso. Lo que importa es continuar vuestros estudios, y entraros en la Compañía de Jesús. No ignoráis los grandes ejemplos de virtud y perfección que esta santa familia da al mundo, lo infinito que trabaja en la salvación de las

almas, en reformar las vidas de los fieles y en convertir naciones infieles á la fe. Gran dicha sería la vuestra si llegásedes á ser uno de los apóstoles que ha dado á este nuevo mundo; tomad, hijo, mi consejo, y entended que en esto consiste vuestra salvación, que tanto deseáis asegurar. Y si no, persuadios que la ponéis en mucha contigencia. Esto os digo de parre de Dios y en nombre suyo.

Estas ıazones propuestas del mismo Dios por boca de aquel sacerdote santo, dejó escritas el mismo P. Antonio Ruiz en el libro de sus *Memorias*.

El concepto grande que tenía de la santidad de su consejero, le hizo juzgar que era del cielo su consejo. Trató luego de continuar sus estudios con todo calor. Desengañó resueltamente á su tutor que no había de casar con su hija, de lo que aquel recibió tanta pesadumbre por haber ya publicado por cierto casamiento que le estaba tan bien, que dió con él en una cama, y á pocos días en la sepultura, entendiendo todos la causa de su dolencia y de su muerte.

Congratulose Antonio libre deste lazo;

pero no pudo de los muchos que le armó el astuto y común enemigo, que parece pronosticaba ya la sangrienta guerra que aquel mancebo, tan inclinado á cosas de virtud, y tan desamorado del mundo, le había de hacer, si asentase plaza en la Compañía de Jesús.

Valiose de todas sus artes para obligarlo á retroceder, dándole valientes empellones para derribarlo en alguno de aquellos atolladeros inmundos, figurados en el que cayó niño de cinco años.

Faltó Antonio un día al estudio por su culpa, y más por instigación de Satanás, que con las muy ligeras dispone para las graves. Como era tan conocido y puntual, echolo menos el maestro, y habiendo averiguado que no tuvo excusa suficiente, trató del castigo para el escarmiento. Por ventura hubiera sido mejor no darse por entendido, ni espantar con estruendo de amenazas la caza.

Temió Antonio su mal, y de ese miedo se valió el demonio para persuadirle no volviese más á las escuelas, pues era dueño de

su libertad y no tenia quien lo pudiese compeler.

Logrósele su ardid al enemigo infernal, y juzgando que si lo viese ocioso lo tendría seguro, por ser la ociosidad madrastra de la virtud y madre de todos los vicios, comenzó á irritarlo contra su maestro, como contra hombre imprudente y terrible, que nada sabia disimular. De aquí fué fácil el persuadirle el divorcio con los estudios; el horror á la Compañía, perdiendo la estimación y el cariño que había engendrado aquel santo sacerdote en su pecho.

Al ocio siguió el tedio; á los ejercicios espirituales, la aversión al estado religioso, el olvido de Dios, con que vino á quedar próximamente dispuesto para miserables caídas. Muerto el tutor, un ciudadano rico, y veinticuatro de Lima, hallándose ya viejo, y sin sucesión ni esperanzas de tenerla, por la amistad que había profesado con su padre, quiso adoptar á Antonio en hijo y dejarle heredero de su grande hacienda. Fué en busca suya con ánimo de traerlo á su casa para dueño della. Propúsole el partido, sin otra

condición que querer aceptar lo que tan bien le estaba. Otro fuera que creyera haber nacido de piés, y señalara aquel día para celebrarlo todos los años. Pero no sé como se concibió el beneficiado de la merced, que no hizo caso della, con que el bienhechor se retiró á buscar otro que le estimase más el beneficio.

Por muerte del primero le nombró la justicia por segundo tutor un hombre de calidad y de muy buenas prendas. Engañado de algunos falsos amigos, no quiso admitirlo; diligenció que le nombrasen otro, con que entre los dos hubo formado pleito, y la sentencia salió, á pesar del pupilo, á favor del primero.

Con ella lo libró el Señor de los intentos del segundo, que era casarlo con una hija suya, lo que sin duda se hubiera efectuado, según estaban dispuestas con maña las materias, y hubiera sido Antonio tan desdichado, como lo fué el que casó con la señora sobredicha.

Tenía ya cumplidos diecisiete años y con ánsias de vivir independiente, señor absolu-

to de sus acciones y hacienda, comenzó á obrar como tal, halajando su casa con rico menaje, escritorios curiosos, sillas, bufetes, servico de plata, costosas tapicerías, asalariando criados, previniendo caballos y galas, reponiendo en el trono de su corazón al ídolo de la vanidad, que tan desterrado tenía.

El día de San Francisco de Asís ciñó la espada, con asistencia de todos sus amigos, con el aplauso y solemnidad que acostumbran los caballeros. Todo era solicitar entretenimientos, cursar garitos, ruar las calles, acudir á los paseos consumiendo largamente su patrimonio, en lo que él prodigó el suyo, divertido en todo lo profano y olvidado de todo lo divino. *Peor que un gentil.* Así lo dice en sus *Apuntamientos.*

Este es el que suspiró por ser ermitaño y lloró porque no mereció serlo. Este es el que pretendió ser soldado de la Santa Compañía de Jesús y ahora sirve plaza de capitán en los reales enemigos. ¡Oh, infelicísima mocedad, enemiga del buen consejo, escollo del acierto, viento abrasador de pensamientos santos

en flor, sepulcro de piadosas resoluciones! ¿A qué peligros de cuerpo y alma no te arrojas loca? ¿En qué abismos de maldades temeraria no te precipitas? Lamentable por cierto ceguera es la tuya, pues tal vez no abres los ojos sino para verte sin remedio derrotada y perdida para llorarte sepultada en el profundo del infierno. ¡Oh, qué misericordia usa Dios con aquel mozo á quien se los abre á tiempo, aunque sea exprimiéndole, el agraz en sus niñas ó hiriéndolas con ofensivo acero de casos adversos!





CAPÍTULO III

***ıigue en la relajación de sus costum-
es; peligros varios que corre su vida, con
e Nuestro Señor solicita su enmienda.***

---

ferentes prisiones le ocasionaron sus
ıtías y travesuras por acompañarse de
e con otros mozos atrevidos y desen-
os, haciendo pesadas burlas á la justicia
do iba de ronda por la ciudad en las tinie-
le la noche, valiéndose dellas para poner
; calles tropiezos á sus ministros, donde
cían los ojos con risa de los que desde
ra se estaban á la mira. Porque ya del
desatento á su mayor obligación, insen-

sible á los azotes de su conciencia, no trataba de otro que de lo que el mundo llama y tiene por pasatiempo. Como si el tiempo no fuese para pasarlo y emplearlo en honestos y loables ejercicios. Desperdiciaba el suyo, antípoda de la naturaleza, en rondar y jugar de noche, en dormir y pasear holgazán y pisaverde de dia; en asistir á las fiestas; á las profanas, para aplaudirlas y autorizarlas, á las sagradas, para profanarlas con libres acciones y menos modestas vistas. Verdad es que por lo que presumía de valiente, acudia también á jugar las armas; todo era blasonar del arnés y publicar sus valentías; las más, soñadas, algunas verdaderas.

La Magestad de Dios que lo tenía escogido para más gloriosos empleos, no se descuidaba en dar al caballo desbocado algunas sofrenadas, en echarle acibar en lo dulce de sus deleites, en repetir golpes con el rebenque interior, que aunque hallaba ya hechos callos no dejaba de hacer ronchas y dar mucha pesadumbre. Experimentaba á despecho suyo que todos sus gustos tenían alegres entradas y tristes salidas, los principios dulces y los

dejos amargos. Prov. 14 *Extrema gaudij luctus occupat.* Esta experiencia le causaba gran confusión y profunda melancolía, llevaba en perpetua prensa el corazón, y abrumado con la carga destas penas, no buscaba, como debiera, el alivio en el arrepentimiento y descargo de sus culpas: antes apelaba con engaño de si mismo á la raiz y fuente de su dolor. Por este camino procuraba el Señor arrancarle de aquel mal estado, compasivo de su eterna perdición.

Obligado destas congojas, no cabiendo en su casa ni en toda la ciudad, salió un día á respirar en el campo. Subió á un cerro á ella vecino que enseñorea el convento de los Padres Franciscos Descalzos, y considerando la paz, la quietud, la seguridad y alegría con que vivían en aquel amable retiro los religiosos santos, empleándose de día y noche en las divinas alabanzas, hablando consigo mismo, decía con tierno sentimiento:

—Esta, sí, Antonio, que es vida bienaventurada, no ya de hombres, sino de ángeles; que la tuya no lo es sino de infelices é irracionales brutos, y no la has de llamar vida

sino muerte. Porque ¿cómo puede vivir quien vive sin Dios y lleva un infierno en el pecho?

¿Cómo puede sosegar quien trae atravesado en el corazón un estoque? Espada de dos filos es el cuidado de la suerte que te ha de caber; ó pena eterna ó gloria eterna.

Sobre duras tablas amortajados en tosca y áspera jerga, duermen dulcemente estos siervos de Dios, que le tienen por amigo. ¿Cómo no te ha de robar á tí el sueño saber de cierto, que con tu rota vida lo tienes por enemigo declarado? Claro está que viviendo en desgracia suya, por muchos amigos que te bandeen, por más risueña y propicia que se te muestre la fortuna, no has de alcanzar una hora de placer.

Veníanle aquí de tropel á la memoria, para dar nuevas vueltas al garrote de su tormento, desastrados sucesos de algunos camaradas y confidentes suyos, y las muertes súbitas y sin confesión, ó con ella muy aprisa, con que fueron arrebatados al tribunal divino, y venía á temer no saltase á su casa el fuego que había abrasado las de los vecinos.

Todos estos eran toques de la mano de Dios y él siempre mas sordo que el áspid; más terco y duro que un ayunque. Era ya como perro de herrero que le concilian el sueño las martilladas. Si á tanto estruendo despertaba alguna vez, era para volverse del otro lado; para buscar nuevos entretenimientos con qué divertir y ahuyentar aquellos pensamientos santos. En cierta ocasión le pareció que con alientos de clarín le decían al oído:

—¿Hasta cuando, hasta cuando han de durar estas locuras?

Y que él respondia:

—Hasta los cuarenta años, que entonces yo prometo ser fraile lego de San Francisco y hacer rigurosa y ejemplar penitencia de mis pecados.

Allí lo baldonan de loco, y la respuesta que da no lo acredita de cuerdo. ¿Porque qué desatino mayor que prometerse tantos años, quien no tiene un instante de vida seguro? Con estas engañosas esperanzas iba de día en día dilatando la enmienda, y dejaba de aplicar á sus males socorrido remedio.

Palabras suyas son las que se siguen:

«Una noche lo cogieron solo en una casa, »y fué ventura no matarlo á estocadas. Es»capó con tres heridas en el lado del corazón, »que á penetrar un poco más, bajara por la »posta al infierno.»

Curáronse las heridas del cuerpo, no las mortales del alma, por la mala disposición del doliente; tal, que se vino á tener compasión de la poca piedad con que en sus remordimientos lo celeaba su mala conciencia y envidia grande á los que condenados á su misma galera, asidos con las mismas prisiones á los bancos de su crujia, falsamente se imaginaban exentos del rebenque de aquel comitre cruelísimo. Pero llegando á trabar amistad mas estrecha con los que en sus vicios ostentaban el semblante más pacífico, alegre y sereno, y parando mientes con reflexión hallólos en lo exterior joviales, en lo interior desesperados, por mal sufridos en los mismos azotes.

Otra vez que apretado de aquestas congojas volvió á desahogarse en la cima del cerro sobredicho, con la vista por mar y tierra

del dilatado hemisferio de la ciudad y de sus hermosos países, le dió segunda batería con más apretado cerco, aquella primera ilustración, que con la vista de la seráfica descalcez lo tiraba suavemente á mejorar la vida.

Vínole al pensamiento, si acaso entre tanta flor de nobleza cuanta dentro de sus muros encierra Lima, entre tantos mercaderes ricos y señores poderosos, habría alguno cabalmente contento con su fortuna, que gozase sus beneficios sin pensión, su soberanía y libertad sin feudo de servidumbre, su lustre sin lastre, sus lucimientos sin sombra, sin menguante, sin eclipses; sus riquezas sin desvelo, y que viento en popa, sin temor de corsarios y ocultos bajíos, navegase el piélago de sus deleites.

Solo un caballero se le ofreció á su fantasía con ese lleno de felicidad. Porque le parecía que la naturaleza había amontonado en él en grado eminente tantas prendas, que cada una bastaba á hacerlo esclarecido. Gallardo entendimiento, gentil disposición, nobleza de sangre, gran valor de ánimo y fuer-

zas de cuerpo, agilidad y destreza en jugar las armas, robustísima salud. A esto se añadía el opulento patrimonio, muchos juros y dilatadas posesiones, número de esclavos, lucimiento de criados, palacio suntuoso y alhajado á toda ostentación, amado de toda la ciudad, que cuando en uno de sus caballos ruaba por ella, se llevaba tras sí los ojos y afectos de todos. ¿Qué le falta á este caballero, decía, para ser cumplidamente dichoso?

Y si este no lo es, digo que nadie puede serlo en el mundo. Aquí volvió á pulsarle el corazón, si no la envidia del bien ajeno, que no decía con su generosidad, si algún pesar de que en dotarlo y enriquecerlo á él no hubiesen echado el resto la naturaleza y su autor.

Ocupada con estos desvaneos la fantasía, bajó de su Tabor ó Calvario, y entrando en Lima, el primero con quien topó fué aquel caballero que él había ideado tan feliz, porque no lo tenía tratado ni conocido. Cuando lo vió en su caballo hermoso, asistido de criados con vistosas libreas, confirmose en

el concepto que había formado de su buena ventura. Pero llegando á comunicar con un amigo este su juicio, no sin disposición del cielo, aquél, que era hombre cuerdo y muy cristiano, viéndole tan enamorado de aquella fantástica representación de gloria secular, para desamorarlo della, y que estuviese lejos de envidiarla, le dió á entender cuán engañado vivía. Porque le hacía saber que conocía muy bien á aquel caballero, que tenía franca entrada en su casa y noticias de lo que pasaba en ella y muy individuales de su persona. Que está lleno de diversos hipócritas el mundo; no son solos los que engañan con palideces de rostro, con rosario al cuello y especie de santidad. Otros sepulcros hay por fuera blanqueados, por adentro llenos de cuerpos muertos. Que es necesario desmentir la vista y creer que no es todo oro lo que reluce. Que se acordase de lo que Séneca dijo de personajes semejantes: *Istorum omnium, quos incidere altos videx, bracteata felicitas est. Inspice & vide sub hac boni specie quamtum mali lateat.* No es sólida plata la felicidad destos caballeros que



más descuellan en las Cortes; ojuelas delicadas son, que tal vez cubren leños carcomidos. Manzanas de Sodoma en lo exterior de lindo ver; en lo interior, cisco y ceniza.

Que entendiese que aquel caballero que se le pintaba objeto de la envidia, podía serlo de la compasión, porque padecía ocultas y asquerosas enfermedades, acribillado de llagas, cuya hediondez él mismo no podía sufrir; con dolores contínuos y agudos de pecho encancerado; en cada brazo su fuente. Que para divertir su melancolía buscaba alivio á sus males en las salidas con toda aquella ostentación y en el recurso á los paseos y conversación con otros caballeros amigos. Creyó Antonio que se burlaba quien este informe le hacía; y tomándolo nuevo de sus mismos domésticos, halló que aquel había quedado corto en el suyo. Y aunque deste suceso salió algo compungido y más desengañado de lo poco que se debe fiar de las mayores glorias del mundo, y que á sola la virtud tiene Dios vinculado el verdadero contento.

No obstante este claro conocimiento, pudo lamentarse con el apostol. Rom, 7. *Non enim quod volo bonum hoc ago; sed, quod odi malum illud facio* y con otro no tan santo, *Video meliora, proboque, deteriora sequor.* Tan tiranizado sentía el libre albedrío con la costumbre en sus vicios, que se había ya hecho naturaleza particularmente con el deshonesto.

Hacia más ardua su conversión el retiro de la frecuencia de los Sacramentos, pues rectifica que en tres años no llegó al de la confesión y cortados estos arcaduces por donde á Betulia le entraba el agua, claro está que había de dar la plaza por suya al enemigo. De la buena educación de su niñez solo le quedó el oir misa cada día, procurando fuese en el altar de Nuestra Señora, á quien también rezaba el Rosario, esperando siempre que mediante esta devoción había de arrancar del atolladero de sus pecados.

Iba la misericordia del Señor asistida de su justicia, apretando el cerco y reforzando la batería con el temor de los peligros de

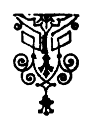


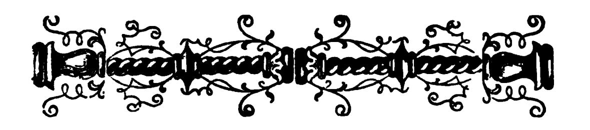
muerte, temporal y eterna, que cada día evadía de milagro. Cierto caballero, que con siniestra información de algún malsín, se dió por gravemente ofendido de nuestro Antonio, trató de despicarse como valiente, cuerpo á cuerpo; y como le constaba que no era cobarde aquel con quien había de sacar la espada, previno á un esclavo de buenos pulsos que le guardase las espaldas.

Acometióle con brio, pero como lo apadrinaban su inocencia y la razón, portóse tan valeroso, que al contrario lo dejó en tierra mal herido, y cerrando con el esclavo, se le escapó por piés. Aunque la defensa fué tan justificada, ocasionóle muchas inquietudes y parte de su hacienda el componer la pendencia.

En otros muchos riesgos se vió, nacidos de las pasadas burlas que hacía á los ciudadanos, cinco de los cuales, reduciéndolas á veras de lesa reputación, se resolvieron de quitarle la vida. Pusiéronle sus espías, y una noche, que más descuidado rondaba con otro amigo, le embistieron de repente; y aunque el compañero se retiró, reconociendo venta-

jas en la cuadrilla, solo Antonio, con bravo denuedo, les hizo á todos cinco frente, y heridos á estocadas unos, quedándolo él también, los otros se retiraron á una casa vecina persuadidos que lo dejaban muerto. Echó mano de él la justicia y metiólo en estrecha prisión, y siempre rebelde á las divinas inspiraciones, siempre terco y endurecido en su mal estado.





CAPÍTULO IV

De otros peligros grandes de que lo libró la Providencia Divina, y desastradas muertes de algunos amigos suyos.

Bien pudiera darle el Apostol á nuestro Antònio aquella amorosa queja de su Carta á los romanos, 2. *Andivitias bonitatis eius & patientiœ, & longanimitatis contemnis? Ignorat, quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* ¿Es posible, en hombre de buen entendimiento, y de natural no malo, tal descortesía con Dios, tanto desprecio de su bondad, de su paciencia, de su longanimidad? ¿Es posible, Antonio mío, que no reparáis en lo que Su Majestad con tanta es-

pera y benignidad de vos pretende, que estraeros á penitencia temporal de vuestras culpas por no verse obligado á dárosla en el infierno con eternas penas? Nada de eso vé porque lo tienen ciego; nada oye, porque sordo sus pasiones.

Él en sus desafueros con descortés porfía, y Dios en sufrirlos con tesón de tan admirable paciencia. Mas ¿qué fruto se promete de tanto disimular con quien tan poco se lo merece?

El mismo Pablo lo dice y me dará licencia para que yo piadosamente lo discurra, por ventura algo diferente de lo que el santo apóstol pretendió. Rom. 9. *Sustinuit in multa patientia vasairœ, apta in interitum ut ostenderet divitias gloriœ suœ in vasa misericordiœ, quœ prœparavit in gloriam.* ¿Qué maravilla que tenga tanta espera con este vaso de ira, si lo tiene predestinado para vaso de elección? No es mucho haga alarde de las riquezas de su propiedad y las gaste liberalmente en defender la vida de quien presto ha de emplear toda la suya en solicitar su mayor gloria? Así como los abismos de maldad

se van llamando unos á otros, así también los de la divina misericordia que sobrepuja infinitamente á la humana malicia. *Avyssus Avyssum invocat.*

Iba esta con nuevas travesuras irritando nuevos contrarios, tres de los cuales buscaron ocasión para ejecutar en él lo que no pudieron los cinco. Aguardáronlo á traición á la vuelta de una esquina con las espadas desnudas, y sin darle lugar para que él requiriera la suya, le dieron una estocada que de parte á parte le traspasó todo el cuerpo. No perdió el ánimo por verse mal herido, antes cobrándolo nuevo con la vista de su sangre, acometió á los tres; derribó luego al uno, y siguiendo á los dos el alcance, le echaron como á irritado toro las capas para que se embarazase en ellas. Recogiólas para testimonio de su valor, y llevólas á su casa, donde entró arrojando gran copia de sangre por las dos bocas de la herida. Vino el cirujano, y como no tocaba en el arca, dijo que no era de peligro, con que salió Antonio de cuidado; mayor se lo daban las llagas de su alma y el ver que con tantos avisos del cie-

lo nunca trataba de su cura y remedio. La bondad de Dios asida siempre á sus aldabas y él, villano, dándole siempre con las puertas en los ojos. A competencia andan una impiedad humana con una divina piedad; no dejará esta de quedar señora del campo.

Dos casos harto trágicos le sucedieron en breve tiempo, fué el primero que estando preso un esclavo por rebelde y atrevido á su señor, habiéndolo azotado crudamente por justicia, dió esta orden que se restituyese á su dueño, juzgando que con aquel castigo quedaría más obediente y morigerado. No fué así, sino que pareciéndole que la vida en servidumbre era mayor mal que la misma muerte, arrebatado de un infernal corage, resolvió de perpetrar delito que la mereciese y este fué quitar desesperado la vida al primero que en saliendo de la carcel, se le pusiese delante, sin distinción de personas.

El primero con quien encontró fué nuestro Antonio, bien descuidado de tan fiera alevosía. Parose á mirarlo el negro esclavo con resolución de acometerlo, cuando por especial providencia que el cielo tenía de su

vida, volvió el agresor los ojos á otro hombre que estaba de rodillas con mucha devoción y más descuido en el soportal de una iglesia vecina. Encaminóse á él y con muchas puñaladas le acabó la vida. Fué preso de nuevo y llevado á la horca, remató con su esclavitud si ya no la comenzó nueva y eterna en el infierno. Por lo que el reo confesó, entendió Antonio el riesgo que su vida había corrido; y que si él fuera el desdichado, no solamente lo fuera en tiempo, sino también en eternidad. Pero no hizo más mella este golpe en su empedernido corazón que bala de algodón en muro de diamante.

El segundo caso fué aún más temeroso, y lo pondré con sus mismas palabras. Dice así: «Afligiole, no poco tiempo, mucho, un aviso de Dios, que lo traía muy atormentado. Sentía interiormente que lo habían de matar de repente y sin confesión. Y el modo que se le representaba era: que pasando por la calle habían de tirarle de una casa una piedra, y con ella le habían de quitar la vida, y así cuando iba solo iba por medio de la calle; cuando acompañado, ponía al com-

pañero al lado de donde temía el peligro.

Habiendo gastado una noche en una gravísima ofensa de Dios, y paseando muy contento, acompañado de los que le habían guardado las espaldas, súbitamente lo asaltó una vehementísima imaginación, que Dios estaba muy indignado contra él. Pareciale ver á Cristo en el aire sobre él, que alzaba la mano para castigarlo, amenazándole con muerte desasirada y repentina; y aunque hacía el esfuerzo posible para sacudir de sí tan congojoso pensamiento, como era aviso de Dios y concepto suyo, que había dado al alma, no podía desecharlo; antes se iba apoderando della con tanta fuerza que le faltaban todas las suyas para resistirse, y que nuestro Señor le flechaba agudas saetas, cuyos golpes sentía. Conoció que todo esto era en orden á su enmienda y á que se acogiese luego á la religión é hiciese penitencia; sentíase compelido á ello como á último remedio de sus males. Pero su flaqueza era tan grande, y su voluntad tan habituada y rendida á lo malo, que aunque aquellos sobresaltos engendraban propósi-

tos de corregirse, no nacían tanto de amor de la virtud cuanto del deseo de evitar las pesadumbres en que se hallaba. Luchando iba con estos pensamientos, tan absorto en ellos, que no atendía á lo que sus compañeros hablaban, cuando uno de ellos tropezó en un cuerpo muerto y avisó á los demás, que con la oscùridad de la noche no pudieron verlo. Aquí fué su mayor agonía y sentimiento, porque era de un íntimo amigo suyo, que una hora antes se había apartado dellos. Apoderóse del corazón una tristeza terrible, juzgándose ya muerto á manos de la divina justicia. Apresuraron el paso por no encontrarse con la ronda, y se les achacase aquella muerte. El no temía la de la tierra, sino la del cielo, que le parecía lo llevaba ya preso para dar con él en la cárcel del infierno.

»Aunque todos temblando, cada uno con su miedo, y Antonio con mayor, llegaron salvos á sus casas. Trató luego de dormir, buscando en el sueño suspensión de sus penas con la de los sentidos. Pero añade que aun este no fué poderoso para darle alivio,

porque en solas tres horas que durmió, con la memoria del muerto se le representó tan al vivo la ira de Dios, que despertó bañado de un trasudor frío, y no pudiendo reposar, se levantó, y medio vestido, volvió á las dos de la noche á donde habían dejado el cadáver, aunque el puesto estaba harto distante de su casa. Pero ya halló que lo habían llevado. Volvió á su retiro, acudiendo para su consuelo, como á Sagrada áncora, á la sacratísima Vírgen, representándole, para obligarla, los deseos que en la niñez había tenido de servirla. Nada fué bastante para que acabase de rendir las armas ni poner en ejecución las inspiraciones divinas.





CAPITULO V

***se en seguir la milicia para enga·
s remodimientos de su conciencia y
arse á los vicios con más desahogo
tad.***

—

ósele eficaz contraveneno de las an-
nteriores que tanto lo molestaban,
. vida militar. Con estruendo de pí-
atambores, engañaban los sacerdo-
s ídolos á los pobres padres, porque
sen oyendo los llantos de sus ino-
ijos, que sacrificaban en las aras de
os dioses.

persuadió Antonio que había de di-
s penas al ruído de las cajas del so-
arche, á los truenos de los mosque-

tes y piezas de artillería. En todos estados hay harto que llorar, en este siglo infeliz la rotura de las cristianas costumbres; pero sin duda que su mayor desgarro se lamenta en la Milicia. Parece que las armas más se fraguaron para defender los vicios que los reinos, más para dilatarles á aquellos su libre jurisdicción, que á los reyes sus señoríos. ¿Qué maldades no se perpetran ó se permiten en la guerra? Aun lo que fuera della es pecado gravísimo, en ella pasa por virtud, como pondera el gran Cipriano: *Homicidium, cum admittumt singuli, crimen est; virtus vocatur cum publice geritur.* Lo que en tiempo de paz es detestable crueldad, en las campañas es valor; lo que allí traición, aquí estratagema, lo que allí latrocinio, aqui saco. Todo es uno, arbolar banderas y erigir sagrados á gente facinerosa, que toda halla acogida en aquellas como en ciudades de refugio.

No lo ignoraba Antonio, cuando para ser vicioso desgarrado, sin temor de Dios y sin respeto del múndo se acogió á la milicia. Persuadido sin duda que entre la libre sol-

sca gozaría exención de aquellos cuida-
que ni le dejaban reposar de día ni dor-
de noche, como si no llevara consigo
ala conciencia, si ya no decimos que
ıena ni mala se halla entre gente de
:a. No la buena, porque es ajustada á
yes divinas, que allí no se guardan; no
ıla, porque no hay quien sienta sus re-
imientos. Si no creyó esto Antonio, espe-
r lo menos que tendría más ocasiones
tentar su valor; y que por las armas
zaría nuevos honores con que ilustrar
sa y hacer famoso en el mundo su
ɔre; aunque lo más verosímil es que
/ otro fin lo movieron á hacerse solda-
ues ambos eran medios para acallar
ıiedos y desahogar de sus penas el an-
ado corazón. Presto olvida los escrú-
el que se engolfa en pretensiones de
ıs y puestos lucidos. Porque la ambi-
ıo deja al ambicioso un solo instante
para pensar en otro que en subir, en
llar, en valer y más valer.

suelto ya de seguir la milicia, juzgan-
ıe no medran en ella puños sin favores,

para que no le faltasen estos, pues le sobraban aquellos, fué luego á besar la mano al Excelentísimo señor conde de Monte-Rey, á la sazón virey y capitán general del Perú, y se le ofreció para servir á Su Majestad á expensas propias en el reino de Chile, donde es la guerra más viva y peligrosa, con los valientes araucanos, que tanto han dado que hacer á los españoles, y hoy tienen destruida gran parte de aquella provincia. Alabole su excelencia la resolución, estimole el servicio de militar sin sueldo, ofreció correría por su cuenta el galardón. Lo mismo hizo el gobernador de Chile, que se hallaba en Lima solicitando los socorros de su gobierno. A los diecinueve años de su edad, asentó su plaza por dos años en la bandera de uno de los capitanes más valientes y de la más lucida y numerosa compañía.

Dióle el virey una provisión con licencia para que cumplidos sus plazos ninguno le embarazase la vuelta á su casa. Previno armas y ricos vestidos, saliendo á las reseñas con singular lucimiento. Y aunque algunas personas graves á quienes él debía mucho

respeto, procuraron disuadirle la jornada, pudo más con él el ejemplo de más de doscientos caballeros mozos, ricos y principales que con celo del servicio de Dios y del Rey, se habían alistado para aquella empresa, que siendo contra enemigos de la fé, no podía dejar de ser muy gloriosa.

Uno de los achaques de la mocedad es la facilidad grande con que se determina y se arrepiente. No hay pólipo que mude más colores. Era Antonio mozo, no hay que extrañar que dél adoleciese. Bien acaso encontró con un hombre principal y confidente suyo, que sabidor por su informe de sus designios, con fuerza de razones, sobre la grande de su autoridad, procuró que desistiese dellos, representándole su casa sin sucesión, la ruina de su hacienda, no quedando persona propia que cuidase della, y si muriese en la guerra había de deshacerse como la sal en el agua. Que los trabajos y peligros de la milicia son muchos, los premios pocos, ó porque tercia la muerte y los embarga, ó porque el valimiento se alza con ellos, y los da á los que menos los merecen. Que advirtiese que

el virey que le había prometido galardón, había de acabar su gobierno antes que él los dos años de su campaña, y que el sucesor olvidaría sus empeños. Que tendiese los ojos por las ciudades de aquel reino, cuando no quisiese fatigarlos con registrar las de España, y las hallaría pobladas de soldados viejos que habiendo servido leal y valerosamente muchos años, y arriesgado su vida, y derramado su sangre en cercos, en batallas, en asaltos é interpresas, tan olvidados y pobres, que para no morir de hambre habían de hacer recurso á las porterías de los conventos. Que lo que le importaba era quietarse, componer sus costumbres, y tomar modo de vivir, pues le habían dejado sus padres honrado patrimonio y no le faltaba caudal para adelantarlo. Tanto le supo decir, que le hizo mudar los intentos.

No se quietó del todo su bullicioso natural. Determinóse de trocar el viaje de Chile en el de Panamá, con los galeones que parten del Callao y traen las mercancías que los de España dejan en Puertobelo. Pero no comunicó este segundo viaje con quien le

había disuadido el primero. Dió parte á solos aquellos falsos amigos á quienes solía darla de sus liviandades, unos lo aplaudieron, otros lo condenaron. Angel sin duda fué para él de buen consejo, el que estando ya de leva los navíos para el puerto del Callao, le acordó los evidentes peligros á que se expone el que fía su vida de la inconstancia del mar y de los pesados reveses de los vientos. *Digitis a morte remotus quatuor, aut septem.* El de más robusta salud, de edad más florida, no dista más que cuatro ó siete dedos de la muerte, que es lo que tiene de grueso la tablazón del navío. Y por tanto, sería gran cordura prevenirse con una buena confesión, pues la experiencia enseña que los pecados de los navegantes echan muchos bajeles á pique. Pareciole bien este consejo, y fué principio de todo su bien.

La memoria de las pasadas tragedias suyas y de sus amigos, le ayudaron mucho á ponerlo en ejecución, persuadiendo lo mismo á otros camaradas que habían de hacer el mismo viaje. Hizo Antonio examen de los innumerables pecados que en aquellos

tres años había cometido; esforzóse con la divina gracia al arrepentimiento y propósito, y con esta disposición llegó á los piés de cierto religioso grave, que aunque lo recibió con agrado, pero por lo que el penitente le dijo, conoció que no había precedido suficiente examen, y que le faltaba la debida preparación, aconsejóle tomase más tiempo para examinarse y que le rogaba entendiese que esto no era rigor, sino celo de su salud, no negarle la absolución, sino dilatarla un poco para más asegurarle la gracia del Sacramento; que si no se recibe dignamente, la triaca de vida se vuelve veneno de muerte. Replicó Antonio que los bajeles estaban levadas áncoras para hacerse á la vela, y que no podía excusar el absolverle. Sin duda que el prudente confesor estaba cierto de que los navíos no partirían tan presto como decía el penitente, pues después de varias razones, lo desengañó que si no se preparaba mejor no podía absolverlo.

Sintió tanto esta santa libertad, que fué milagro no responderle con otra mayor atrevida suya, y no hacer allí nueva mate-

ria de absolución, perdiendo el respeto á Dios en su ministro. Encendióse en tanta cólera, que dice él mismo, hablando, como suele, de tercera persona: «Salió enfurecido »y desesperado; y atizando el demonio el »fuego de su ira, se determinó de no volver »al confesor ni confesarse más en toda su vida.» ¡Qué baldones no granizó contra el pobre confesor, tratándolo de imprudente, de poco corazón y menguado caudal, mezquino en franquear á los pecadores los tesoros de la sangre de Cristo, siendo así que hacer barato della á tan mal dispuestos penitentes, no es liberalidad, sino culpable desperdicio del cual han de dar estrecha cuenta los confesores á Dios, pues no yendo los reos absueltos, quedan ellos por delincuentes en su oficio, condenados!

Aquí campeó insignemente y con alarde nuevo en favor de Antonio lo grande de la Divina misericordia, pues la usó con él como con otro Saulo, Act. 9. *Adhuc spirans minacum, & cœdis*, cuando menos lo merecía. Oyó el fugitivo de su remedio una voz que le decía, «Antonio, Antonio, vete á la

Compañía de Jesús, que allí te absolverán.» Oyó la voz de aquel Señor, que con sola ella saca de sus sepulcros á los muertos. Pero como el nuestro estaba hediondo, no ya de cuatro días, como en el suyo Lázaro, sino de tres años, con tantas losas acuestas cuantos eran los vicios en que yacía sepultado su corazón, necesario fué repetir las voces y esforzarlas en clamor. Volvió el rostro para ver quien le daba el buen consejo, y por el mismo caso que era bueno, lo tuvo por ilusión del oído. Pasó adelante ardiendo en llamas de indignación, y el Señor en seguimiento suyo, cual nos los pinta San Agustín artero de acuchillado. *Fugientis dorsa persequitur; faciem redeuntis illuminat.* Por todas partes le pone el asedio, por las espaldas con truenos de su poderosa voz, por frente con rayos de su luz divina.

Segundó aquella con el mismo aviso; pero como tenía el ánimo tan obstinado, no quiso darse por entendido; sucediéndole á Dios con él lo que al montero con el lobo que persigue, que cuanto más le grita tanto más huye. Por tan imaginación tuvo el lla-

mamiento segundo, como el primero. A la tercera voz fué la vencida, porque lo cortó de suerte que lo dejó inmoble. Entonces dió en la cuenta y entendió ser Dios el que le hablaba, ó algún angel en nombre suyo, que le dijo con toda claridad: «Anímate y »vuelve mañana y hallarás quién te absuel»va y consuele. ¿Quieres perder el trabajo »que has tomado en el examen de tus cul»pas y ponerte á riesgo de condenarte para »siempre?

Con este postrero asalto quedó la plaza rendida, y Antonio, del todo trocado con firme resolución de confesarse, en lo cual no halló ya las dificultades que solía, porque le pareció que uno como viento impetuoso le había barrido del entendimiento una densa nube que no le dejaba ver su peligro ni pesar los daños de su perdición. Llegó á su casa, y fué tal la alegría de su espíritu, que no pudo dormir en toda la noche. Muy larga se le hizo ésta, y no aguardó que llegase el día para acudir al Colegio de la Compañía de Jesús, cuyos religiosos, como no tienen á media noche coro, ma-



drugan mucho al ejercicio de la santa oración.

Unas veces hacía el rey David lo primero, *Media nocte surgeban ad confitendum tibi*; otras lo segundo. *In matutines meditabor in te.* Halló ya puntual al portero; pidióle un confesor, y hallólo tan á la mano como si muy avisado se lo tuviera prevenido; tan docto, tan santo, tan prudente y apacible, cuanto requería la necesidad extrema del penitente. Informóse primero del estado de su vida, oyóle con admiración las maravillas que Dios había obrado para traerlo á penitencia, y luego la muchedumbre y variedad de sus pecados. Juzgó que con mucho fundamento había dudado el primer confesor de la suficiencia de su examen, porque en tanta diversidad de malezas, tan profundamente arraigadas en el alma, había andado Antonio muy sobrepeine. Así se lo dijo amorosamente, volviendo por el crédito del que le habia negado la absolución.

Añadió que si la embarcación daba mucha prisa y era forzoso lance exponerse á los

peligros del mar, él se la concedería con mucho gusto. Pero si aquella daba tiempo, era de parecer que gastase alguno más en repasar su vida y su conciencia. Que cuando el río corre turbio, la vista más lince no descubre peñascos en lo hondo de su cauce; y cuando claro alcanza á ver las más menudas chinas.

Que hasta entonces había vivido turbado y revuelto con la salida de madre de sus pasiones y avenidas de sus vicios, por donde no era maravilla se le hubiesen hurtado á la vista pecados muy graves, que ahora que se hallaba pacífico y sereno sacaría en limpio hasta las faltas más leves. Díjole esto con tan buen modo y con afecto tan de padre celoso de su bien, que lo abrazó todo sin repugnancia alguna.

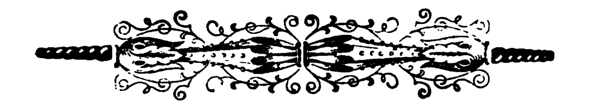
Viéndolo ya más dócil y rendido, por haberle ganado con destreza el homenage de la voluntad, pasó á persuadirle que se dispusiese paia una confesión general de toda la vida, con que echaría una red barredera y conseguiría la perfecta paz y quietud de su alma.

No se puede negar sino que á los desta sagrada religión les ha comunicado el Señor gracia especial para domesticar estas fieras, para reducir grandes pecadores y curar sus achaques más envejecidos.

Nunca las armadas salen del puerto para viajes largos y de importancia con la puntualidad que los príncipes mandan, que generales desean y los pilotos publican. Dijo bien un sabio: *Navis & mulier dum comuntur, dum poliuntur annus est.* Hay mucho que hacer en componer una nave; en fletarla, en proveerla de bastimentos, de municiones, de armas y soldados, ó en cargarla de mercaderías, viene á ser lo mismo que plantar una ciudadela en el mar. Tiempo tuvo Antonio para examinar despacio toda su vida y disponerse á una sincera consión general, la cual hizo con tantas muestras de sentimiento y tanta copia de lágrimas que dejó igualmente edificado y consolado al confesor. Y él lo quedó de suerte, que pudo decir con el rey David. *Conscidisti saccum meum & circunde distime lœtitia.*

Con un cuchillo de dolor hizo pedazos el cilicio ó sambenito de pecador, con que entró en su casa la paz y alegría de la buena conciencia, que della habían desterrado los vicios.





CAPITULO VI

Continúa la frecuencia de Sacramentos, entabla una vida muy penitente, y llámalo Dios para la Compañía de Jesús.

—

No es cosa nueva para el pastor por excelencia bueno, fatigarse en busca de la oveja descarriada y habiéndola hallado, cargarla sobre sus hombros y volverla gozoso á sus apriscos, pidiendo para sí los parabienes que debieran darse á ella de su buena ventura.

Muy hecho está el celestial Padre á recibir con los brazos abiertos y banquetes de fiesta á los pródigos que se le fueron de casa con desprecio de su gracia y agravio de su amor. Así lo hizo con nuestro

Antonio, perdonándole generoso en el Sacramento de la penitencia todas sus pasadas travesuras y regalándolo en el del altar con su cuerpo y sangre. El cual agradecido á tantas finezas de su divina misericordia, hallándose ya otro hombre en paz del alma, quietud del corazón, serenidad de la conciencia y con aquel gozo cumplido y leal que hallar no pudo en las criaturas, desde luego se dió por obligado á consagıarse con todas sus fuerzas al servicio de Dios, como si con él solo hablara el Apóstol, Rom. 6. *Sicut enim exhibuistis membra vestra servire immunditiæ, & iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiæ in sanctificationem.* Bien podemos decir que hasta aquí no hizo más que estercolar el campo que cultivado del divino Labrador, había de rendir copiosísimas mieses, sobreabundando la gracia donde abundaron los delitos.

Hizo firmísima resolución de mudar la vida y el estado, y soldar sus quiebras con penitencias rigurosas y largas horas cada día de atenta y fervorosa oración.

udóle mucho al cumplimiento destos
; propósitos lo que le sucedió con el
nzalo Suárez, de la misma Compañía.
ste Padre sujeto muy insigne, religioso
de perfección, gran maestro de espi-
. quien entre otros muchos dones ha-
municado el Señor uno muy especial
ucir á camino de salvación y guiar
á los mozos más extraviados y diver-
Varón verdaderamente apostólico, de
testifica en su libro nuestro P. Anto-
iz que en el año de 1644, le dijo doña
Melgarejo, señora bien conocida en
or su gran santidad y ejemplarísima
ue lo había visto en el cielo con otros
s de la Compañía, muy adelantado en

e, dijo, con aventajada gloria á los de-
Estaba, á nuestro modo de decir,
un santo de oro todo, transparente
el cristal.»
es el oro más corriente en aquella
berana. Apoc. 21. *Aurum mundum*
vitro mundo. Esto le dijo á nuestro
Antonio una vez entre otras muchas

que la oyó de penitencia. Con que quedará más calificado el testimonio de dicho Padre Gonzalo Suárez. El cual viendo que Antonio acudia cada noche á la disciplina, estilo santo que se observa en aquel colegio de la Compañía de Jesús, con harto concurso de disciplinantes, tuvo interiores impulsos de hablarle y para este fin salió algunas veces á la portería en busca suya. Topó finalmente con él y le dijo:

—Sepa, hijo mío, que ha dos años que vivo con particular deseo de comunicarle.

Juzgó Antonio que sin duda se equivocaba el P. Gonzalo en la persona, y maravillado le dijo:

—¿A mí, Padre?

—Sí; y para que entienda que le digo verdad, acuérdese que en tal calle, el año pasado hizo tal acción. Refirióle algunas otras que en los dos años antecedentes le había notado, y añadió: Entienda que en todo este tiempo he deseado verle para decirle que Dios se quiere servir de su persona para algún negocio de grande importancia y servicio suyo. Lo que le ruego es que nos vea-

mos y hablemos frecuentemente. Otras cosas le dijo con tal cortesía y humanidad, en que el P. Gonzalo era eminente, que le cautivó la voluntad, y de allí adelante él tenía buen cuidado de ir en busca suya y pasar con él largos ratos en santa conversación. El día siguiente fué á oir misa en el convento de San Francisco, como solía los demás, en la capilla de la Purísima Concepción. Había olvidado el rosario y rezólo por los dedos. Formó escrúpulo y pidió perdón deste tan leve descuido á la reina del cielo. Aquí oyó que la imagen de bulto que estaba en el altar, le dijo:

—No tengas pena, que yo te daré presto rosario.

Extrañó el favor tanto más cuanto menos merecido lo tenía. Y con esta profunda humildad y conocimiento de su bajeza, mereció un consuelo interior muy diferente de los pasados del mundo, al cual se siguió un vivo deseo de renunciar para siempre los vicios y hacer estrechísima amistad con la virtud, particularmente con la castidad, cuya hermosura se le representó y quedó tan ena-

morado della, que quiso luego obligarse con voto á guardarla. Pero temiendo su flaqueza contentóse por entonces con propósitos firmes de conservarla ilesa lo restante de su vida, como la conservó con ayuda del cielo.

Asimismo al dulce son de aquellas palabras que la Vírgen le dijo, parece que se le infundió una cordial devoción al santo Rosario, que contínuamente traía consigo, rezándole con mucha frecuencia, y sus cuentas le servían de balas contra el demonio, que nunca dejaba de hacerle guerra, revocándole á la imaginación los divertimientos de la vida pasada, y persuadiéndole que no podría vivir sin ellos. Este mismo día por la tarde fué á la Compañía á ver á su padre Gonzalo, que lo recibió con la cara de risa, y con estas palabras en la boca:

—Sepa, Sr. Antonio Ruíz, que hoy me ha dado un Padre un Rosario muy lindo, y así como lo recibí, se lo dediqué á v. m.; tómelo y seame muy devoto de la Santísima Vírgen.

Recibiólo con acción de gracias, y dijo que aquella misma mañana le había prome-

tido la misma Vírgen aquel Rosario, y que le había cumplido fidelísimamente su palabra; y le contó lo que le había sucedido; de lo que el Padre recibió grande consuelo.

Al paso que él se iba declarando en favor de la virtud, iba el demonio reforzando sus baterías. ¿Cómo puedes, le decía, á ley de hombre de bien, negarte al trato y correspondencia de tus más leales amigos? Pues mal podrás corresponderles si no acudes, como solías, á entretenerte con ellos. Satirizarante en sus corrillos, de zafio y descortés, de beatón y aturdido y no faltará quien te condene á un sayo verde y jaula del hospital. Por otra parte le pintaba en la imaginación con vivos colores hermosuras varias y halagüeñas en que solían cebarse sus torpes aficiones con tal vehemencia, que venía á hallarse sin fuerzas para resistir. Y cierto es que fueran flacas las suyas, si en esta peligrosa pelea no le asistiera la divina gracia con otro cerco de luz celestial, á la cual conocía claramente la hipocresía y poca seguridad de aquellos gustos perecederos, y luego hacía tránsito á su solidez y

9



duración perpétua de los eternos. Ya hacía reparo de la losa de un sepulcro, acordándose de lo que había de ser dél en él; ya se acogía al sagrado del Tribunal de Dios, considerando la rigurosa cuenta que en él se toma. Ya se hundía en el infierno, que con sus pecados tenía bien merecido, y de allí sacaba armas de fuego para resistir á su contrario. Ya se abrigaba en las llagas de Cristo bañándose con su preciosísima sangre; y le parecía execrable maldad vender por un sucio deleite al demonio el alma, que el Señor rescató con sangre de valor infinito. Este era el modo que tenía de hacer sus defensas, para salir, como salía, siempre vencedor, y no era la menos eficaz la devocion de la Vírgen y recurso á su santo Rosario.

Acudiendo el miércoles de la semana Santa, como tenía de costumbre, á la disciplina, rebozóse con la capa por no ser conocido. Así entró por la portería, cuando un hermano, gran siervo de Dios, que sustituia en oficio de portero, le conoció á luz superior, sin verle la cara, y le dijo cómo él era recien

venido á aquel colegio, y que sola otra vez lo había visto de d a, y que al mismo punto que se careó con él le dió á entender Nuestro Señor que lo tenía escogido para una empresa de mucha gloria suya. Prosiguió en algunas razones consonantes á las que le había dicho el P. Gonzalo Suárez, y juzgó Antonio que sin duda había sido concierto entre los dos.

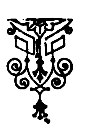
Despidióse del hermano y á pocos pasos encontró con el P. Suárez; dióle cuenta de lo que el portero le había dicho y del juicio que él había hecho. Pero el Padre le aseguró con toda verdad no había conferido aquella materia con dicho hermano, ni aun presumido que este pudiera conocerle, siendo tan nuevo en aquella ciudad y colegio. Pero advirtióle no despreciase aquellos avisos, pues por ventura la providencia divina, por medio dellos, lo quería conducir á donde de veras le sirviese.

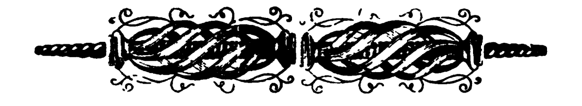
Llegó la Páscua de flores, confesó y comulgó para cumplir con la parroquia, y juzgó que teniendo á Dios por amigo, podía ejecutar su viaje sin los peligros que en otro

tiempo. Aunque ya procuraba desasirse de los amigos, que había tenido por cómplices en sus tropiezos, con todo, para más disimular la mudanza de estado que trataba de hacer, y la iba madurando en su su pecho, dispensó en la amigable comunicación con algunos, pero presto experimentó el daño de una mala compañía, pues á pesar de tanto propósito y desengaño y avisos del cielo, se vió á pique de volver atrás en lo comenzado. Y fiando poco de sí mismo, cortó de raíz la correspondencia con todos. Muchos de los cuales convirtieron en odio el amor que antes le tenían; y uno, que era el más íntimo, sentido de verse despreciado le hizo algunos desaires. Pues en cualquier amor mal correspondido se verifica: *Amor læsus vertitur in furorem*.

El segundo día de Pascua de Resurreción resucitaron en su ánimo los deseos de volver á los estudios. No faltaron dificultades. La primera, la navegación que había de emprender dentro de breves días. La segunda y principal, hacérsele muy cuesta arriba á los diecinueve años la vuelta á pueriles ejer-

cicios, pareciéndole que había de ser la risa de sus amigos. Pero con la gracia del Señor atropelló el qué dirán y se hizo niño para entrar en el reino de los cielos. Y como habían revivido en su corazón los deseos de ser religioso Francisco, comenzó á ensayarse en las penitencias de la Orden. Castigaba el cuerpo con cilicios, con disciplinas y ayunos, que los más días eran á pan y agua, y solamente comía carne los domingos.





CAPÍTULO VII

Determina estudiar para ser religioso, sucesos raros con que Dios lo confirma en sus intentos; procura desvanecerlos el demonio.

Nadie quiere eficazmente el fin, que si están en su mano, no aplique luego los medios. A las luces con que Dios le ilustró el entendimiento, y á los impulsos que dió á su rebelde voluntad, hizo Antonio resolución de arrancar de los peligros del siglo, y acogerse al seguro puerto de la vida religiosa. Y no llamándolo Su Majestad para estado de lego, porque se quería servir dél en la dignidad de sacerdote, para llegar á serlo bien entendió que era fuerza el estudiar, y así se aplicó al estudio como si de él pendiera su

vida y su ser. Para lo uno y para lo otro le sirvieron de acicates algunos casos raros que sucedieron por este mismo tiempo. Fué uno la desastrada muerte de cierto caballero amigo suyo, noble, rico, alentado, y con todo extremo olvidado de sí mismo y divertido en liviandades de mozo. Ciego con la pasión de unos celos, sacó desafiado al campo á otro caballero de su calidad. Este, ó más venturoso ó más diestro en jugar las armas, al primer encuentro le envainó á su contrario por el corazón la espada, y lo dejó muerto sin confesión. Dichoso si espiró contrito, lo que alcanzan con dificultad hombres de estragada vida aun cuando en sus .camas mueren más despacio.

Quedó toda la noche en campaña el cadáver, echáronlo de menos en su casa; buscáronlo y dieron en él.

Acudió Antonio compasivo al espectáculo y vió á su amigo tan desfigurado, que por el rostro no lo pudiera conocer. Veneró en Dios su recta justicia, y alabó la misericordia grande que con él habia usado. Ratificó supropósito de dar libelo de repudio al mun

do, y el tiempo que viviese en él vivir muy lejos dél con el corazón.

Era día dé ayuno á pan y agua, en que no solía tomar la refección hasta la noche. Salió á la plaza melancólico y pensativo, recibiendo pésames como amigo suyo, de la desgracia del muerto, que le daba más pesadumbre que la hambre, que gustoso padecia en satisfacción de sus pecados. Sintió gran flaqueza y desmayo, y dél quiso valerse el demonio para ponerlo en tentación. Acordóle los regalados manjares con que solía deliciarse en otro tiempo. Representóle imposible á su delicada complexión perseverar en aquella aspereza de vida en que se había empeñado, y vino á condenarse imprudente en aquellos rigores. Pero no llegó á pronunciar la sentencia, porque de repente vió delante de sí un demonio de horrible figura; teníala de negro, como de edad de dieciseis años, hocico de fiero jabalí, centelleando los ojos; los pies y manos de zambo; la piel cerduda como la del oso, que le miró airado y enfurecido.

No se perdió de ánimo con la vista de



monstruo tan espantoso. Pero túvolo mayor cuando volviendo la suya á uno y otro lado vió al angel de su guarda que le asistía, para defenderle de aquella fiera. Sintióse revestido de nuevo valor para proseguir con la cruz que había cargado sobre sus hombros, y quedó entendido con esta visión que el demonio era el autor de su desmayo y flaqueza, ó para que dejase sus ayunos ó para que se compadeciese de su cuerpo, y con escrúpulo de ser homicida de sí mismo aflojase en el rigor de su penitencia.

Esperó aquel que había de desalentarlo en esta carrera con su formidable vista; pero más poderoso fué el santo angel para animarlo con la suya, con que cobró tales brios que luego renovó sus propósitos de hacer á la carne sangrienta guerra sin concederle un solo dia treguas de descanso, maltratándola con más rígidos y largos ayunos, con más ásperos cilicios, con disciplinas de sangre, con parco sueño sobre la tierra desnuda, y con otros mil géneros de martirios.

Dióse más á frecuentar Sacramentos, con conocido fruto de su espíritu. Entre otros

muchos y grandes favores que después de la Sagrada comunión recibió, uno fué el que cuenta por estas palabras:

«Dando gracias un dia, cuando más retirado y dentro de sí, sintió de repente á Nuestro Señor, con particular presencia, llenando su alma de bienes celestiales y comunicándole luces soberanas, que le incitaban á que hiciese perfecta entrega de si á este gran señor y que le ofreciese alguna cosa particular. Y considerando cuál podía ser la que más le mereciese el agrado de sus divinos ojos, sintió le decían que el voto de perpetua castidad, ofreciéndose á Dios en agradable sacrificio, por medio de la reina de los ángeles. Y aunque en otra ocasión la desconfianza de su flaqueza lo detuvo, en esta se halló tan animoso y confiado, que votó de guardar castidad perpétuamente, eligiendo por singular patrona á la Santísima Virgen. Gran medio la tierna devoción con María para conservar la pureza, que singularmente aseguran los devotos de su purísima Concepción, como enseñaba el Venerable Padre maestro Avila, apostol de Andalucía.

Para lograr mejor los deseos que tenía de aprovechar mucho en poco tiempo, en letras y virtud, sabiendo ya por propia experiencia que los mayores tropiezos y embarazos que ambos estudios tienen, nacen de la libertad de los licenciados estudiantes, se resolvió de cautivar la suya y estrenar la obediencia que había de profesar en la clausura de la religión. Pareciole muy á propósito el colegio de San Martín, cuyo gobierno está á cargo de los Padres de la Compañía de Jesús, que con estos Seminarios es grande el servicio que estos Padres hacen á Dios y beneficio á la República, venciendo los muchos enfados que consigo trae el trato y educación de los niños. Antes de tomar la beca quiso ver el orden y distribución del tiempo con que en él se vive, y las ayudas de costa que en la caridad y cuidado de aquellos, verdaderamente Padres y pedagogos, gozan los que á su sombra viven; el honrado tratamiento que se les hace, la policía que se les enseña, las ayudas de costa para la ciencia y virtud y las comodidades para la vida humana. Visitolo un día como hués-

ped, disimulando sus intentos; registrólo todo con curiosidad, tomó sus informes, y todo le pareció á pedir de boca para lo que él deseaba; pareciole haber entrado en un paraíso.

Consolóse más cuando vió entre los seminaristas á un mancebo principal, con quien había profesado amistad muy estrecha. El cual en los viajes de México y Panamá con empleos considerables había adquirido mucha hacienda. Habíalo hallado menos en la ciudad de Lima y no sabía el rumbo de vida que había tomado. Y así se alegró mucho cuando lo vió contento en aquel buen retiro, ocupado todo en ejercicios literarios y virtuosos; juzgó que no le podría estar mal á él lo que tan bien le estaba á su amigo; que nadie extrañaría hiciese él lo que todos alababan en aquel caballero tan noble y tan rico.

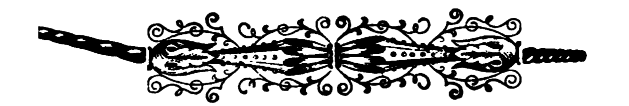
Quiso saber dél lo que le había movido para arrimar el trato, navegando con tan próspero viento. Respondiole como si le leyera lo interior, que todos ven los alhagos que hace el mundo á sus amantes necios

para engañarlos y detenerlos en su dura servidumbre; pero que no todos alcanzan á ver, ó ya se avergüenzan de confesar el mal tratamiento que les hace y las hieles que derrama sobre sus más sabrosos gustos; que para una onza de placer, tiene muchas arrobas de pesar, y á un día de bonanza siguen muchos de deshechas tormentas. Que huyendo dél y de sus embustes y traidoras caricias se habia acogido á aquel sagrado con ánimo de tomar desde allí el vuelo para ponerse en salvo en la religión. Así lo hizo, porque luego entró en la Compañía y se dió tanta prisa en sazonar, que en el mismo noviciado, con gran consuelo de su alma, lo llevó el Señor para sí. Sap. 4. *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*

El ejemplo de este mancebo, su felicísimo fin, puesto en balanza con el desastrado del otro amigo, le hicieron resolver la entrada en el Seminario venciendo el empacho y repugnancia en volver como niño á los rudimentos de la gramática. Dió luego cuenta de su deliberación á su querido P. Gonzalo Suárez, que se alegró mucho de ver la efi-

cacia que había dado el Señor á sus razones, y cumplídole los deseos que tuvo de ver á Antonio en el Seminario de San Martín, con que dió por cierta su entrada en la Compañía. Exhortole á que hiciese los ejercicios de San Ignacio, medio tan eficaz para hacer mella en pechos de bronce, cuanto cada día experimenta el mundo en milagrosas conversiones de los hombres más divertidos. Puso luego en ejecución el consejo de su maestro en una celda del colegio de San Pablo de la misma Compañía. Comenzó sus ejercicios á 20 de Mayo del año del Señor de 1605. Y las mercedes grandes que en ellos recibió, veremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO VIII

Hace los ejercicios de San Ignacio; llámalo Dios á la Compañía y le significa que quiere servirse dél en la provincia del Paraguay.

Con razón deseó el Espíritu Santo que los hombres de tanto tiempo como pródigos desperdician en vanidades del mundo y en adquirir bienes caducos y perecederos, empleasen siquiera algunos días en tratar del granjeo de los eternos, que no es bien que se alce con toda la vida la solicitud de las comodidades del cuerpo y que no haya un rato desocupado para solicitar las del alma. Deut. 32. *Unitam saperent, & intelligerent,*

ac novísima providerent. Ojalá los que con tanto ahinco pretenden adquirir fama y renombre de sábios, y con ese fin cursan universidades y se queman las cejas sobre los libros, llegasen á graduarse, ya que no de doctores y maestros, siquiera de discípulos en esta celestial sabiduría, que consiste en saberse el hombre salvar. ***Et intelligerent***, y mostrasen en esto sus buenos entendimientos, pues desdice mucho dellos poner la voluntad en lo que tan poco dura, y retirarla de lo que ha de durar para siempre.

Para poner en ejecución este medio tan importante, le dictó el mismo Espíritu Santo al gloriosísimo patriarca San Ignacio aquel librito admirable de los *Ejercicios*, del cual podemos con veidad decir: ***Magna** gemma in parvo auro.* En poco oro engastada una perla peregrina, que no tiene estimación, una margarita preciosa con que se compra el reino de los cielos. Querellarse puede de nuestra tibieza el dulce Bernardo. *Tampio, tamque utile considerationis otio nullam in vita operamdare, **nonne vitam** perdere est?* Ciertamente que si el mundo

está perdido por falta de consideración, intolerable negligencia es la nuestra, cuando voluntariamente nos queremos perder por no consagrar siquiera ocho días, de trescientos sesenta y cinco que tiene el año, á ejercicios tan santos y provechosos, cuyo fruto veremos en los que hizo nuestro Antonio Ruiz con la mudanza de vida que se admira en cuantos los hacen en ambos Orbes.

En los cuatro primeros días, aunque trabajaba mucho en recoger los sentidos y quietar el ánimo para la atenta oración, eran tantas las distracciones que padecía de su veloz pensamiento, que hallaba la puerta cerrada para el trato con Dios. No podía formar composición de lugar, que es la que tiene presa la imaginación, ni sosegar en pie ni de rodillas, ni asentado, ni en otra postura alguna. No hallaba la deseada y necesaria quietud. Cuanto más fuerza hacía para recoger las potencias, tanto más se le derramaban, impacientes de ver en apremio su libertad. Sin pedirle licencia se le iban á las calles y plazas, á los concursos del pue-

blo, á la conversación con los amigos, los públicos entretenimientos y á otros paseos de más peligro. Intentaba á violencias meterla en freno, y entonces más insolentes y cerriles se le desbocaban. Que es muy difícil arriendar una fantasía muy acostumbrada á vivir al aire de sus antojos, y más cuando el demonio con la representación de objetos de su gusto la provoca y espolea, si ya el poder de la divina gracia no la reprime y domestica. Verdad es que en la parte superior del alma hallaba prontitud y fortaleza para sufrir esta pena, ajustándose en todo á la voluntad divina.

Al quinto día serenó el cielo, quietóse aquel alterado golfo, y comenzó la bonanza con una visión misteriosa, en que se vió acariciado y favorecido del Señor, con la elección que dél hizo para soldado de su santa Compañía. En dos partes hace memoria deste favor; en el libro de la *Conquista*, y en el de sus *Apuntamientos*. En aquel dice:

«Al cuarto día, temeroso de ponerse en oración, como si fuera á empuñar un remo, porque allí fuertemente lo apretaba el demo-

nio, excitándose á esperanza de algún sosiego espiritual, se sintió con deseos de orar; libre de pensamientos, el entendimiento claro, la voluntad bien afecta, y con asomos de algún consuelo; bien de repente se halló como en región extraña, y tan lejos y apartado de sí mismo, como si él no fuera. Aquí le mostraron un dilatado campo poblado de muchos gentiles, y algunos hombres que con las armas en las manos corrían tras dellos, y dándoles alcance les daban de palos, los maltrataban y herían, y cautivando á muchos dellos los ponían en grandes trabajos. Vió juntamente unos varones más resplandecientes que el sol, que aunque con vestiduras más blancas que la nieve, conoció ser los religiosos de la Compañía de Jesús, no por el color del hábito sino por cierta inteligencia que ilustró su entendimiento. Aquellos varones procuraban con todo conato arredrar á los que parecían demonios en traje de hombres; y todo hacía una viva representación del juicio final, como comunmente lo pintan. A los ángeles defendiendo las almas para conducirlas al cielo, y al demonio ofendiéndolas

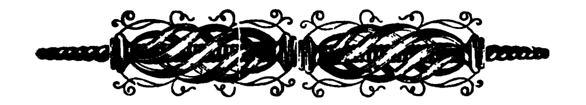
para llevarlas al infierno. Vió que los de la Compañía hacían oficio de ángeles. Y con esta vista se encendió en un ardiente deseo de serles compañero en empleo tan honroso. Siguiose luego el ver á Cristo, Señor nuestro, que bajaba de lo alto vestido de una ropa rozagante, á modo de manteo, arrojado por debajo del brazo sobre sus hombros y llegándole el rostro á la llaga del costado, le puso la boca sobre ella, donde por buen rato bebió de un suavísimo licor que della salía, deleitando el gusto y el afecto sobre todo lo imaginable. Aquí entendió que Cristo Jesús, único regalo de las almas que se unen por amor con Su Majestad, lo escogía para la provincia de Paraguay, donde hay gran número de naciones gentiles, que solo esperaban oir las dichosas nuevas de las bodas del Cordero, imprimiéndole en su alma un ardiente deseo de emplearse todo en su conversión. Afirmó muchas veces al P. Francisco Diaz Taño, íntimo confidente suyo, misionero insigne de aquel gentilismo, que dos veces vino procurador á Europa, «que fué »tan divina la suavidad que sintió, que ha-

»biendo durado este regalo más de una hora, »le pareció que había pasado en un punto.» Trocósele aquí el despego y desamor que tenía á la Compañía en entrañable y tierno amor, cobrando grande estima de su santo instituto y ansias de pedir lo recibiesen en ella. Pero el alto concepto que había formado de sus apostólicos empleos, lo acobardó para que en muchos dias no descubriese sus deseos. Hasta que comunicándolos con un varón docto y santo, lo alentó á ponerlos en ejecución, encargándole que no diese cuenta de su llamamiento al Paraguay, dejándolo todo á la disposición de la Providencia divina. Guardó el consejo exactamente. Pero tal vez gusta el Señor que sus favores se manifiesten, y cuando el que los recibe dice Job. 12. *Sacramentum Regis abscondere, bonum est*; sabe Su Majestad manifestarlos por sí mismo, para mayor gloria suya y provecho nuestro.»

En el *Memorial* de sus *Apuntamientos*, refiriendo la misma vision, dice:

«El cuarto día por la tarde, se puso de rodillas con toda resignacion en la voluntad

divina, y firme propósito de perseverar, aunque fuesen dos meses, en ejercicios. Cuando de repente sintió que se le iban recogiendo los sentidos, y como adormecido, con grande suavidad y no poca admiracion suya, se le representaron todas las religiones, y á ninguna se sintió aficionado, ni aun á la de San Francisco, cuyo deseo había estado muy vivo hasta este punto, y para entrar en ella había resuelto el estudio. Vió á los de la Compañía y no los conoció por el hábito, porque traían vestiduras cándidas y transparentes, pero conociolos por especial ilustracion, y que lo transparente del vestido denotaba la caridad en descubrir á sus superiores las conciencias; lo blanco, la candidez de sus vidas. Significósele que era esta una de las religiones más agradables á Dios, así por la pureza sobredicha, como por el celo de la salvacion de las almas. Entonces sabía muy poco del instituto y reglas de la Compañía; pero después que las leyó, dió gracias á Nuestro Señor porque se las dió á conocer antes de profesarlas.» Después prosigue en referir la vision que narramos arriba.



CAPÍTULO IX

Entra en el Seminario de San Martín; ocúpase en el estudio de la gramática y no menos en el de la oración y mortificación; hace voto de ser de la santa Compañía de Jesús.

A los 28 de Mayo acabó sus espirituales ejercicios, y sin detenerse á otro negocio alguno, luego voló al Seminario de San Martín. Lo primero que hizo en habiéndole dado la beca, fué ir á la capilla de Nuestra Señora y ofrecerle como en sacrificio el trabajo de sus estudios, pues el fin único dellos era no lucirse él ni hacer prendas y méritos para honores del siglo, sino para emplearse más digna y fructuosamente en servicio de Dios

y suyo, y en defensa de la opinión pía de su inmaculada Concepción. Suplicole con ternísimo y filial afecto se dignase de admitirlo en el número de sus hijos y de abrigarlo como madre piadosa al seno de su poderosa protección; ofreciole, para más obligarla, las primicias de sus estudios. Con el favor desta universal madre de la cristiana sabiduría, aprovechó tanto que en once meses, con admiración de sus maestros, llegó, precediendo riguroso examen, á la clase de retórica, jornada que á los niños de más agudo y despierto ingenio suele durarle tres y cuatro años, con que pudo cumplir su promesa, haciendo y recitando en público, con mucho aplauso, una elegante oración latina en alabanza de las virtudes de su Señora, con especial elogio de su profunda humildad.

Parecíale vivir en aquella casa como en un delicioso paraíso, por el orden y modestia con que en ella se vive, y por haber hallado allí la paz y quietud de su conciencia, por la que tanto tiempo había suspirado. Pidió luego le diesen el oficio de cuidar de los

enfermos, y lo ejercitó con toda humildad y caridad, asistiéndoles de noche como de día. Y porque no le faltase tiempo para dar rienda larga á su devoción, prevenía al alba, levantándose dos horas antes que la comunidad, gastándolas en atenta oración delante del Santísimo Sacramento, y con la luz que bebía en aquella fuente de divinos resplandores, igualmente aprovechaba en noticias de entendimiento que en ardores de voluntad.

De ocho en ocho días comulgaba y se detenía á dar gracias dos y tres horas. Guardaba dentro el Seminario grande recogimiento y nunca salía de casa sino los domingos á visitar y servir á los enfermos del hospital, lo que hacía con notable gusto, consuelo de aquellos y edificación de los enfermos y ministros.

En el discurso de la semana cada día tenía diputadas dos horas para la oración, y los domingos y fiestas cuatro y cinco. En solo esto no quería ajustarse con los de menor edad, pues el tiempo que estos gastan en lícitos entretenimientos, él empleaba en el

trato con Dios. Y al paso que él se disp
Su Majestad lo regalaba con tan larga
no, que á ratos le parecía estar ya
cielo.

Comparando estos gustos de su alm
los que en otro tiempo diligenció á su
po, y que con tanto hipo solicitan á lo
yos los amadores del mundo, decía con
ticular sentimiento. «¡Ah, pobres, y s
»piésedes lo que perdéis y los bienes
»renunciáis por los verdaderos male
»vuestros apocados deleites!» Cuando e
dio le acometía ó el sueño le molest
acordábase luego de aquellas noches
desvelado pasar solía, sirviendo á sus
titos y vanidades. Y con una santa indi
ción se decía á sí mismo: ¿Es posible,
dor, que no has de hacer por Dios y po
eterno, lo que tan hacedero hallaste p
mundo y sus gustos? Con esta consic
ción se animaba á hacer todo cuanto p
sin perder ocasión ni instante de tie
tanto que aun el que gastaba en ir á
clases con las demás colegiales y en vo
de ellas sin desplegar su boca lo empl

en hacer el examen de su conciencia ó en rezar otras devociones.

La memoria de su mala vida pasada le servía de lastre para navegar seguro y no dar al través con el viento de la presunción. Y para esto llevaba muy grabados en ella los castigos grandes que por sus culpas tenía muy bien merecidos, y lo traían tan humillado y confuso que si alguno lo alababa hacía extremos de sentimiento, y para alivio dél, no hallaba otro remedio que el recurso á la oración, donde amorosamente se quejaba del Señor porque permitía alabanzas á quien tan digno era de baldones y vituperios.

Con la opinión que su vida le granjeó presto de santo, yendo un día á las escuelas, un niño de tiernos años se llegó á él y le inclinó las rodillas, ó con ademán de besarle la mano, ó con deseo que le diese la bendición. Reparó el compañero y díjole: ¿Qué presagio es este, Antonio? Turbóse de suerte que no acertó á responderle.

En aquel, como noviciado, no aún de la profesión religiosa, sino de la cristiana per-



fección, ya Nuestro Señor le iba enseñando cómo y en qué había de mortificarse para adquirir la paz de su corazón y él sabía lograr las ocasiones, no ya como novicio, sino como anciano muy provecto. En una le presentaron unas manzanas sazonadas, hermosas y de mucha estimación por su singular grandeza. Resolvió de repartirlas entre los seminaristas; no lo pudo hacer tan prontamente, porque por ser día de asueto andaban esparcidos en honestos entretenimientos. Y como el mayor, antes el único de Antonio, era la oración, retiróse á su oratorio que era la iglesia. Inquietóle el demonio con la memoria y codicia de sus manzanas, como tan hecho á vencer con ellas. Resistióse valientemente y propuso repartirlas sin gustarlas, como lo hizo; que para un mozo fué acto heróico de mortificación, pues nuestros primeros padres, por no haber hecho con una lo que Antonio con muchas, se perdieron y nos perdieron.

Quiso llevar adelante su abstinencia con el rigor con que la había comenzado, ayunando á pan y agua y comiendo no más

que una vez al día, y le sucedía pasar dos y tres días con solo una colación. Pero juzgando el confesor prudente que el ayuno tocaba en indiscreto y que podía impedir mayores bienes gastándole la salud, le mandó que lo moderase, como también en limitarle las cotidianas disciplinas y cilicios, en tres cada semana. Ya que no se le concedía martirizar con tantas asperezas como él quisiera á su cuerpo, ponía todo su cuidado en mortificar sus sentidos y las pasiones del alma. Y como no se lo había prohibido el confesor, ponía chinas ó balas para lastimarse caminando entre el zapato y el pie. Para todo le ayudaba mucho la contínua meditación de la Pasión de Cristo, que era su pan cotidiano. Con tal viveza se le representaba llagado al pensamiento, que cuando creía estar solo, con una dulce y oculta violencia era obligado á doblarle á cada paso la rodilla y hacerle profunda reverencia. Mas cuando en compañía de otros, contentábase con inclinarle la cabeza.

Para gozar más frecuentemente de la presencia de su amado Señor, visitaba al San-



tísimo siempre que podía, y no de día solamente, sino también á todas las horas de la noche. Encontrábale su rector, que á la sazón era el religiosísimo P. Joseph de Arriaga, que como no menos enamorado de Dios andaba en las mismas rondas. Alguna vez ya le mandaba se retirase á dormir; las más disimulaba y condescendía con su devoción. Antonio de allí adelante por no ser visto, conteníase en la clausura de su aposento, de donde puesto de rodillas hacia el Santísimo, penetraba con el afecto las paredes, y quedando lejos el cuerpo, se acercaba á venerarlo con toda el alma. De contado le pagaba el Señor estos cariños con el sabroso maná que llovía el cielo. Dando un día gracias después de la comunión se le ofreció lo de David: *Quid retribuam Domino, pro omnibus quæ retribuit mihi?* Deseó retornar con algún grato obsequio, y no hallando por entonces otro que le pareciese más agradable, hizo voto de entrar en la Compañía de Jesús, suplicando humildemente al Señor facilitase su entrada, pues él era tal que habría muchas dificultades en admitirle.

Bien se deja entender que lo sentía así, pues considerando una vez la alteza de su instituto y lo que el Señor le había declarado de cuán aceptos le eran sus ministerios, y la inculpable vida de ios hijos de Ignacio, volviendo la vista á los desafueros de su juventud, comenzó á deshacerse en lágrimas, juzgando que él no podía ser á propósito para estado de tanta pureza y perfección. En medio de este desmayo lo alentó una voz interior que le decia: «No te dé eso pena, que te recibirán, y con mucho gusto.» Otro día, pensando en las palabras sobredichas, se dió ya por recibido en la Compañía; pero aguóle este contento la duda y cuidado si perseveraría en ella. Oyó esta voz de mayor consuelo:

«Si perseverarás y morirás en ella.»

Con esta paz vivía favorecido del cielo en su seminario, cuando el demonio, envidioso de tanta bonanza, y de lo que aquel bajel se adelantaba con tanto viento en popa, revolvió los mares y le armó una no temida tempestad para echarlo á pique, y fué necesario recorrer, como solía, á la oración: *Do-*

mine salva nos, perimus, y reforzarla con más ásperas penitencias.

Descubriéronse en aquel tiempo las islas que llaman de Salomón y para su conquista se aprestaban navíos y gente de guerra. Alistose para esta jornada un grande amigo de Antonio, y cuando más empeñado en ella y en deseos de hacer aquel servicio á su rey, llamado del rey de los reyes con particular vocación, resolvió su vuelta á España para obedecerla, y ser en ella religioso. Para clavarse más en aquel santo propósito, hizo los ejercicios en la Compañía. Procuró el demonio estando en estos derribarle de aquel, apareciéndole en espantosa figura, vomitando llamas por ojos, boca y narices. Algo lo intimidó con sus fieros, pero ni lo sacó de su celda ni le mudó la intención; antes quedó más confirmado en ella. De aquí tomó pie el enemigo para persuadirle á Antonio que sería mayor gloria de Dios que él con su amigo volviese á España y que en ella entraría en la Compañía. Llegó á vacilar; pero acudiendo á la oración, conoció el ardid del astuto y embustero enemigo.



CAPITULO X

Entra en la Compañía de Jesús, favores que le hace Dios en el Noviciado.

En espacio de diecisiete meses concluyó los estudios de letras humanas, gramática y retórica, y salió tan eminente discípulo, que pudo graduarse en las dos facultades de maestro.

Cuando trataba de pasar al curso de artes, le aconsejó su confesor que entrase en la Compañía, que en ella con más comodidad estudiaría facultades mayores. Tiene aquella provincia su noviciado en Lima, cabeza del Perú. Pero habiendo oído decir que venía á aquella ciudad el P. Diego de Torres de la misma Compañía, varón apostólico y

de tan heróica perfeccion, cuanto su vida, que corre en estampa, testifica, y que había de pasar á la fundación de la nueva provincia de Paraguay y conversión de tantas naciones infieles como en sus dilatados lindes incluye, acordándose de que Nuestro Señor le había significado quería servirse dél en tan gloriosa empresa, sintióse eficazmente movido á ir en compañía de dicho P. Torres y recibir la religiosa investidura de su mano.

El confesor, que conocía el caudal y espíritu del sujeto, anteponiendo el bien de su provincia al de las agenas, dábale priesa á él para que entrase y á los superiores para que le recibiesen; si ya no temió peligro en la dilación, como cada día experimentamos, que muchas vocaciones se malogran con ella. Están ya los sujetos arrancados del mundo; mueren por verse en el seguro puerto de la religion, cada día se les hace un siglo; con que, ó ya pareciéndoles poca estimación de sus prendas, ó ya cansados de tantas largas, ó impacientes de la vida secular, toman otro rumbo y se van á otras religiones. Son los alumbramientos de la gracia muy dife-

rentes de los de la naturaleza. En esta, los abortos nacen de acelerados, en aquella no pocas veces de tardos y muy detenidos. Había ya señalado el provincial día para recibirlo, y así consultó lo que debía hacer, con otro Padre muy espiritual, con quien los días de fiesta comunicaba largos ratos las cosas de su alma, y se gobernaba por su consejo. Dióselo aquí que entrase luego en aquella provincia, que si Dios lo tenía destinado para la conversión de los gentiles de Paraguay, Su Majestad abriría camino. Díjole también que él era uno de los consultores que habian de escoger los sujetos para aquella misión, y que procuraría fuese uno de los escogidos.

Con esto habló á los Padres que habían de examinar y aprobar su vocacion. Preguntándole uno por qué quería ser de la Compañía, respondió que porque Dios, con especial llamamiento, lo quería para ella. Replicó el Padre por gracia.

—Y si yo no quiero que entre, ¿qué ha de hacer?

Aquí Antonio con mucha modestia:

—Si Dios quiere, poco importa que vues-

tra Paternidad no quiera; y si no quiei Dios, yo tampoco quiero, porque solo dese hacer su santísima voluntad.

Maravillóse el Padre de respuesta ta cuerda, y habiéndole examinado los demá fué recibido en el año 1606, en día señalad de la Presentación de la Virgen, á quien c nuevo se ofreció con todo afecto para perp tuo esclavo, poniendo en su mano toda satisfaccion de las obras meritorias que h ciese en todo el discurso de su vida, para qu absoluta señora, dispusiese de aquella á s voluntad en beneficio de las almas, reservan do la de sus culpas para el purgatorio.

Entró en la primera probación con tan ánimo de medrar mucho en espíritu, qu ninguna dificultad hallaba en los ejercicios continuas tareas del noviciado; antes todo parecía suave y llevadero, y le parecie más si hubiera experimentado, como dese la vida de soldado, con cuyos rigores r pueden competir los de la religion más e trecha, sino que los unos son forzosos, l otros voluntarios. Mucho merecería el so dado cristiano si supiese hacer de la neces

dad virtud, y más en un siglo en que no hay cosa más olvidada y menos asistida que la milicia. Para militar con más mérito en la de Cristo, luego se alistó Antonio en la bandera de su cruz. Sintió que lo clavaban en una y lo levantaban en alto, y que el Señor estaba á su diestra en otra, en cuya compañía hallaba singular consuelo en los dolores de la suya, y se ofrecía fervoroso á otros mayores trabajos, con vivos deseos de verse ya en ellos.

Una vez, ejercitándose en actos semejantes, vió delante de sí una grande cruz, que abrazó con íntima reverencia y júbilo de su corazón, y regalándose con ella se ofreció á todo género de trabajos con grandes alientos de perseverar obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Por este tiempo dice él en sus *Apuntamientos* pidiendo afectuoso en la oracion á la Soberana Virgen, su madre y señora, le concediese su reverencial amor y que fuese medianera en el Consistorio divino para que se le perdonasen sus muchos y graves pecados, sintió la presencia y el favor desta reina



de los serafines, y que él le daba su corazón y la Virgen con agrado lo recibía, y poniéndole en lugar del suyo, éste se lo entregaba á él, dejándolo anegado en un piélago de consuelos celestiales.

Temía que se le había de ausentar el bien que gozaba presente, y rogábale no se fuese tan presto, que él ofrecía de no amar otra cosa criada en todo el discurso de su vida, y de procurar con todas sus fuerzas que todos la amasen con todo su corazón. Testimonio grande de los muchos favores que la reina del cielo hacía á su esclavo novicio. De la mano desta Señora, y por el arcaduz de su cordial devoción, conocía venirle todas sus dichas. Muchas veces confesó á sus superiores, dándoles cuenta de su conciencia, que entendía que las mercedes que con tan franca mano le hacían el Señor y su Santísima madre, era premio del cuidado que él ponía con la gracia divina, en mortificarse sin perder ocasión. Vivía muy contento en cualquier oficio, por muy humilde y trabajoso que fuese. Siempre para sí elegía lo peor y de más fatiga, en que le parecía que

otros hallaban más repugnancia. Hizo firme propósito, y lo cumplió, de no proponer carga alguna que la obediencia le echase, diciendo que si fuese mayor que sus fuerzas, Dios, que por medio de su superior la ponía, se las daría para llevarla.

Mostró bien este deseo de padecer por Dios en lo que sucedió en aquel noviciado, donde de una especie de enfermedad contagiosa adolecieron casi todos los novicios, quedando con salud solo Antonio, con otros dos compañeros, sobre cuyos hombros cargó el peso y cuidado de servir á los enfermos.

Era admirable su puntualidad, su asistencia, su desvelo de noche como de día en dar los cordiales y medicinas á la hora que ordenaban los médicos sin alcanzar una hora de descanso en que pagar al sueño su forzoso tributo. Con que rendido á la carga, adoleció de una ardiente calentura que luego hizo rapto á la cabeza y lo privó del juicio; y cuando más fuera dél, su mayor desvarío era repetir muchas veces: «O trabajar, ó morir.»

Publicaba la lengua lo que tenía en el co-

razón. Fué sin duda efímera, pues solamente le duró un día y á la media noche se halló del todo libre della, con que sin poderlo detener para asegurarlo, se levantó luego, y con mayor fervor volvió á servir su plaza de enfermero.

Dió á entender el Señor por este mismo tiempo lo que se complacía en aquella caridad grande de nuestro hermano Antonio Ruiz.

Deshauciaron los médicos á uno de los enfermos; intimáronle recibiese los Sacramentos y se dispusiese para morir, porque la enfermedad era de mucho cuidado, mortales los indicios y el peligro manifiesto.

Entristeciose sobremanera con esta nueva. Compadecióse Antonio de verlo tan afligido. Acudió como solía á la oracion, y lo que con Dios le pasó en ella, no se sabe; lo cierto es, que fué á dicho enfermo, y con toda resolucion le dijo:

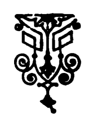
—Hermano mío, tenga buen ánimo, que no siempre aciertan los médicos en sus pronósticos.

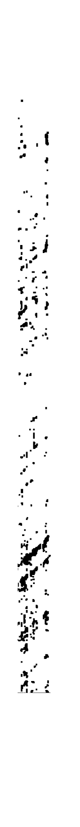
Deus super omnia; encomiéndese á Dios

e veras, y no tema, que yo le aseue desta no morirá.

róse de suerte con esta nueva, que a medicina luego comenzó á mejorar, que cobró entera salud. Contó lo que Hermano Antonio le había sucedido, le el beneficio, dando á su humildad ra pesadumbre.

stos y otros santos ejercicios de cade oración, de mortificación y penipasó la carrera de su noviciado, eslos demás novicios de todas las virtuperando cada día llegase de la prodel Nuevo Reino el P. Diego de Toue había de fundar la del Paraguay, . cual tenía destinado á nuestro Antoprovidencia divina, como veremos en tulo siguiente.







CAPITULO XI

Elige Nuestro Señor para las Misiones del Paraguay al Hermano Antonio Ruiz.

—

Solos cinco meses contaba de novicio, y si se midiera la duración de su noviciado, no por días, sino por progresos en el camino de la perfección, pudiera contar muchos años de profeso, cuando en el de 1607, llegó de Nuevo Reino á Lima el V. P. Diego de Torres, que como ya dijimos, por orden de su general el P. Claudio Aquaviva, había de pasar á la fundación de la provincia de Paraguay, y en ella arbolar los estandartes de la católica fe.

Traía consigo tres novicios que era el insigne martir P. Pedro Romero, á quien yo

conocí muy bien, varón de señalada virtud, gran fondo de espíritu y caudal, todo abrasado en celo de propagar la fe, y deseos de derramar su sangre por Cristo, como la derramó predicando el Santo Evangelio á los Itatines, nación igualmente inhumana y belicosa.

El segundo fué el P. Baltasar Duarte, que tanto ilustró con su magisterio y letras la provincia, leyendo filosofía y teología con suma aceptación y crédito suyo, y de la Compañía.

El tercero el P. Gabriel de Melgar, no menos docto y religioso, el cual, quebrantadas las fuerzas del largo camino, se juzgó no las tendría para otro más prolijo y trabajoso que le esperaba, y así quedóse con él la provincia del Perú, aunque con obligación de dar otro en su lugar.

Llegó el tiempo en que había de partir el P. Diego de Torres, á quien daba mucha prisa el celo de socorrer la urgente extrema necesidad de obreros para el cultivo de aquellas regiones tan incultas como extendidas. Comunicó con el P. Provincial del Perú,

quién había de sustituir por el P. Melgar. Consultaban los hombres sobre lo que ya estaba decretado en el supremo consejo de Dios, que como es dueño absoluto de las voluntades humanas y rige á donde le place sus elecciones, fuéle fácil disponer las cosas de modo que cayese sobre Antonio la buena suerte.

El cual vino á dudar si hablaría al P. Provincial, ó se contentaría con dar cuenta al Maestro de novicios de lo que Dios le había manifestado acerca desta misión. Pero conformándose con el consejo de su confesor, resolvió continuar en su silencio, dejándolo todo á la providencia divina.

Un domingo, dando gracias con mucho fervor después de la comunion, oyó dentro de sí una voz que le decía:

—En este punto te han de enviar al colegio, donde se efectuará tu ida al Paraguay.

Abriósele el cielo con esta buena nueva, y duplicó la acción de gracias. Llamolo luego el Padre Rector á su celda, y por estar aún convaleciente, le preguntó si se hallaba

con fuerzas para ir al Colegio con otros novicios, que solían ir á servir las misas y mesas y á ejercitarse en otros oficios de humildad. Respondió que sí.

Fué con los demás á dicho colegio, y los días que en él estuvo, procedió con el mismo fervor de espíritu ayudando cuantas misas podía y sirviendo á sanos y enfermos. Comenzó ya á darle pena el ver que se acercaba la partida del P. Torres y no le daban aviso del nombramiento. Acudió en este conflicto á su gran señora, haciéndole un novenario en la octava del Corpus, suplicándole encarecidamente, bien que con toda resignacion, dispusiese dél como fuese más servicio suyo y gloria de su hijo.

Aquí testifica que se le presentó delante la begnísima Señora con un semblante lleno de agrado y majestad, acompañada de San Ignacio á la mano derecha, y á la izquierda San Francisco Xavier, y claramente le dijo:

—No tengas pena, que irás.

Salió como fuera de sí de puro contento, sin saber donde se estaba, absorto y enagenado de los sentidos.

Un día destos que Antonio estuvo ministrando en el colegio, vino á él una señora de gran virtud y muy favorecida de Dios, llamada Jerónima de San Francisco, que después murió religiosa. Confesábase esta señora con aquel Padre que había aconsejado á Antonio entrase en la Compañía sin atencion á la ida del Paraguay, ni á la venida del P. Diego de Torres, porque si su eleccion era de Dios ninguna diligencia humana la podría impedir. Estando á sus piés para confesarse, á vistas del altar mayor, salió el Hermano Antonio á ayudar la misa que en él se decía, y en viéndolo dijo al confesor:

—Padre mío: á aquel Hermano que sirve la misa, tiene Dios escogido para el Paraguay.

Así lo refiere él mismo en el párrafo 4 de su *Conquista*, con las palabras siguientes:

«Así lo reveló Dios á una santa mujer, muy aprobada en espíritu, la cual, comunicando las cosas de su alma con su confesor en la iglesia, le dijo:

—¿No vé, Padre áaquel Hermano que sale agora á ayudar á misa en el altar mayor?

Pues sepa que ha de ir á la provincia de Paraguay que se trata de fundar agora, y en ella ha de padecer muchos trabajos. Pero el Señor irá con él, y será en su ayuda.

Preguntole el confesor si lo había conocido antes. Respondió que nunca hasta entonces lo había visto; pero que el Señor se lo había revelado. Y ella misma, habiéndolo ya nombrado para el viaje, se lo dijo al mismo Hermano Antonio, animándolo para los trabajos que había de padecer en la conversión á Cristo de aquellas bárbaras gentes.

Juntáronse el Provincial y sus consultores para señalar el sustituto del P. Melgar. Pusieron todos los ojos en uno, y por justos impedimentos, no tuvo efecto; nombraron otro y halláronse las mismas dificultades. Fué maravilla que siendo consultor aquel Padre que le había ofrecido favorecerle y sabía que lo llamaba Dios para aquella misión, no se acordó de proponerlo; permitiolo Dios así, para que se entendiera que Su Majestad era el que lo enviaba.

En la tercera consulta dijo el P. Provincial de su propio motivo que le parecia muy

á propósito el Hermano Antonio Ruiz, á quien hallaba bien fundado en sólida virtud, desprecio del mundo, amor y estima de la Compañía, desengañado, fervoroso, espiritual, deseoso de padecer y con edad y fuerzas competentes para las fatigas de tan larga peregrinación.

Aprobaron los cansultores por buena la eleccion, y en particular aquel Padre que le había prometido su voto, y había oido lo que aquella señora penitente había profetizado, y el mismo Hermano Antonio mucho antes le había descubierto. Dió gracias al Señor, Sap. 8. *Qui attingit a fine usque ad finem fortiter & disponit omnia suaviter*. Alegróse mucho cuando le dieron la nueva de que ya era llegado el plazo en que vería cumplidos sus deseos.

Entre tanto que se acababa de disponer la jornada del Paraguay, como siempre las grandes tienen muchos embarazos, y el partir es el mayor, volvió el Hermano Antonio á la fragua del noviciado á darse otro baño de espíritu y hacer más provision de aquellas virtudes que son más necesarias para la



conversion de las almas y para la tolerancia de los trabajos infinitos que se ofrecen en reducir al conocimiento de la verdad y amor de la virtud, las de ciegos y viciosos gentiles, nacidos y criados más en la idolatría de sus gustos que en la de sus falsos dioses.

Ocúpanse á ratos los novicios en ejercicios manuales y corporales y á la sazon el más ordinario era acarrear piedra para el edificio. Esto hacía Antonio con particular gusto, y tanto más contento cuanto más cargado; y porque no le impedía ir en contínua presencia de Dios y de la Santísima Virgen. Venía á ser como la palma, que cuanto más peso le echan á cuestas más se levanta en busca del cielo. Aunque no era necesario subir para hallarlo cuando el mismo cielo bajaba en busca suya. Porque más de una vez se vió cercado de ángeles y mereció ver al de su guarda y á la misma reina de los serafines, á quien de nuevo hizo entrega de su corazon, con fervientes deseos de que todos amasen y sirviesen á esta emperatriz de los cielos.

Quiso hacer otra vez los ejercicios juzgando que en ellos se hallaba el matalotaje principal para semejantes viajes.

En el quinto día, poniéndose por la tarde en oracion, notó de repente que los sentidos exteriores se le iban entorpeciendo y retirando, y que al mismo paso se le avivaban las potencias del alma. Con ellas vió un camino cuesta arriba, áspero, enriscado y fragoso, por donde le parecía que había de subir con mucha dificultad. Y en lo más alto dél, vió á la Santísima Virgen, toda coronada de bellísimos resplandores, cual la pinta en su *Apocalipsi* el amado discípulo, y que estaba como de guarda á una hermosísima puerta. Que él subía por aquella cuesta con fatiga grande por su extremada aspereza y que llegando á donde la reina del cielo estaba, lo recibía con mucho agrado, y franqueándole la puerta le hacía señas con la mano para que entrase por ella. Que habiendo entrado largó la vista y descubrió un muy ameno y dilatado jardín, llenas todas sus eras de flores maravillosas, y nunca vistas, cuyo olor embriagaba el alma con una inexplicable sua-



vidad. Partíalo por medio una larga y curiosa calle, y encaminándose por ella sintió que le retardaban el paso; quiso hacer alto entre reverente y temeroso; pero la Virgen lo volvió á animar para que pasase adelante y registrase lo interior de aquel jardín, ó más propiamente celestial paraiso; obedeció á su gran Señora, y vió al fin de aquel andador á Cristo Señor Nuestro, muy resplandeciente y glorioso, y advirtió que el lugar que este Señor ocupaba, era el medio, y como centro del jardin, donde remataban como líneas sus espaciosas calles.

Lo que su alma sintió con estas vistas no lo pudo declarar, sino con las palabras que de sus raptos hasta el tercero cielo dijo el apostol San Pablo: *Quod nec oculus vidit nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit.* Que eran espectáculos gloriosos, muy fuera de la esfera y capacidad de los sentidos humanos, que ni vieron ojos ni oyeron oídos, ni pudieron caber en los mayores ensanches del corazón del hombre.

Decir pudo que sintió grandes deseos de llegar más cerca al puesto donde Cristo es-

taba, para gozar más de su presencia. Llegó finalmente y violo que estaba en pie, con la mano sobre su sacratísimo costado, como convidándole que llegase á él. Y como ya otra vez había experimentado las dulzuras y regalos deste favor, no pudo contenerse; corrió luego á él con grande amor, humildad y confianza, y con la mayor reverencia que pudo y conocimiento de su suma indignidad, hincado de rodillas se abrazó con Su Majestad; y Cristo Señor Nuestro le echó á él los brazos al cuello, como al Pródigo su buen padre; aplicándole el rostro á la llaga del costado, que halló abierta, por la cual salía un suavísimo vapor, al modo que la alquitara, cuando la destapan, exhala la fragancia de sus flores.

Comenzó á beber de aquel vapor celestial, y cuanto más bebía más deseaba beber. Duró una hora este favor, y le pareció no había durado un instante. Quedó con el cuerpo muy quebrantado de los esfuerzos que el alma había hecho para gozar estos regalos del cielo. Los sentidos exteriores como embotados. Pero la memoria muy viva

con las frescas especies de lo que había visto. El entendimiento lleno de luces, con más claro conocimiento de la alteza de Dios, y de su bajeza; y la voluntad con mayores ánsias de amar y servir á tal Señor y tal madre toda su vida. La fragancia de aquellas flores le quedó tan impresa, que aun con el sentido exterior la percibió algunos días. Su materia era como de finísimo oro, acendrada plata y piedras preciosas; pero tan flexibles y suaves al tacto, como si fueran de seda fina, aunque toda comparacion es muy corta para declarar su hermosura y suavidad.

Con estos halagos acariciaba el Señor al que si aun era en el estudio de la perfeccion novicio, habia de llegar á ser muy profeso y jubilado maestro. Con este cebo sabroso le cubría, como prudentísimo pescador, el anzuelo de hierro que había de tragar en los inmensos trabajos que le esperaban en la conversion de los indios. Con este suave licor bañaba el sábio Médico los lábios del vaso en que había de tomar tan amarga purga. Menos peligrosos pudieron parecer

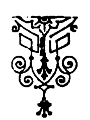
los favores sobredichos, por los buenos efectos que obraron en el alma.

Porque dellos resultó mayor humildad y desprecio de sí mismo, viendo que á una tan vil criatura y que tan graves ofensas había hecho á su criador, este Señor le hiciese tales mercedes. Sacó también dellas un mortal aborrecimiento detodo lo que no era servir á Majestad tan soberana. Y aunque antes había deseado emplearse todo en la salvacion de las almas, ya menos satisfecho de su suficiencia para tan alto ministerio, vino á persuadirse sería muy dichoso si mereciese servir de criado ó cocinero á los que habían de trabajar en aquella nueva y gloriosa conquista.

Concibió asimismo nuevos deseos de mortificarse más, al paso que lo regalaba el Señor; suplicándole afectuosísimamente alzase la mano de aquellos favores con el espiritu con que se portó en los suyos el grande apost l de las Indias San Francisco Xavier; que á los regalos del cielo decía: «Basta.» Y á los trabajos que había de padecer en el Nuevo Mundo: «Más, más,» juzgando los dos que

por esta senda estrecha, sembrada de a jos, como por atajo, llega á Dios el alm tiempo más breve, y más segura.

Aquí conoció dos cosas. La primera para vivir con consuelo en una comun i religiosa, es muy necesario el abrazar sie pre la mayor mortificacion, y escoger pa sí lo peor de la casa, como ordena la reg de su glorioso Patriarca San Ignacio, pu Nuestro Señor trata como á muy hijos á l que con este cuidado se mortifican y ant ponen á las propias, las comodidades de su hermanos. La segunda que aún le falta mucho que entender, y una jornada grand en la subida del monte de la perfeccion; es á saber, el conocimiento de la divinidad abismo inapeable de perfecciones infinitas.





CAPÍTULO XII

Hácese á la vela con sus compañeros, acaba su noviciado, y sucédenle otros casos de edificación.

Estando ya de leva, quiso probar un Padre si era firme la vocación de Antonio para aquella apostólica provincia. Púsose de propósito á persuadirle quedase en la de Perú, donde sin duda viviría entre sus deudos, amigos y conocidos con más consuelo y comodidad. Que para qué quería ir con tantos peligros por mar y tierra á aquel rincón del mundo, tan desamparado de toda humana consolacion, más poblado de fieras que de hombres, á lidiar con idiomas bárbaros

donde no hallaría ni ocasión, ni tiempo, ni maestros, ni libros para continuar sus estudios. Que qué le importaba haber revencido tantas dificultades en echar tan buenos fundamentos, si no había de haber materiales para levantar el edificio. Que en Lima había hartas almas, en cuya salvación podría lograr su celo; y si le llamaba Dios para la conversión de los gentiles, no faltaban más cerca hartas naciones á las cuales aún no había penetrado la luz del santo Evangelio.

Estas y otras razones le dijo, no con ánimo de hacerle retroceder, sino de explorar la constancia de su vocación, y la solidez de su virtud. De todo hizo ostensión Antonio, respondiendo con breves razones:

—Padre mío, yo no voy á Paraguay á descansar ni estudiar, sino á hacer la voluntad de Dios, que allá me llama; no voy á holgar y vivir á placer, que para eso no saliera de Lima, ni me desterrara de los aires de mi patria; voy á morir trabajando ó á derramar la sangre por la fe y por su amor; si este fin consigo, aunque no estudie más de lo poco que sé, me tendré por muy di

choso, y daré por muy bien empleadas las fatigas del viaje.

Muy edificado quedó el Padre con esta respuesta, y quitándose el rebozo, le dijo:

—Sepa hermano mío, que no ha sido mi intención divertirle de su vocación, sino asegurarme della; harta envidia le tengo, y si me dieran facultad fuera gustoso en su compañía. Vaya muy enhorabuena á donde le llama Dios, que sin duda lo llama para cosas de mucha gloria suya.

Hiciéronse á la vela en el puerto del Callao el Hermano Antonio Ruiz y los otros dos novicios sus compañeros, con el P. Juan Ponte que los llevaba á su cargo y obediencia, con oficio de maestro suyo, para ejercitarlos é imponerlos en las cosas del instituto y observancia regular.

Continuaban en la nave sus ejercicios con la misma exacción que si estuvieran en el noviciado de Lima, dando grande ejemplo de modestia y devoción á los soldados, pasajeros y otra gente de la mar.

Dentro de pocos días, con próspero viento, arribaron á Chile, y continuando su via-

je por tierra, llegaron á Córdoba, cabeza de Tucumán. En el camino usó Dios con ellos de una especial misericordia, que se atribuyó á las oraciones del Hermano Antonio y á su gran devocion con la santísima Virgen. Iban los cuatro compañeros en dos carretas, dos en cada una.

Una de las dos, por descuido, ó somnolencia del indio que la regía, dió en el precipicio de una barranca; una rueda quedó en el aire, encajada la bocina.

Acudieron todos los carreteros de la tropa al socorro de los Hermanos que iban en ella, que no recibieron alguna lesión. Aplicaron todos las fuerzas para arrancar la maza, que se había engastado en una abertura, y todas fueron pocas, aun ayudadas de la maña, que puede más que la fuerza. Aunque más poderosa que las dos es la oración; que sustituye á la maña la sabiduría y á la fuerza la omnipotencia de Dios.

Acudió el Hermano Antonio á su gran patrona, rezóle no más que una salve, y dió esperanzas que haría lo que no pudieron todos, y porque no se le atribuyese la haza-

llamó un indio, ambos se pusieron deba-
y con los hombros sin dificultad desen-
varon la pesada rueda.

En este camino mostró su mucha caridad
deseo de padecer por escusar el trabajo á
los hermanos. Faltando á una carreta un
dio que la guiase, fué lance forzoso remu-
arse en esta ocupacion los tres novicios,
vivando los dos tiros de los bueyes que las
ran, lo que no es muy fácil por ir los unos
apartados de los otros en buena distancia,
haber de ir manejando continuamente una
vara como una pica con su aguijón.

Fué el primero en el turno Antonio, que
siempre lo era en todas las cosas de trabajo
y desvelo. Comenzó á marchar el carruaje á
puestas del sol, y aunque entre los tres estaban
repartidas las tres vigilias de la noche, por no
despertar á sus compañeros, sirvió de guion
hasta que rayó el sol, aliviando aquella fatiga con oracion y regalos que en ella le hacía Nuestro Señor, como le sucedía á otro
Antonio el Grande en su Tebaida de Egipto.
Del sereno, de las lluvias, vientos y soles le
resultó una fluxion á los ojos, y della se le

hizo en uno una nube. Y aunque para resolverla sabía un remedio eficaz, no quiso aplicar otro que el de la paciencia. Hasta que el P. Francisco Vázquez de la Mota, que iba por superior, varon en todo eminente, en letras y religion, de quien pudiera hacer elogios grandes, como testigo de vista, por haber sido en teología mi maestro, le dijo:

—Hermano Antonio; dígame por su vida si sabe algún remedio para su achaque,

Respondió:

—Sí, padre.

Esto bastó para darse por entendido de que la voluntad de su superior era que lo aplicase; aplicólo y luego se vió libre del molesto accidente.

Hizo por obediencia su mansion en la ciudad de Córdoba, benigna en el temple, fertil y apacible en la campiña.

En ella tiene la Compañía Universidad, donde se crian aventajados sujetos de todas las ciudades circunvecinas, así seculares como religiosos, y se dan los grados como en otras de Europa. Tiene también su noviciado, en el cual concluyó Antonio el suyo.

Con licencia de sus superiores salía por las calles á hacer penitencias públicas, iba á las puertas Reglares de los conventos á comer con los pobres. Llegó en una ocasion con otros Hermanos á la de San Francisco. Era el P. Guardián muy devoto de la Compañía, y muy noticioso de la perfecta obediencia que el santo P. Ignacio pide á sus hijos, quísolos probar, y habiéndoles hecho varias preguntas, añadió que les daría de comer con mucho gusto, pero que habían de ganar la comida trabajando en el huerto.

Llevólos á él, mandólos plantasen cada uno su era de lechuguino, con advertencia que las hojas se habían de enterrar y dejar fuera sola la raíz. Los dos novicios, ó juzgando que se burlaba el Guardián, ó no acostumbrados á hacer las cosas al revés, ó formando escrúpulo de desperdiciar el lechuguino, plantáronlo como diestros hortelanos, pero no como perfectos obedientes. Solo Antonio, ajustándose al tenor del mandato, y á la obediencia ciega que San Ignacio pide, juzgó que era menos mal perder las lechu-

gas que dejar de obedecer, y así plantó las suyas como se le había mandado.

El P. Guardián acudió á dar el sueldo á sus jornaleros, y viendo lo que habían hecho, alabó mucho la obediencia de Antonio y cobró alto concepto de su virtud; vino luego al Colegio y contó al P. Rector lo que le había sucedido.

Entró en ejercicios, como es costumbre, para hacer los tres votos sustanciales, aunque no solemnes, que después de dos años de noviciado hacen los de la Compañía. Los primeros cuatro días parece que se le retiró el Señor, para mayor mérito suyo, porque se halló tan seco, tan sin jugo de devocion, con tan importunas y molestas distraciones, que le dió no poca pena el temor que él tenía la culpa y que sin duda habría dado alguna ocasion para aquel entredicho en los antiguos favores. Pero de allí adelante prosiguieron como solían, y concluídos los ejercicios hizo sus votos á 12 de Noviembre de 1608, día de San Martín, Papa y mártir. Renovó su servidumbre á la Santísima Vírgen, y en premio de su afecto, recibió nuevos re-

galos desta soberana Señora. Muchos pudiera referir; pero por evitar proligidad, solamente contaré algunos, que sirven para fomentar su devocion.

Habiendo comulgado un día, sintióse muy movido en la accion de gracias, y muy deseoso de saber cómo agradaría mucho á Nuestro Señor. Oyó que Su Majestad le decía estas palabras:

—Primero, con vigilancia grande en la observancia de sus reglas. Segundo: serás muy obediente á tus superiores, mirándome á mí en ellos, haciendo con tanto gusto lo que te mandaren, como si yo mismo te lo ordenara. Tercero: traerme presente en cuanto hicieres, sin perderme de vista.

Pareciéndole cosa árdua á la humana fragilidad entre tantas ocupaciones y estudios que divierten aquella perpétua presencia de Dios, oyó que le decían:

—No es sino fácil para los que de veras se disponen y desocupan el corazon de toda afición á las cosas de la tierra, aun á las de poca monta.

También le pareció difícil no dejarse lle-

var algo del apetito en la comida, y suplicó al Señor lo privase del sentido del gusto para que sin aquel riesgo socorriese á la necesidad. Dijéronle:

—Cuando comieres, come por obediencia, que ésta no llama á no comer. Pero sea de suerte que no pierdas mi presencia sin faltar á las leyes de la templanza, no con fin de regalar al cuerpo, sino de reparar las fuerzas para más servirme. Pues escrito está. I, Cor. 9. *Non alligabis os bovi trituranti.* Coma de la parva el buey que la trilla.

Oyó la doctrina de tan divino maestro, y así cuando comía estaba tan absorto en Dios, que muchas veces no sentía gusto ni hacía distincion de manjares; otras, los más sabrosos le parecían barro desabrido. Mucho más satisfecho quedaba con el que alimentaba al alma, y la regalaba en la misma mesa con interiores dulzuras. Y decía que la grandeza destas no podía conocer quien no llegaba á gustarlas, que por eso dijo el profeta Rey, Psal. 33. *Gustate & videte, quoniam suavis est dominus.* Decía que rezaba el Rosario cada día para alcanzar, por intercesión de la

Vírgen, perseverancia en la Compañía, y una vez oyó:

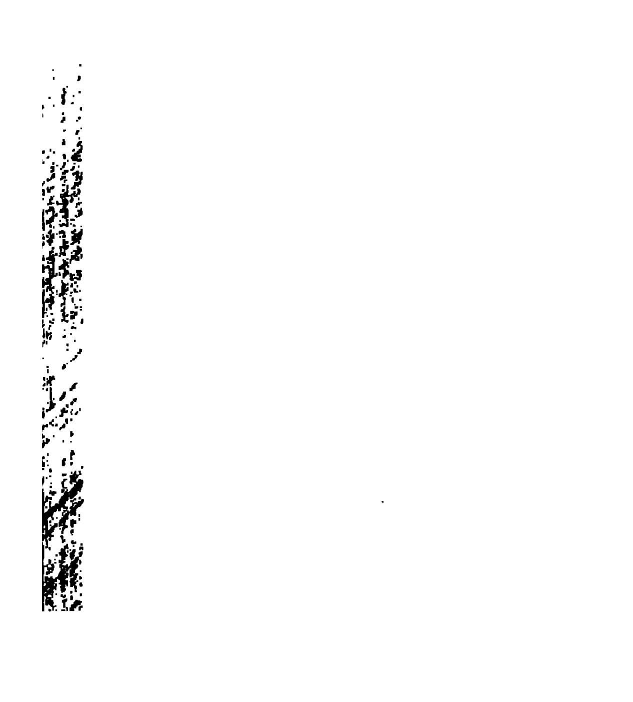
—Perseverarás y morirás en ella.

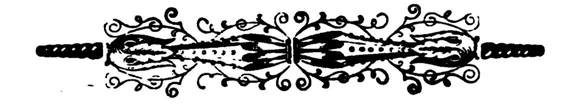
Deseó cortar la tela de sus estudios para dedicarse todo á la conversión de los gentiles, que ya no podía más con los ardores de su celo. Dijéronle:

—Hijo, lo que agora importa es estudiar con cuidado, para beneficiar después estas gentes, que para eso te llamé.

Ofreció dejarse todo en las manos de Dios y renovó la promesa de emplear su vida y estudios en la reducción de los gentiles. Aquí vió un brazo clavado en otro de la cruz con que el Señor le dió á entender lo que le había costado la redención de las almas y lo que él había de padecer por salvar las de aquellos gentiles.







CAPÍTULO XIII

Comienza el curso de Artes y Nuestro Señor le es maestro de espíritu.

Aunque Antonio impaciente de tanta dilacion deseaba echar por el atajo para acudir más prontamente al ejercicio santo de las misiones, rindió su juicio al de sus superiores, que le mandaron oyese el curso de Artes, y entendió que esto era de mayor gloria de Dios, juzgándose por tan humilde que había de sazonar más y arraigar en sólidas virtudes, para llegar menos indigno á tan alto ministerio. Entró en esta carrera de la filosofía con mucho adelantamiento, porque

la capacidad era grande, el ingenio vivo, y para que la aplicación fuese suma, bastábale saber que este era el gusto de Dios.

No le embarazaban los estudios su oracion, continua presencia de Dios, mortificacion y penitencia. Son dos hermanas muy bien avenidas la virtud y sabiduría; son aquel signo de Gémini, astros hermosos que aseguran toda felicidad á los navegantes, y más cuando se lleva por norte el mayor gusto de Dios. Este era en quien llevaba siempre Antonio clavados los ojos, con que ni le podían faltar luces al entendimiento para deshacer nieblas de errores, ni aciertos á la voluntad para la fuga de peligrosos arrecifes.

Ocurrióle un día si lo que estudiaba le podía servir de embarazo para el empleo de las reducciones temiendo no le ocupasen en la cátedra, si así lo juzgasen apto para ella. Dudó de nuevo si por esta razón sería mejor dejar los estudios.

Tocando á reconsejo en la oracion, la tuvo por tentacion declarada del enemigo; y que lo seguro era dejar obrar á sus superio-

res. Con todo, le pareció debía darles cuenta, y representarles con toda indiferencia las razones que se le ofrecían para comenzar á servir luego en la conversion de tantas naciones ciegas y miserables, cuya desdicha le llevaba atravesado el corazón.

Juzgaron aquellos sin duda con especial mocion del Espíritu Santo, que debían condescender con sus deseos con mucha contradiccion de sus maestros, que á lo humano sentían mucho el que llamaban malogro de su gran caudal. Pero como todo lo gobernaba el cielo, ejecutóse la resolucion.

Libre deste cuidado, todo el que antes ponía en el estudio de las letras, lo trasladó al de la perfeccion, con nuevos alientos de ejercitarse con todo fervor en los puntos siguientes:

1. Grande observancia de las reglas, examinándose cada día cómo las guardaba.

2. La templanza en el comer y beber, pues con lo que la carne ayuna, el espíritu se alimenta; y con los bríos que cobra el cuerpo con el buen tratamiento, el alma desfallece en sus propósitos santos.

3. Para los ejercicios espirituales nunca ha de faltar tiempo, aunque se le robe el suyo al sueño, y al descanso el suyo.

4. En las recreaciones se ha de hablar de Dios, y á ratos interiormente con Dios, gustando más de su conversacion que de la de los hombres.

5. Nunca sacar á plática faltas agenas, antes escusarlas cuanto fuere posible.

6. Tratar á todos con igualdad y con alegre semblante y en las pláticas espirituales con toda prudencia, pues lo contrario suele hacer más daño que provecho.

7. Procurar dar gusto á todos donde no hubiere pecado ó transgresion de regla.

8. En lo que se estudiare ó leyere, rectificar la intención, que mire en todo sin torcerse á Dios.

9. Las fiestas y asuetos tomar algún rato para examinar cómo se camina en el divino amor, y en diligenciar la salud de los indios.

10. Todos los días hacer fervorosa oracion por la exhaltacion de la Iglesia, concor-

dia entre los príncipes cristianos, y por las almas del Purgatorio.

11. No tratar cosa que no sea encaminada al mayor servicio de Dios y de la Virgen.

12. En los caminos poner todo esfuerzo en que no se dejen los ejercicios espirituales, oracion, exámen, rosario, leccion espiritual y otras devociones.

13. Obedecer á todos, aunque no sean superiores, como criado ó esclavo de todos por amor de Dios.

14. La continua mortificacion ya se sabe de cuánta importancia es para la oracion, amor del Señor y de su Santísima madre.

15. Exactísima observancia de los votos y el de la castidad con mayor exaccion.

16. Despego total del corazón aunque sea de cosas de poco valor, ¿qué importa que la cadena sea de hierro tosco, ó no, sino de oro fino, si igualmente lo tienen cautivo? Más apocado es el que lo pone en lo poco que el que en lo mucho.

17. Huir como de peste de privilegios y

exenciones de antigüedad, porque hace á los ancianos principiantes en la religion.

18. Hurtar el cuerpo á las honras con aborrecimiento de ellas, buscando siempre el oficio y puesto más humilde.

19. Las comuniones espirituales ayudan mucho para el fervor de la vida, como lo has experimentado.

20. Cordialísima devocion á la Santísima Virgen, amor como á madre, respeto como á señora, de la cual te ha venido todo tu bien, y en quien tienes librado tu mayor consuelo

El primer día de Pascua del Espíritu Santo, dando gracias después de la comunión, se le representó Cristo Señor Nuestro, en el altar al lado de la epístola, como un hermosísimo mancebo; tenía en la siniestra una tabla limpia y lisa; donde no había cosa escrita, y con el índice le apuntaba. Yo dijera que le mostraba el Señor uno de aquellos escudos que llamaban los antiguos Parma cándida, y los daban á los nuevos soldados que iban á la guerra, en que les decían que en aquel campo habían de grabar las armas

de su casa, según las hazañas que hiciesen en la guerra; y que si en ella no se portasen como valientes, se quedarían en blanco.

Si eso pretendió Su Majestad, mucho tuvo que pintar en aquella cándida tabla nuestro Antonio, de tantas naciones de gentiles conquistadas con su valor al imperio de Cristo y sujetas á la corona de la Iglesia. Pero lo que él entendió fué que había de tener su alma tan limpia y pura de todo pecado y de todo terreno afecto como la tabla lo representaba. Sacó de aquí mayor desprecio del mundo, y de todo lo que en él más se estima.

Un jueves, después de haber vacado largo rato á la oración mental, se entró en la sacristía para quebrantar el sueño sobre un banco de madera, y al punto se arrojaron sobre él cinco feísimos demonios, abrumándolo de suerte como si se viera en una prensa, sin dejarle aliento para articular el dulcísimo nombre de Jesús. Finalmente, con su favor lo invocó, y los enemigos á sus ecos se pusieron en huída, dejándole una tentacion de vanagloria de verse tan aprovechado, que

los demonios visiblemente, como á declarado enemigo suyo, lo perseguían; y que siendo cinco contra uno, los obligaba á huir como cobardes. Dejó el descanso y volvió á la iglesia á proseguir en su oracion. Ese fruto cogieron los malignos espíritus de haberlo acometido. Pero rendidas ya las fuerzas acudió otra vez al banco y los cinco demonios á hacerle la misma fiesta; pero hallándole ya prevenido y armado de la santa cruz, sin hacerle daño desaparecieron.





CAPÍTULO XIV

Ordenáse de sacerdote, dice su primera misa, la Santísima Vírgen le asiste en ella, y parte de Córdoba á las misiones de Paraguay.

Desde que Antonio se resolvió en ser de veras santo, y para serlo dejar al mundo y hacerse religioso de la Compañía de Jesús, podemos decir que toda su vida no fué otra cosa que una disposicion para ser dignamente promovido á la dignidad Sacerdotal, tan superior á todas las humanas, y aun á la Angélica, que un serafín tan abrasado y tan puro como Francisco no se tuvo por bueno para sacerdote, y como estuvo en su mano, no quiso serlo. Lo mismo hubiera hecho á

ejemplo suyo nuestro Antonio si estuviera en la suya. Pero hubo de obedecer á Dios, que se lo mandó por medio de sus superiores, para que pudiese ayudar mejor á la conversion de innumerables infieles, á quienes había de servir de cura y de Padre. Para recibir las Ordenes lo enviaron á la ciudad de Santiago del Estero, donde á la sazón era obispo el ilustrísimo señor D. Fernando de Trejo, que se las confirió en tres días consecutivos.

Crecieron con las obligaciones del nuevo estado las ánsias de mayor perfección, y aunque los Superiores le habían reducido las horas de oración á dos, siendo estudiante, ahora que se hallaba ya desembarazado de la tarea de los estudios, decretó cuatro horas cada día para este santo ejercicio.

Volvió á su colegio de Córdoba y luego trató de celebrar su primera misa. Asistiole ya al revestirse en la sacristía la Santísima Vírgen, y no se le apartó del lado todo el tiempo que aquella duró. Quedando Antonio fuera de sí por admirado, y muy dentro de sí por humilde y reconocido, viendo que reci-

bía este gran favor, cuando él de su parte nada había hecho con qué merecerlo. Con que de nuevo se dió por obligado á servir con todas sus fuerzas y amar con toda el alma á esta señora y á su benditísimo hijo.

De dichas cuatro horas de cuotidiana oracion, en las dos primeras meditaba la vida de Cristo y de su madre purísima. La tercera en deshacerse todo en accion de gracias por los inmensos beneficios que Dios le habia hecho, y singularmente por haberlo sacado del Egipto del mundo, y conducídolo, como á verdadera tierra de promision, á la Compañía de Jesús. En la cuarta consideraba atentamente las atroces y desastradas muertes de los amigos que tuvo en el siglo, y en cada una hallaba un nuevo beneficio y un eficaz motivo para más servir y amar más tan insigne bienhechor. Llegó el día para Antonio tan festivo por tan deseado, en que hubo de partir para la jornada de las misiones del Paraguay, á donde le llevaba Dios, que lo había llamado con tantos previos y milagrosos avisos. Hizo este viaje en compañía del Provincial de aquella provin-

cia, que ya por tierra había llegado de la del Perú, y subía á la ciudad de la Asuncion, al mismo tiempo que por orden del Rey Católico Felipe III, de gloriosa memoria, iba á visitar aquellos reinos D. Francisco de Alfaro, del Consejo de Su Majestad, y su oidor en la Real Audiencia de Chuquisaca, y después del Supremo de Indias.

En este camino le notificó el Provincial al P. Antonio cómo lo llevaba destinado para las misiones del Guayra, en cuya ya fertil y dilatada viña, la que poco antes eriazo inculto y sediento salitral, había dos años y medio que gloriosamente trabajaban dos Padres verdaderamente apostólicos de la misma Compañía, Joseph Cataldino y Simon Maceta, cuyas vidas saldrán presto á luz para gloria de Dios y de la madre, que á pares dió á la Iglesta para apóstoles de aquel nuevo mundo tan prodigiosos hijos.

Bañóse en agua de ángeles con esta alegre nueva, cumplimiento de todos sus deseos y desempeño de tantas profecías. Viendo que ya llegaba el tiempo en que todo se había de emplear en ganar almas para su Dios y

darlo á conocer á aquellas gentes bárbaras, siguiendo el ejemplo y en compañía de dos varones excelentes, llegó á la ciudad de la Asuncion, y entre tanto que el Padre Provincial no lo despachaba á las reducciones, aplicóse con todo cuidado al estudio de la lengua guaraní, y en poco tiempo salió con ella con tanta perfeccion y elegancia como se dirá cuando se haga mencion del *Arte* y libros que en ella compuso.

Llamólo un día el Provincial, y el susto que le dió refiere el mismo P. Antonio.—Había como seis meses que los Padres estaban en el Pirapo, y año y medio que habían salido de la Asuncion cuando el P. Diego de Torres me envió á aquella provincia, si bien estuvo en balanza mi partida, porque habiéndome llevado de la ciudad de Córdoba á la Asuncion, que hay doscientas y sesenta leguas, ya con el pie en el estribo para mi mision me dijo estas palabras:

—Yo lo había traído para la mision apostólica del Guayra; pero la necesidad que de su persona tengo, me obliga á mudar de consejo y llevarle á Chile.



Helóme el corazon deliberacion tan inopinada. Y sin responderle, me recogí al Santísimo Sacramento; y luego mudó de parecer y me señaló para dicha mision. Partimos el P. Antonio Moranta y yo; y á la mitad del camino, de cuarenta leguas de despoblado, nos faltaron los tasajos y harina de palo, que era nuestra provision. Quedónos un poco de maíz, del cual tomábamos un puñado cada uno á medio día y otro á la noche. Causó estas abstinencias al P. Moranta una penosa enfermedad. Y como la fama daba aviso de otras dificultades mayores, que adelante nos aguardaban, le forzó la necesidad á volverse del puerto de Maracayú.

Recibiéronme los indios deste pueblo con mucho amor; quedéme algunos días en él administrándoles los Sacramentos, y con el uso contínuo de hablar y oir la lengua, vine á alcanzar facilidad en ella.

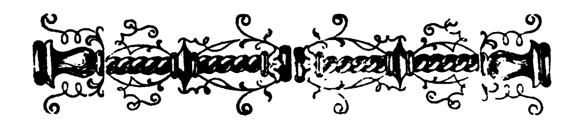
Dispuso Nuestro Señor la entrada del Padre Antonio en las misiones en que había de obrar tantas maravillas con la referida suavidad, porque así lo tenía ordenado y dicho á su siervo. Pero él, aunque tenía moral

certidumbre de que esta era la voluntad de Dios, cuando el P. Torres quiso enviarlo á Chile, no propuso, dejándose gobernar de la Divina Providencia; y mover de una parte á otra como baston de hombre viejo, según que lo manda en sus reglas el glorioso patriarca San Ignacio.

Por este camino llegó felizmente á conse guir lo que tanto había deseado.

Grande enseñanza para los que viven á árbitro de agena voluntad y quieren acertar á cumplir la divina.





CAPITULO XV

Prosigue el P. Antonio Ruiz su viaje al Guayrá. Sálele á recibir el V. P. Joseph Cataldino, y llévalo á las reducciones con singular consuelo de los dos.

Con la vuelta del P. Antonio Moranta á convalecer de sus achaques en la Asunción, quedó solo el P. Antonio con algunos indios que iban en su compañía; prosiguió animoso en su viaje, y á pocas jornadas encontró al P. Joseph Cataldino, Superior de aquella mision, que con las nuevas que ya tenía de que le iban compañeros, salía á recibirlos. Bajó por el Paraná ciento y veinte leguas en canoas, en que habían de subir desde el Salto del Guayrá, donde era forzosa la embar-

cacion para tomar el puerto en la reduccion del Pirapo, donde residían los misioneros. Para los dos fué el encuentro de increible gozo; abrazáronse con muy fraterno amor, y diéronse mútuos parabienes de haberlos Dios traído de tan distantes tierras, al uno de Italia, al otro del Perú, para aquella empresa de tanta gloria de Nuestro Señor.

Partieron luego por la grande falta que hacían á los nuevos cristianos. Caminaron ocho días por tierra desde Maracayú hasta el Salto del Guayrá, donde estaba prevenida la embarcación. Era el camino sobre manera áspero y trabajoso; los peregrinos á pie ya por pantanos anegadizos con agua, y tarquín á la rodilla, ya por quebradas de montes, ya esguazando ríos y pasando por praderías llenas de atolladeros. Con esta fatiga llegaron alegres al sobredicho Salto, donde aguardaban las canoas. Entraron en ellas no menos expuestos por agua que por tierra, á infinitas incomodidades y peligros de la vida. No la podrá fácilmente creer, el que no se vió en ella, la cruda guerra que á los navegantes de aquel río hacen ejércitos innume-

; de mosquitos diferentes, que ni dejan
nsar de día ni dormir de noche con su
sa y porfiada batería.
tre ellos hay unos tan pequeños que
.s se divisan, y cuanto más invisibles,
más dificultan la defensa, y taladran la
ɔn más impiedad. Embóscanse en ca-
de barba y cabeza, y tienen tan ma-
calidad, que donde pican dejan un ar-
ɔmo de fuerte calentura; por eso los
n los españoles Polvorín. Otros hay de
r magnitud y piedad, pues solamente
ten de día y se retiran de noche, con
ejan dormir; y cuando hieren, pintan
gro como el sarampión ó la pólvora el
y las manos. Los que de noche aco-
, y comunmente llaman zancudos,
n tanta inquietud y desvelo con la trom-
on que publican guerra, como dolor
l aguijon con que la hacen. Todas estas
s sufrieron con gran paciencia hasta
á las reducciones, donde se vieron tan
ɔria, que les pareció haber pasado por
torio al cielo.
cho se pudiera aquí decir si se hicie-

ra descripción de aquellos países, de su varia disposicion, sitio, temple, altura de montes, fertilidad, caudalosos ríos, espesos bosques, con diversidad de preciosísimas maderas, abundancia de frutas y mantenimientos, todos muy diferentes de los de Europa, raíces y comestibles sabrosas; varias especies de animales ponzoñosos; víboras espantosas, serpientes disformes tan grandes como vigas; calidad y malicia de sus mortales venenos, medicinas y contravenenos que allí mismo proveyó el Criador, muchedumbre de ferocísimos tigres, osos, leones, jabalíes, venados, antes y ciervos; conejos de extraña grandeza: aves sin número de preciosas y suaves plumas, de vivos y hermosos colores. En los ríos peces con gran abundancia y de mucho regalo. Minerales de hierro, de acero, de cristal de roca, piedras vistosísimas y otros milagros de naturaleza; de todo lo cual hallará el curioso más entera noticia en la *Conquista espiritual*, que arriba citamos.

Llegó el P. Antonio á la primera reducción, donde estaba solo el P. Simón Maceta,

por la ausencia que hizo el P. Cataldino. No es explicable el consuelo que bañó los corazones de los tres insignes operarios, á quienes el amor de Cristo y celo de las almas había juntado en aquel rincón de la América, poblado de innumerable gentío. Cuán cierta se prometieron la asistencia de aquel Señor que dijo Mat. 18. *Ubi duo, vel tres fuerint congregati in nomine meo, ibi sun ego in medio eorum.* Lo que sintió nuestro Antonio declara por éstas palabras:

«Llegué á aquella reduccion de N. S. de Loreto con deseo de ver aquellos dos grandes varones, el P. Joseph Cataldino y el Padre Simon Maceta; hallelos pobrísimos de todo lo temporal, pero muy ricos de celestial alegría. Los remiendos de sus vestidos eran tantos que no dejaban conocer la primera materia de que se hicieron. Llevaban los zapatos que sacaron de Paraguay remendados con pedazos del tosco paño que cortaban de las orlas de su sotanas. Túveme por dichosísimo de verme en su compañía, como si me viera con la de dos ángeles en carne humana. La choza de su morada y todo su

menaje, muy semejante á lo que se escribe de los pobres anacoretas. Carne, vino y sal, no gustaron en muchos años; carne alguna vez nos traían de la caza algún trozo de limosna. El sustento principal y regalo mayor eran patatas, plátanos y raíces de mandioca.

Tradicion hay entre los indios que esta raiz, que en dilatadísimas regiones deste nuevo orbe viene á ser el usual mantenimiento de sus naturales, la descubrió y enseñó el apostol santo Tomé, el cual tomando una rama de un arbol silvestre, que en la lengua más corriente de aquellas naciones se llama Mandio, y en las de México, Cartagena y Perú, Cazave, les ordenó las plantasen en sus campos, como nosotros plantamos las hortalizas. Así lo hicieron, y de lo que esta planta rinde, hacen el pan común con que se sustentan los Padres misioneros, los cuales por no ser cargosos á los pobres indios, se hacen labradores y hortelanos, plantando por su mano raíces, sembrando habas y maíz con que pasar la vida, como lo hacía con su oficio el apostol San Pablo.

No se consolaron menos los indios que los dos Padres con la llegada del P. Antonio viendo que el Señor no descuidaba de aquella viña, pues traía nuevos obreros á cultivarla. En tiempo en que el demonio había publicado por boca de ministros suyos, querían volverse y dejar aquellas ovejas sin pastor á beneficio de los lobos, para que con este falso rumor les perdiesen el cariño. Y cuando entendieron que otro Padre se había vuelto enfermo á la Asuncion y que vendrían otros en su lugar, hicieron nuevas y públicas demostraciones de contento. Y el P. Antonio tuvo por feliz presagio que la primera reducción en que puso el pie estuviese debajo de la proteccion de la Santísima Vírgen su madre y Señora.

Por este mismo tiempo llegó al Guayrá la resulta de la visita general que había hecho D. Francisco de Alfaro, oidor de la Real Audiencia de Chuquisaca por orden de Su Majestad y los mandatos tan cristianos y piadosos en defensa de aquella gente pobre y desvalida. Encomendose la ejecución al general D. Antonio de Añasco, caballero igual-

mente noble y piadoso, al cual, como constase de los impedimentos que por sus particulares intereses y conveniencias ponían á la predicación del Santo Evangelio los vecinos de la ciudad real del Guayrá, despachó su provision en fuerza de visita, en que so graves penas mandaba que nadie fuese osado á impedirla, como cosa tan del servicio de ambas Majestades. Que por sus reales cédulas habían fiado aquella conversion de los Padres de la Compañía de Jesús. Y que entendiesen todos los ministros hacían más lisonja á su gusto en propagar la fe que en dilatar su imperio.





CAPITULO XVI

Comienza el Padre Antonio Ruiz á poner en ejecución sus fervorosos deseos de convertir infieles.

—

Dificultosamente se encubre el fuego, ó lo manifiesta el calor ó la lumbre lo publica. Mal pudo ocultarse el del divino amor con que ardía el corazon del P. Antonio. Conoció presto el P. Cataldino su espíritu fervoroso y se prometió dél grandes aumentos de aquella nueva cristiandad. Deseaban mucho reducir á algunas poblaciones en forma de concertada república todos los gentiles que estaban esparcidos en veinticinco ranchos, como Aduares ó Behetrias, en distancia de noventa leguas; á los cuales era

imposible acudir solos tres sacerdotes. Para concluir esta reduccion, dejando en el Pirapo al P. Simon Maceta, partieron los Padres Cataldino y Antonio á esta empresa de tanta gloria de Nuestro Señor.

Discurrieron estos dos ángeles veloces por todas las barracas en que vivían los indios á las riberas de los ríos, exortándolos amorosa y eficazmente á avecindarse en los cuatro pueblos de los cuatro caciques principales que tenían ya señalados en los puestos más cómodos. Juntamente les iban enseñando los misterios principales de la fe. Bautizaban los párvulos que corrían riesgo de la vida y á los enfermos adultos.

Eran muchos los infieles que se reducían con indecible consuelo de los Padres, que daban por bien empleado lo mucho que padecían viendo al ojo ganancia tan grande, por lo menos en los muchos niños que recien bautizados volaban al cielo, y otros adultos que también recibido el santo bautismo morían con prendas de su salvacion.

Viéndose el demonio desposeído de lo que por espacio de tantos años pacíficamente

había gozado, rabioso contra los ministros de Dios, conmovió los ánimos de algunos infieles para que les diesen la muerte, como á enemigos de su libertad, que cautelosamente trataban de reducirlos á poblaciones para hacerlos perpetuvos esclavos de un rey extranjero y no conocido.

Fué facil el persuadirlo con este motivo, al parecer tan justificado. Señalaron día para ejecutar la traicion en los que no tenían otro premio de sus trabajos que sacarlos á ellos de la tiranía y servidumbre de los demonios.

No guardaron tanto secreto los conjurado que no llegase á noticia de un caciques llamado Taubicí, aunque pagano, hombre de buenos respetos, y aunque diabólico hechicero nada amigo de verter sangre inocente, juzgó que lo estaban los Padres en el cargo que les hacían, y que sus ansias no tanto eran de adquirir nuevos estados al rey como de ganar para Díos muchas almas; y así, con la autoridad que tenía, fácilmente deshizo la conjuracion. El cariño que los hombres más bozales tienen á la tierra donde na-

cieron y se criaron por algún tiempo, hizo muy dificultosa la mudanza que los Padres pretendían; pero instando en ella y concurriendo el Señor á revencer las dificultades, cada día se iba agregando mucha de aquella gente montaraz á los cuatro lugares que se habían señalado.

Importó para esto mucho aquella inmemorial tradicion que tenían los indios de padres á hijos de que un apóstol del verdadero Dios, llamado en su lengua Zumé, había pasado por su tierra (y verdaderamente hay algunos vestigios y memorias en favor desta verdad) y les había dicho que en los siglos venideros vendrían á sus tierras unos hombres con cruces en las manos y que á todos los habían de reducir á vida política y congregarlos en pueblos para bautizarlos y predicarles la misma doctrina que él les enseñaba, y renovar el conocimiento del Dios verdadero. Con esto se vinieron á formar dos poblaciones, una en el Pirapo de Nuestra Señora de Loreto y otra en Ypaunbuzú. que después se llamó de San Ignacio y con este nombre haremos della adelante mencion.

En este empleo glorioso ocuparon algunos meses los dos Padres, Joseph y Antonio, discurriendo como centellas por aquellos montes, cumpliéndose en ellos lo de la Sabiduría, 3. *Fulgebunt iusti & tamquam scientillæ in arundineto discurrent indicabunt nationes & dominabuntur populis.* Y dieron la vuelta al Pirapo y reduccion de Loreto.

Y cuando los tres Padres estaban deliberando cómo se habían de repartir los tres en dos pueblos, enviado sin duda del cielo, llegó el P. Martín Xavier, deudo muy cercano del santo apostol del Oriente San Francisco y muy imitador de sus virtudes, heredero de su apostólico fervor y santo celo de la conversion de los gentiles, cuyas hazañas, rara vida y admirables ejemplos piden historia aparte. Con que ya pareados quedaron los PP. Simón Maceta y Antonio Ruiz en la reduccion de Nuestra Señora de Loreto, y los PP. Joseph Cataldino y Martín Xavier fueron á la de San Ignacio.

Los ejercicios del P. Antonio eran acudir con todo cuidado al socorro de las necesida-

des de los indios sus feligreses, á quienes amaba ya en Señor como á hijos, haciendo estudio particular en arbitrios varios para hacerlos capaces de la divina ley, y persuadirles su puntual observancia, y arrancarlos con suavidad de los ritos y costumbres gentílicas. Ibamos, dice él mismo, alternativamente todos los domingos á doctrinar este pueblo, que toda era gente de nuevo reducida, y por ser ya tantos en número sus vecinos, nos daban mucho trabajo, bien que muy gustoso por la ganancia de los que se bautizaban. Costó mucho el casarlos en la faz de la santa Iglesia, y en que cada uno se contentase con una mujer. En amaneciendo visitábamos los enfermos; después se decía la misa y sermon. Cantado ó rezado el Evangelio, sacábamos de la iglesia á los infieles, lo que ellos sentían mucho, envidiando á los cristianos la dicha de quedar en ella. De aquí nacía la diligencia de aprender presto la doctrina para bautizarse. Al medio día nos retirábamos á rezar las Horas, y luego volvíamos á la iglesia ayunos por no ser cargosos á los pobres indios. Enseñábamos la doctri-

na, bautizando doscientos, trescientos cada día, y día hubo de cuatrocientos. Llegada ya la noche, volvíamos á Loreto bien fatigados y aunque ayunos, sin mucha gana de comer. Hasta aquí el P. Antonio. La cena más expléndida para después de trabajo tan grande, era un plato de harina de Mandioca ó raíces de la tierra.

En la reduccion de San Ignacio hacían lo mismo los PP. Cataldino y Xavier, de los cuales será forzosa alguna conmemoración, por haber sido comunes sus empleos y peligros que corrieron con la oposición que les hacía el demonio por medio de los hechiceros.

Lo que estos fervorosos ministros del santo Evangelio padecieron, es sobre todo encarecimiento, corriendo de unos puestos á otros sin perder ocasion de día ni de noche, caminando ya por tierra á pie, ya por el río en canoas, expuestos á todas las inclemencias de los tiempos, soles, aguas, vientos, tempestades y otros infinitos riesgos de la vida, no olvidando las visitas de los antiguos puestos de donde los habían sacado para formar las

nuevas poblaciones. Porque como en aquellos tenían hechas sus sementeras, quedábanse á cuidar dellas muchos de los viejos y enfermos, y era fuerza acudirles con la misma solicitud, cogiendo á manos llenas en todas partes copiosísimo fruto, y no era el menor el de muchos adultos recién catequizados, y de innumerables niños que apenas recibían el santo bautismo cuando volaban al cielo.

En uno destos caminos adoleció el P. Antonio gravemente antes de llegar al término de su peregrinación. Rendido del todo su gran valor á la fuerza del mal, se arrojó sobre el desnudo suelo. Los indios que iban en su compañía lo desampararon y volvieron á sus tierras. Los de aquella para donde caminaba no tenían noticia de su venida, que sin duda hubieran salido á recibirlo. Hallóse elsanto varon destituído de todo socorro humano, aunque no del favor divino.

Creció de suerte la enfermedad, que una noche juzgó sería la última de su vida. Abrazóse tiernamente con un devoto crucifijo, compañero inseparable en todos sus via-

jes, y regalándose con él comenzó á disponerse para aquel último trance con actos muy fervorosos, cuando oyó una voz que le dijo:

—Ten buen ánimo, que ya viene tu compañero.

Este había ido á un lugar bien distante á consolar unos pobres indios enfermos, y guiado sin duda del cielo, llegó el dia siguiente al puesto donde Antonio yacía, sin esperanza de remedio humano. Alegróse tanto con su vista, que dentro de breve tiempo pudo con él proseguir su camino.

Aún no del todo convalecido de su achaque, fué á decir misa en accion de gracias en una cabaña pobre que servía de Iglesia, y comenzando el *introito* se le representó de repente la gloria celestial con la velocidad con que un relámpago deslumbra la vista, aunque en su memoria quedó muy vivo y duradero el dibujo della, para dar nuevos alientos al alma en los muchos y grandes trabajos que habían de padecer.





CAPITULO XVII

Da felizmente principio el P. Antonio Ruiz á la reducción de los gentiles.

Era tan grande el celo que ardía en el pecho del P. Antonio, que apenas hallaba competente campo y suficiente esfera en aquellas tan dilatadas regiones, á cuyo cultivo aplicó todas las fuerzas de su cuerpo y espíritu, asistiendo de dia y de noche con ligereza y puntualidad admirable á donde llamaba la mayor necesidad. Mejor se pudo decir dél lo que de otro, Plinio: *Velocisimi sideris more omnia invisere, omnia adire & undequaque invocatum velut Numen statim adesse.* Y no solamente cuidaba del aprove-

chamiento espiritual é institucion de los nuevamente reducidos, que en gente tan rústica y tan poco política no es ocupacion de poco enfado; también se extendía la solicitud de su caridad á que los indios tuviesen lo necesario para el sustento de la vida.

Hacía oficio de labrador para ayudarles en sus sementeras; de médico y cirujano para curarlos en sus achaques, sangrándolos por su mano y aplicándoles diferentes remedios que le enseñaba el Divino Amor. De su pobreza socorría á los que no podían ganarlo con el sudor de su rostro, y Nuestro Señor como de milagro le proveía de todo lo necesario para el desahogo de su liberalidad. No se contentaba con enseñarles los misterios de la fe. Parece que le habia infundido el cielo el magisterio de todos los oficios mecánicos, dándoles lección para cortar sus vestidos, fabricar sus chozas, beneficiar sus campos, con que vinieron á cobrarle tanto amor que los gobernaba con mucha facilidad, que para dominar los corazones más bárbaros y domesticar las más cimarronas fieras, no hay tal arte como hacerles bien. *Deus*

est mortali invare mortalem. De aquí el respeto que le tenían todos y el gusto y prontitud con que ejecutaban sus mandatos. Andaba tan ocupado en estos ministerios que muchos días había de robar el tiempo al moderado sueño para cumplir con las obligaciones de sacerdote y religioso. Pero como estaba ya tan hecho á llevar siempre presente á Dios, no hallaba dificultad en hermanar la accion de Marta con la contemplacion de María.

Buen testigo desta verdad es el P. Simon Maceta, su compañero, que en una de sus advertencias dice lo siguiente del P. Antonio Ruiz:

«Luego que llegó á las reducciones, edificó mucho, y aun admiró á los Padres que en ellas estaban con el teson y fervor con que comenzó, no solamente á perfeccionarse en la lengua de los indios, que hablaba con tanta expedicion como ellos, con que hizo mucho fruto, sino también en todas las virtudes y obras de santidad que ejercitaba. Diose todo á catequizar los adultos, bautizándolos y enseñándoles la doctrina cristia-

na, confesando y predicando con notable aprovechamiento de sus almas, que amaba mucho en el Señor. Curábalos y sangrábalos en sus dolencias, ayudábalos en sus necesidades con mucha caridad y largueza, quitándolo de la boca para que ellos comiesen. Y así los indios lo amaban y veneraban, y él hacía dellos, aunque fuesen caciques, todo cuanto quería. Más estaba en significarles su voluntad que ellos en obedecerla. Era hombre de mucha oracion y familiar trato con Dios, y se le echaba bien de ver en la modestia de su semblante y compostura de todo el hombre exterior y en la prontitud y facilidad que tenía en hablar siempre de Dios, como quien nunca le perdía de vista, y en la devoción de Nuestra Señora, que era cordialísima, enterneciéndose siemprè que hablaba de sus prerogativas, de sus virtudes y del poder que tiene con Dios. Acudía con gran confianza en todas sus necesidades al amparo desta señora, y experimentaba presentísima su amorosa protección.

Algunas veces le vieron los Padres de noche puesto de rodillas ó postrado sobre la

dura tierra largas horas en atenta oracion. Deste trato con Dios salía más humilde y deseoso de mortificar más todos sus sentidos. De su penitencia se puede decir con verdad que todo el tiempo que vivió en el Guayrá, fué un continuado rigor sin un día de treguas, porque perpétuamente trataba á su cuerpo, no como á compañero fiel, sino como á mortal enemigo, por lo que en algún tiempo lo fué.

En lo tocante á la comida, fué mucho lo que padeció, porque como carecía de pan, de carne y vino, y de otros mantenimientos que abundan en otras tierras, había de sustentarse con sola la harina de Mandioca, y por gran regalo, con algunas tortillas della que llaman Beiús, y este alimento era muy contrario á su salud y se le vino á hacer usual, como al otro rey el veneno. No bebía vino ni en casa ni en los caminos, porque el poco que se traía de allende se guardaba para las misas. Fué tal su abstinencia, la aspereza de su vida y constancia en su abnegacion, que se puso flaco en los huesos, y muchos lo dieron ya por ético, y no por eso

remitía un punto de sus fervores ni dejaba de acudir á todas horas á sus ministerios, devociones y tareas cotidianas, que solas ellas, sin otra sobrecarga, bastaran á rendir al hombre de más robustas fuerzas y entera salud.» Este fué, en breve suma, el concepto que hizo el P. Simón Maceta de la santidad de su compañero el P. Antonio Ruiz.

Hablando de su contínua presencia de Dios, que la costumbre le había ya hecho como connatural, dice el mismo P. Maceta:

«Era continua, aun cuando estaba actualmente ocupado en ministerios que piden toda la atencion y que no permiten divertirla á otra cosa, por muy espiritual y santa que sea, como es la confesión y enseñanza á los infieles de los misterios de la fe. Cuando confesaba en la iglesia hacía composición de lugar, formando en su imaginacion un angosto círculo, dentro del cual solos cabian el confesor y el penitente.» Y él mismo en su libro dice así:

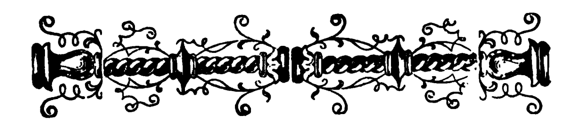
«El orden en las confesiones era señalar un límite cerca de sus pies, el cual no traspasaba la vista sin necesidad. Y mientras iba

un penitente y venía otro, procuraba hacer varios actos de virtudes, de que experimentó muy buenos efectos para sí y para los mismos penitentes. Representábasele vivamente presente el Salvador del mundo que obraba en aquellas almas maravillosas mudanzas por los méritos de su sacratísima Pasion.

Cuando entraba en la iglesia al catecismo de los indios, consideraba en ella tantos ángeles como personas; y se encomendaba al de su guarda, y á los siete príncipes de la Milicia celestial y al santo de aquel día con tiernísima devocion. Con esto hallaba en su entendimiento clara la inteligencia de lo que había de enseñar; la memoria pronta y rica de ejemplos proporcionados con la capacidad de los oyentes y encendida la voluntad. Hizo firme propósito de no subir al púlpito sin hacer algún acto de mortificación en orden á vencer el apetito de la propia estimacion y enfrenar el deseo de ser alabado y aplaudido y le suplicaba á Nuestro Señor que le añudase la lengua si algo había de decir que no cediese en mayor gloria suya

y utilidad del auditorio. Con esta previa disposicion predicaba y enseñaba la doctrina; y solía decir el siervo del Señor que desta suerte le salían del pecho las palabras encendídas y con fuerza particular penetraban su corazon y pasaban á herir los de los oyentes.

Era grande su industria, no solamente para fomentar las cosas espirituales, sino también para promover las temporales que á fines tan altos se enderezan. Carecían en aquel destierro, tan apartado del comercio con los españoles, del vino necesario para el santo Sacrificio de la misa, y así era forzoso portearlo del Paraguay por espacio de doscientas leguas y cuando llegaba, muchas veces no era de provecho. Procuró el P. Antonio el remedio plantando una viñuela y trayendo de muy lejos los sarmientos. Echó Nuestro Señor al majuelo bendicion tan larga, que dentro de dos años rindió copioso fruto. Con esta bonanza navegaba aquella nueva cristiandad, cuando el demonio, que no duerme, amotinó contra ella mares y vientos con la horrible persecucion que veremos en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO XVIII

Mueve el demonio una brava persecución contra las Misiones del Guayrá, y lo que hace el P. Antonio para sosegar la tormenta.

Cuando con más prosperidad y más viento en popa iban los celosos misioneros, encaminando aquellas naciones á puerto de salvacion y sosegados ya los alborotos del cacique Atiguaye se iba cada día dilatando el conocimiento de Cristo; despechado y furioso el demonio, movió una desecha tempestad, valiéndose de indios hechiceros y españoles de la villa rica del Espíritu Santo, y juntamente de los Mamalucos del Brasil,

que con formados escuadrones volantes asaltaron de repente los pueblos de las nuevas reducciones, y llevaron á sus pobladores á miserable cautiverio.

La primera invasión hicieron en el pueblo del cacique Taubicí, de quien se hizo arriba mención, y fué el que impidió piadoso la muerte de los PP. Cataldino y Antonio. Llevaron la mayor parte del pueblo cautiva y á servidumbre sin comparación más pesada que la que los cristianos padecen en poder de los turcos ó alarbes de Bermería. Los demás tuvieron dicha en huir y salvarse en los montes.

Expuesta la fe al descrédito que se le pudo seguir entre gente, no del todo arraigada en ella, y que se le daba ocasion para sospechar que los Padres los habían engañado y reducido á poblaciones para ponerlos en manos de sus enemigos, no alcanzando los altísimos fines que tiene la Divina Providencia en permitir á la religion cristiana recién plantada estas persecuciones, como las permitió á la Iglesia primitiva. Aquella doctrina: *Ecclesia persecuntionibus augetur*, y

Plures essicimur quoties metimur, fundadas en la parábola del grano de trigo que si no muere no multiplica, no era para hombres recién cortados de la inculta selva de la gentilidad y sin las noticias y experiencias de tantos siglos como tenemos los cristianos europeos.

El tener las adversidades por beneficios y conformarse en aquellas con la divina voluntad, como lo hacía un santo Job. *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuitica sanctum est, sit nomen Domini benedictum*, no es de soldados bisoños en la milicia de Cristo, sino de muy veteranos y muy adelantados en la perfeccion.

Los de la villa rica acometieron á otros dos pueblos del cacique Guirapurúa y del cacique Tabuguí, y se los llevaron al río Vibai. Y aunque acudieron á defenderlos los celosos curas, sentidísimos de tan grande insolencia é impiedad, y les rogaron por las entrañas de Dios no hiciesen oficio de carniceros lobos con aquellos corderos recién agregados á la grey de Jesucristo, con infamia del nombre cristiano, ni estorbasen la

predicacion del santo Evangelio, que se hacía á costa de tantos sudores y fatigas, ni la obediencia que aquellas naciones prestaban al verdadero Dios y vasallaje al católico monarca; todo fué predicar en desierto, porque cuando llegaron con esta embajada ya los codiciosos agresores habían marchado con la presa. No fué del todo perdida su diligencia, porque hallaron bien donde ejercitar su caridad en las reliquias que habían dejado, unos por enfermos, otros por impedidos ó estropeados de las armas. A los cuales catequizaron, y recibiendo el bautismo de ochenta y uno murieron muchos con prendas de su salvacion.

Singular fué la providencia que tuvo Dios de la de un infante á quien la madre había dejado en la cuna cuando la cautivaron y le negaron la licencia para llevarlo consigo. Habían visitado los Padres los pueblos saqueados, las chozas y barracas y ranchos de los montes en busca de los enfermos que tenían más necesidad del bautismo, y estando ya para meterse en la canoa les dió aviso un indio que allí quedaba en un rincón bo-

queando una criatura de solos cuatro meses; corrieron á ella, y habiéndola bautizado espiró, y dejando á su madre cautiva, ella voló á la libertad de la gloria.

Si fué grande este trabajo, no fué menos trágico y luctuoso el que los vecinos de la Ciudad Real de Guayrá dieron á esta pobre gente ayudados de los de la villa del Espíritu Santo, jurisdicción del Brasil, que arrebatados de furor y codicia insaciable de esclavos, para beneficiar sus haciendas, no contentos con hacer prisioneros á los indios cristianos, procuraron infamar á sus Padres Misioneros para que los aborreciesen y se guardasen dellos, y su fin era no tener tan abonados testigos de sus robos, injusticias y atrocidades, quitando al marido la mujer, al señor los vasallos, la vida á los caciques, ahorcando á unos y degollando á otros, apellidándolos falsamente de rebeldes y traidores, cuando más leales á ambas Majestades, humana y divina, sin dar lugar á los cristianos para confesarse y á los gentiles para recibir el bautismo, que con lágrimas les pedían. Otras calumnias sembraron con-

tra los obreros apostólicos para dar color á sus insultos, que no cabían en su religiosa vida y apostólica predicación.

Llegaron estos rumores á oídos del Padre Rector del Colegio de la Asuncion, á cuya obediencia están aquellas reducciones, el cual, juzgando por entonces conveniente la retirada, estuvo resuelto de mandar á los Padres se viniesen al Colegio, con que sin duda quedara la inocencia de los Padres cargada, lesa su reputacion y triunfante y señora del campo la calumnia. Hablando de esta persecucion en una carta del año 1611, dice el V. P. Josef Cataldino:

«Porque defendemos estos pobres naturales contra las tiranías de los que los quieren para esclavos suyos, 1, Cor. 4. *Maledicimur & benedicimus, persecuntionem patimur & sustinemus, blasphemamur & obsecramus. tamquam purgamenta huius mundi facti sumus omnium peripsema.*

No dejaron de cautelar los Padres lo que la mentira asistida del poder y autoridad podía intentar con siniestros informes para hallar alguna justificacion á sus violencias

io inmenso que su codicia hizo en
. nueva cristiandad. Y así para volver
verdad, juzgaron por necesario fuese
ie los cuatro al Paraguay á dar razon
riste estado en que habían puesto á
lla iglesia los que más obligados esta-
á favorecerla y ampararla. Fué señalado
stro P. Antonio, como quien había sido
tigo ocular de aquellas tragedias. Padeció
ucho en este viaje. Llevaba en su compa-
ía cinco indios, y estos la provisión para
odo el viaje de doscientas leguas, que se re-
dujo á un poco de harina de Mandioca.

En el río fué grande la pesadumbre de los enjambres de mosquitos. Por tierra no la daban menor las copiosas lluvias á los que caminaban á pie, y habían de dormir á la sombra de algún arbol para mojarse dos veces.

Una destas noches llovió tan furiosamente y corrieron con tal estruendo los vecinos arroyos, que temieron en tierra el naufragio los que no lo habían temido en el río.

Parecióles un siglo deseando la claridad

del día y el consuelo del sol, que les enjugase los vestidos.

Al reir del alba, cuando se quiso levantar, se halló tullido, yerta una pierna sin poderla mover y con intensos dolores. Con ellos fué fuerza, sacándolas de flaqueza, proseguir su camino, haciendo ya báculo, ya muleta de una cruz que traía consigo, valiéndose della y del aliento que le daban sus memorias para vadear aquel campo que más parecía mar. Y para pasar los árboles que había arrancado la furia de la tempestad y atravesado en algunos pasos estrechos, había de sentarse sobre ellos y valerse de ambas manos para trasladar á la otra banda la pierna doliente.

Con esta fatiga, quebrantadas las fuerzas, aunque no menos bañada el alma en celestial alegría, que en lluvia el cuerpo, llegó al puerto de Maracayú, donde en la piedad de un mercader honrado y conocido juzgó hallaría segura embarcación. Y habiéndole dado razon de los trabajos que padecían sus compañeros y de los suyos en aquel viaje, nada bastó para moverlo á compasion, per-

mitiendo el Señor, para mayor mérito del P. Antonio, que le faltase este socorro en la necesidad más extrema.

Resolvióse de continuar su camino por tierra las ciento y cincuenta leguas que restaban, con manifiesto peligro de la vida, por haber de atravesar la provincia de los Payaguas, nación carnicera y cruel y enemiga del nombre de cristiano, confiando siempre en la santa obediencia que le había mandado hacer aquel viaje.

Caminó el primer día media legua arrastrando como culebra el cuerpo, no sin mucha compasion y sentimiento de sus cinco indios que ofrecían llevarlo á hombros en una hamaca, que es la litera en que en aquellos países hacen jornada los enfermos.

Agradecióles mucho la caridad, pero no se pudo recabar de la suya que admitiese tan costoso alivio. Y aunque es carruaje ordina rio en todas aquellas provincias para sanos y enfermos, no lo usan los religiosísimos Padres de la Compañía, juzgando que es muy cara y desabrida la comodidad que se compra á tanta costa de los pobres indios, y

no pueden sufrir que sirvan de azacanes los que aman como á hijos.

Hízosele una hinchazón en la rodilla que le obligó á hacer alto á puesta del sol, y pasar la noche aun con mayor trabajo que la antecedente por la vehemencia de los dolores sin hallarse con un trapo viejo para vendar la pierna.

Destituído de todo humano remedio, se acogió al sagrado de la oracion, que es medicina universal para dolencias de cuerpo y alma. Imploró el auxilio del Señor, que por aquel arcaduz siempre había experimentado pronto en sus mayores aflicciones y peligros. Puso por intecesor á su gloriosísimo Padre y patriarca San Ignacio, reconviniéndole con la doctrina que había enseñado á sus hijos en aquella su admirable *Carta* de la obediencia, que todos los religiosos debieran tener escrita con letras de oro. Y pues él se había metido en aquel trabajo por obedecer á sus superiores, viese cumplidas en sí las grandes promesas que allí hace y las victorias y dichas que afianza á los obedientes verdaderos. En esta oracion, repetida con

grande confianza, empleó desvelado toda la noche, hasta que rendido al molimiento de los dos antecedentes días, á pesar de sus dolores le sobrevino un dulce sueño, en el cual vió que se le llegaba el Santo Padre y tocándole el pie le decía:

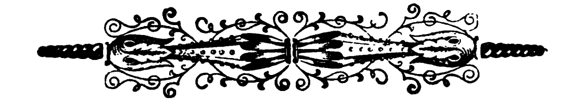
—Prosigue tu viaje, que ya estás bueno.

Despertole el gozo de aquella apacible visión, aplicó la mano á la pierna y no halló la hinchazón; probose á moverla, y pudo, porque la halló del todo sana, hizo nuevas experiencias paseando y pisando firme, y no hizo el menor sentimiento. Dobló las rodillas y dió gracias á la divina majestad que por intercesion de sus santos obra tales maravillas. Y cuando la caridad de sus indios compañeros había determinado, por más que se resistiera, llevarlo sobre sus hombros, él caminaba tan ligero que hacían harto de seguirlo.

Fuera sin duda evidente el riesgo de morir á sus manos si hubieran atravesado las tierras de los indios Payaguas, y era inevitable si marcharan por tierra. Resguardolo el Señor, porque á poco trecho encontraron

otros amigos que les dieron noticia de unas canoas que estaban retiradas en un arroyo vecino y les exhortaron se embarcasen en ellas, como lo hicieron, y con feliz navegación, llegaron río abajo á la ciudad de la Asuncion.





CAPÍTULO XIX

Llega el P. Antonio Ruiz al Paraguay, y con la autoridad de su testimonio desmiente los falsos informes de la calumnia.

Gravísimamente dijo San Juan Crisóstomo, hom. 3. de laud. Paul. *Talis est condiditio falsitatis, ut etiam nullo sibi assistente, consenescat, ac defluat. Talis autem é converso veritatis status, ut etiam multis impugnantibus suscitetur & crescat.* Totalmente opuestas en su ser y condicion, son la mentira y la verdad; aquella, aunque no haya quien la impugne, en poco tiempo envejece y cae; ésta, por muchos que la combatan, no-

hacen mella, siempre triunfa de sus enemigos; contrastada puede ser, no vencida.

Con gallardos símiles nos persuadió otro sabio este desengaño, que se le puede escuchar por sola la gala con quelo dice: *Ut enim immortalis est veritas, sic fictio & mendacium non durant. Simulata illico patescunt. Et magno studio compta cœsaries vento turbatur exiguo; & operoso licet impressus fucus, sudore diluitur & argutum quoque mendacium vero cedit, coramque pressiúo intuente, diaphanum est. Opertum omne detegitur; natiovusque rebus color manet.* La verdad es inmortal. Verdad era que la vida que los Padres hacían en las reducciones del Guayrá era en lo observante y edificativo de los Padres de la Compañía de Jesús, que es lo más que decirse puede para quien sabe el ejemplo grande que dan al mundo. En lo penitente, más que anacoretas, pues les faltaba aun el regalo de hortalizas y frutas, de pan y vino que estos tenían, reducidos á una limitada ración de harina de Mandioca. En el celo de la salvacion de las almas y conversion del gentilismo, muy de varones

apostólicos como consta parte de lo dicho y constará más de lo mucho que resta por decir.

Siendo todo esto verdad, *inmortalis est veritas*, no pudo perecer á aceros y hierros de la mentira. Esta es la que alcanza brevísima duracion, luego caduca y se desvanece como la niebla que se deshace á los rayos del sol, como la más peinada y compuesta cabellera que se turba y confunde con el viento, como el hipócrita albayalde que con el sudor se derrite. Así la más artificiosa y bien forjada mentira cede á la verdad, y llegando de cerca á reconocerla, siendo de solar tan oscuro, es toda diáfana, donde nada de lo que finge puede hurtarse á la vista. No falta mano superior que quita á las cosas el rebozo que les pone, con que aquellas cobran su color nativo y vienen á ser conocidas por lo que son.

Así sucedió en los falsos rumores que hombres perdidos y de malas conciencias esparcieron por el crédulo é ignorante vulgo de aquellos santísimos Padres. Mal que muchas veces ha experimentado la religiosísima

Compañía de Jesús, que ya parece nació con esta estrella; pero siempre su suma inocencia quedó vencedora de la calumnia y ésta sirvió á su crédito mayor.

Llegó el P. Antonio Ruiz á la ciudad de la Asuncion, y con su venida se consolaron mucho los Padres de aquel santo Colegio, y con su verídico informe salieron del cuidado en que los había puesto la calumnia de aquella gente sin Dios que tiraba á talar la viña de aquella nueva iglesia cuando más florida daba mayores esperanzas de copiosos frutos. Hallábanse en dicha ciudad algunos de los artífices de aquella traicion y quedaron bien corridos cuando se vieron convencidos con evidencia de falsos calumniadores. Conocieron todos cuán gloriosamente trabajaban aquellos apostólicos misioneros en reducir á la fe y á la obediencia del rey católico aquellas provincias de gentiles, que por industria y celo de dichos Padres, suavemente se iban incorporando en la Iglesia y monarquía. Bien dijo Lactancio lib. 2. D. inst. *O quàm facile est redarguere mendacia!* No hay cosa más fácil que convencer una

mentira, porque como no tiene memoria ella misma se contradice y depone contra sí: *mportet mendacem memorem esse*, y más presto se alcanza un mentiroso que un cojo.

Su poco de fruto cogió el Señor desta persecucion, como quien sabe sacar de los males bienes. Porque luego se vió una santa emulacion y competencia entre todos los religiosos que se hallaron en aquella ciudad, sobre quién había de ser el dichoso que fuese sirviendo á nuestro P. Antonio en su vuelta á las reducciones.

Dióla dentro de breves días, porque lo arrebataban el consuelo de sus hermanos y el amor y salud de sus maltratados feligreses.

Con las mismas canoas en que había bajado, subió otra vez el río arriba que aunque es la navegacion más difícil por la resistencia de la corriente que rinde los brazos de los indios bogavantes, se le hizo muy facil por impelido con propicios soplos del viento del Espíritu Santo, y porque volvía á su centro, que siempre lo fué para este infa-

tigable operario aquel lugar, donde más á costa suya podía solicitar la mayor gloria de Dios y salvacion de las almas.

Llegó con mucha bonanza al puerto de Maracabí y halló en él al mercader que á la venida le había negado sus canoas, muy sentido, por estar persuadido que el Padre las había tomado contra su voluntad y á escondidas y navegado en ellas á la Asuncion.

Procuró satisfacerle con la vista de las que traía, que no eran las suyas. Pero no se sosegó con eso, porque creyó que las habría trocado por otras en la Asunción. Y solo faltó para el mérito y corona del P. Antonio que le diese apellido de ladron. Pero el Señor descubrió presto la verdad y volvió por su inocencia.

En aquel puerto más que en otros, afirman personas fidedignas que en varias ocasiones los demonios, que llamamos duendes, han hecho pesadísimas burlas á los pasajeros y navegantes, afondándoles las canoas, que son unas barquillas de tréfago, en forma de grandes gamellones, que rematan en

puntas, en que por los rios traginan y portean varias mercancías.

Por este camino castigó Dios la poca piedad del mercader que viendo al P. Antonio extremamente necesitado cuando bajaba al Paraguay no le quiso socorrer con su canoa, permitiendo al demonio que en el mismo puerto donde estaba se la echase á pique y la llenase de arena y zaborra. Allí estuvo sepultada hasta que nadando un indio búzano la tocó con el pie y dió aviso á su dueño que la hizo sacar y reconoció que había sido castigo de su poca piedad, y pidió perdon á nuestro P. Antonio de su falsa sospecha.

Algunos días fué fuerza detenerse en aquel paraje donde no pudo, lo que nunca supo, estar ociosa su gran caridad. Hizo su mision á los moradores, enseñóles la doctrina, oyólos de confesion, díjoles misa, que raras veces oían, y por mucha ventura. Continuó su camino por tierra hasta volver al Paraná, padeciendo por aquellos páramos las mismas incomodidades que cuando vino, aunque con más robusta salud. Con ella lle-

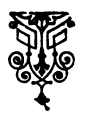
gó á los brazos de sus amados compañeros, que le aguardaban á deseo, y con esperanzas de que traería consigo otros Padres, bien necesarios para la mies que iba cada día tomando sazon; lo que por entonces no tuvo efecto, túvolo después.

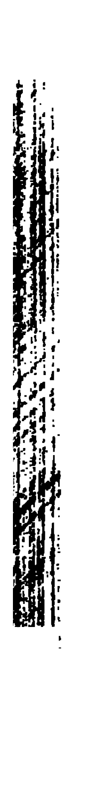
Estos sucesos contrarios y persecucion terrible que pareció había de embarazar la dilatacion de la fe, fué lo que á la nave el tiempo borrascoso, que en un día de tempestad navega más que en muchos de bonanza, aunque con más peligro de dar al través.

Permitióla Nuestro Señor, como medio, para que con más calor se acabasen de reducir y juntar en los dos pueblos todas las familias sembradas á las riberas de los ríos, sin detenerlos el cariño de la patria ni las sementeras que tenían en ella.

Luego les llegaron cartas de Paraguay con nuevas de mucho consuelo, y una dellas, que ei P. Provincial había llegado á la visita del colegio de la Asuncion, de donde envió orden al P. Josef Cataldino que bajase á dar cuenta del estado de aquellas reducciones, con

ınzas que le daba de que volvería á
:on socorro de nuevos obreros, que era
/or que con mayor ahinco todos supli-
.n.







CAPÍTULO XX

Lo que los tres Padres obraron en ausencia del P. Cataldino. Muerte dichosa del Padre Martín Xavier; vélo en la gloria el P. Antonio Ruiz.

Partió el P. Josef Cataldino á cumplir su obediencia, expuesto en su viaje á los mismos trabajos y peligros que el P. Antonio había padecido en el suyo, aunque muy alegre y animoso, por constarle era esta la voluntad del Señor, en cuya piedad confiaba, que quien iba solo había de volver á las reducciones bien acompañado. Hubo entre los tres Padres una santa porfía sobre quién había de llevar la carga que dejaba el P. Cataldino, queriéndola toda cada uno para sí,

por aliviar á sus compañeros. Por bien de paz se la repartieron como buenos hermanos. Renovaron las correrías por los montes y riberas, recogiendo las ovejas descarriadas al aprisco común donde estuviesen más defendidas de los hambrientos lobos en cualquier repentino asalto que les diesen ó los españoles codiciosos ó los impíos Mamalucos.

Reconocieron los puestos antiguos de su vivienda, donde siempre hallaban que respigar para las trojes del cielo en muchos enfermos, niños y viejos desvalidos, á los cuales como buenos pastores, muchas veces cargaban sobre sus hombros y de muchas leguas los traían á los lugares diputados, donde tuviesen el pasto más seguro.

No se puede fácilmente decir lo infinito que estos obreros evangélicos padecen en este santo ministerio con pobreza suma del sustento preciso para pasar la vida cuando fuera comodidad y gran regalo ayunar todos los días á pan y agua; pero si ésta les sobra, fáltales el pan, y la vianda ordinaria son raíces de la tierra y harina podrida de

Mandioca, que aun á los que la tienen muy usada, causa agudas y pestilentes enfermedades, á que no poco ayudan los excesivos calores de la region, por tener al sol tan vecino.

El P. Martín Xavier, que ya llevaba carga superior á sus fuerzas, con la parte que le cupo de la del P. Cataldino, dió consigo, no en una cama, sino que dió con la carga en tierra, que esta es el lecho común de aquellos apostólicos varones, que si quisieran vivir ó en sus provincias de Europa ó en los colegios de aquella, pudieran dormir con descanso en las suyas, y en sus enfermedades no les faltara toda asistencia y comodidad. Adoleció, pues el P. Xavier de una gravísima enfermedad que le postró las fuerzas y el apetito, sin poder apelar á otro alimento que al sobredicho. Apeteció un bocado de pan y no fué posible socorrerle con él, porque había de venir de doscientas leguas. Aquí fué el suspirar el pródigo de su vida y salud con mejor espíritu que el otro de su legítima. Luc. 15. *Quanti mercenarij in domo Patris mei abundant panibus, ego autem*

hic same pereo. No lo dijo lamentando su desdicha, sino congratulándose de la que tenía por gran felicidad y haciéndole gracias al Señor por ella de lo íntimo de su corazon.

Asistíale de día y de noche el P. Antonio con mucha caridad, que en esta parte no fué tanto su desamparo como el de su santísimo tío San Francisco Xavier, en la choza de la isla de Sanchan, aunque por ventura fué mayor la falta de medicinas, de regalos y alimentos, pues no llegó á alcanzar el de un bocado de pan, que no falta en el más triste hospital al más pobre mendigo.

Acogíase nuestro Xavier, como el otro apóstol, á las dulzuras del cielo y consuelos espirituales, y con las esperanzas de verse presto en lugar de eterno descanso, con que lo alentaba el P. Antonio en aquel trance postrimero. Preguntóle si quería encomendarle alguna cosa para cuando hubiese partido desta mortal vida. Respondió que solamente le rogaba lo encomendase muy de veras á Dios, en cuyo servicio moría con grandísimo consuelo; que le dijese

algunas misas, y luego que espirase, la primera, porque fiaba mucho, así de la virtud grande de aquel santo sacrificio, como en la eficacia de su oracion

Todo lo ofreció el P. Antonio con sincerísima voluntad, y en retorno le rogó que cuando se viese en el cielo, como legítimo procurador suyo, y en su nombre, hiciese una gran reverencia á su reina y Señora, y le suplicase fuese servida de aumentar más en su pecho su cordialísima devocion.

Entre estos dulces coloquios, cargado de virtudes y rico de merecimientos, con desamparo semejante al con que su amado Señor entregó su espíritu al Eterno Padre y le rindió el suyo este nuevo Xavier del Occidente. Cuya gloria reveló presto Su Majestad á su siervo Antonio, de la manera que aquí diré.

Después de su dichosa muerte, lo más presto que pudo, para cumplir la palabra que había dado al difunto, se retiró á decir misa por su alma, con la pausa, devocion, ternura y reverencia que solía. Estando en ella, de repente le ilustró el entendimiento

una gran luz y un clarísimo conocimiento de los bienes que se gozan en la gloria. Representósele vivamente una corte imperial de hermosísimos edificios, abundantísima de todo género de delicias, cual la vió en su soledad de Patmos el Evangelista San Juan.

Los efectos que esta vista obró en su corazon fueron un fervorosísimo deseo de amar mucho á la Virgen y de solicitar de nuevo con todos su reverencia y amor; un tedio grande de todas las cosas del mundo y aprecio de las del cielo.

Allí le dieron á entender que para conseguir este amor reverencial é inmenso de su gran Señor, los medios más eficaces eran: el primero un examen cuidadoso y particular para desarraigar las faltas más leves, porque esta reina, como fué espejo de toda perfeccion, quiere perfectísimos á los que han de ser privados suyos.

El segundo, continuo recurso á Su Majestad con oraciones jaculatorias.

El tercero, alguna cotidiana penitencia á su devoción.

Aquí le parece tuvo moral certidumbre de

que su amado Padre Martín Xavier había ya entrado en aquella soberana ciudad, y cumplido con lo que le había prometido.

Para mostrarse más agradecido á estos favores y profesarse más esclavo á su Señora, de cuya mano los recibía, hizo fabricar una gruesa cadena de hierro, en cada eslabon un erizo con muchas puntas, para traerla toda la vida ceñida á las carnes, en protestacion de su honrosa esclavitud, como la trujo, hasta que en una grave enfermedad le mandó el confesor suspendiese el uso della.

Algún tiempo después del tránsito feliz del P. Xavier, habiendo caminado muchos días por aquellos desiertos á caza de indios para catequizarlos y socorrerlos, una farde se sintió del todo fatigado y rendido, con grandes desmayos y sin manjar alguno para tomar aliento. Acudió, como tenía de costumbre, á Nuestro Señor, para alimentar el alma con su presencia, ya que no podía al cuerpo con vianda material. No pudo dar en aquella, aunque la procuró con todo ahinco. Con este desconsuelo interior del espíritu y flaqueza del cuerpo, llegó al paraje donde

había de pasar la noche. Acogióse descaecido á su hamaca, que es una red en que consiste todo el aderezo de cama en aquellos países; asegúrase con fuertes sogas colgada en el aire, de las ramas de los árboles, por temor de las fieras; en ella se envuelve, ó por mejor decir, se amortaja el caminante, expuesto á las lluvias, al sereno, al frío y humedad de la noche. Y como los que caminan á pie no necesitan de blandos y mullidos plumones para conciliar el sueño, luego se quedó Antonio en su hamaca medio dormido, cuando con las potencias vivas y despiertas vió que como á otro Jacob se la rasgaban los cielos, y que por aquella abertura salía un raudal de luces, que tenían por paradero el lugar de su descanso.

Del golfo destos celestes resplandores oyó una voz como llama de fuego, que le decía:

—Aquí descansa Martín Xavier, aquí recibe el premio de sus gloriosas fatigas; aquí la palma y corona de sus peleas; con él descansarán los que se cansaren como él.

Despertó luego muy gozoso de la dicha

de su santo compañero y muy alentado á padecer mucho por Dios. Habiéndose disminuido los obreros, fué forzoso recayese el peso de los difuntos sobre los hombros de los vivos. Y el que con la ida del P. Cataldino y muerte del P. Xavier se le recreció al P. Antonio, fué tan sobre sus fuerzas, debilitadas ya con tanta aspereza de vida y penitencia, que enfermó de una fiebre maligna en la reduccion de Loreto, donde padeció á solas los graves accidentes desta enfermedad y llegó á peligro de muerte, sin el consuelo que en la suya tuvo el P. Xavier; pero muy alegre en su mayor desamparo.

Pero el Señor, que conocía bien la falta grande que había de hacer, le socorrió de suerte que sin médico, sin medicinas, sin regalo alguno, cobró perfecta salud.

Llegó á noticia del P. Simón Maceta la enfermedad del P. Antonio. Partió luego á visitarle, y hallólo ya del todo convalecido, por lo cual ambos dieron muchas gracias á Dios.

Confirieron el medio más á propósito para concluir el negocio tan deseado de redu-

cir los indios á dos poblaciones. Porque el demonio ponía grandes dificultades en la ejecucion por medio de algunos indios que habían retrocedido del primer intento y palabra que dieron á los Padres. Entre otros era un famoso cacique, por nombre Maracana, que estaba muy enamorado del sitio de su ranchería, donde defendió al P. Simón Maceta cuando el grande hechicero Atiguaya intentó quitarle la vida.

Este, pues, resuelto de no dejar su tierra ni las comodidades seguras que gozaba en ella por otras inciertas, hizo la mayor oposicion y causó á los Padres notable pesadumbre, pues con eso se embarazaba el pronto socorro que tenían los indios reducidos á un lugar, cuando en muchos tan remotos era imposible enseñarles la doctrina y ministrarles los Sacramentos.

Encomendáronlo muy de veras á Nuestro Señor; y habiéndose retirado á descansar en su casilla ó choza, á la media noche los despertó un grande alboroto en el pueblo. Por ser cosa irregular á aquella hora, temieron no fuesen otra vez invadidos de los Ma-

malucos ó españoles, ó ya no fuese alguna conjuracion de los indios contra sus vidas, pervertidos de los hechiceros; pusiéronse en oracion, sacrificando aquellas á Nuestro Señor y ofreciéndolas con gran valor en defensa de su santa fé, suplicándole que si había de ser mayor gloria suya y bien de las almas, regase aquella semilla con su sangre.

En estos actos fervorosos pasaron la noche, animándose el uno al otro á morir alegremente por Cristo. Apenas amaneció cuando se les entró por su casa el cacique Maracana, con una espada desnuda en la mano, á quien hacían escolta tropas de sus vasallos indios, con sus armas, que son arcos y flechas. Confirmáronse en el juicio que hicieron de que los venían á matar.

El P. Antonio, con ánimo intrépido y sin alguna turbacion en el semblante, le preguntó al cacique qué pretendía con aquella ruidosa hostilidad y á hora tan sospechosa. Lo cierto es que si vinieran de guerra dieran la respuesta la espada y las saetas. Pero aunque en son de motín, venían muy de paz, y así con ella respondió el cacique:

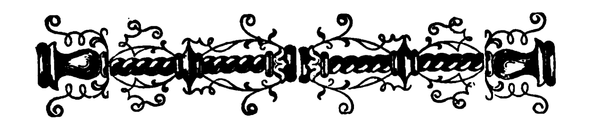
—Has de saber, Padre, que aunque en varias ocasiones me hiciste instancia para que me mudase á este pueblo, siempre hallé repugnancia grande en obedecerte, porque tenía por caso de menos valer desamparar la tierra de mi nacimiento, donde mis padres y abuelos tuvieron sus haciendas, sus sementeras y vasallos. Pero esta dificultad ya Dios la ha vencido, porque esta noche he padecido grandes inquietudes, y en toda ella no he podido cerrar los ojos al ruído de una horrible voz, que por dos ó tres veces me dijo: «Múdate, y haz lo que te aconsejan los Padres, porque si no lo haces violentamente te quitaremos la vida.» Quedé atónito con esta voz, quise ver la persona que me hablaba, y no pude, aunque había luz en mi retiro.

Levantéme al punto, dí parte á mis vasallos, y resuelta la mudanza mandéles cargar con sus herramientas para rozar y cultivar los campos. Al punto que llegamos, me fabricaron una choza, donde he dormido un rato con mucho descanso y sin rastro de aquella pesadilla, y agora vengo á darte

cuenta de mis intentos porque sé que te has de alegrar.

Oyeron los Padres con mucho consuelo la relacion del cacique, y dieron gracias al Señor por la mudanza que había obrado en él con el poder de su diestra. Salieron luego á dar á sus huéspedes la bienvenida, y hallaron que habían gastado toda la noche en cortar parte de un bosque para hacer sus ranchos, encendiendo hogueras y celebrando la fiesta con luminarias.





CAPITULO XXI

Mueve el enemigo segunda persecución contra las reducciones del Guayrá, vuelve el P. Antonio á la Asunción á solicitar su defensa.

Al paso que se iban aumentando las sobredichas poblaciones y disponiendo los ánimos de los indios en forma de república, para ser más fácilmente instruídos en los misterios de la fé, rabioso el enemigo común asestaba todos sus tiros de batir y tramaba nuevos ardides para deshacer aquella civil y cristiana concordia, porque con ella comenzaban á vivir con fueros de hombres de razon los que antes vivían á ley de brutos, y sa-

cudiendo el pesado yugo de su tiranía sujetaban las cervices al suave de la doctrina evangélica.

Sentían mucho los españoles del Guayrá, anteponiendo sus privados intereses al mayor servicio de Dios y de su rey, que toda la gente que en distancia de noventa leguas estaba dividida, y expuesta como grey descarriada, y sin pastor á los asaltos de su avaricia y crueldad, se congregase en aquellos dos pueblos, no acordándose que el Espíritu Santo, todo amor, vino en forma de fuego para unir las lenguas que había dividido el espíritu maligno en los sobervios babilonios, como lo ponderó bien San Agustín *Spiritus superbiœ, dispersit linguas, Spiritus Sanctus congregavit linguas.* Ni ciegos con su codicia advertían lo que dicta la buena razón y la experiencia enseña, *virtus unita fortior est se ipsa dispersa.* Y como no habían podido por otros medios impedir esta union, pareciόles que lo conseguirían echando de allí á los Padres, por lo menos al uno, juzgando que el otro viéndose solo, ó se retiraría de la empresa como superior á sus-

fuerzas, ó moriría rendido y abrumado de la carga.

El demonio era el que atizaba este fuego, como el más interesado en la perdicion de tantas almas. Valióse para descomponer á los Padres de un eclesiástico que de la ciudad de la Asuncion vino al Guayrá, con título de visitador.

A éste sobornaron los españoles, y habiéndole ganado la voluntad, comunicáronle sus intentos, y él les ofreció toda su autoridad. Publicó por todas aquellas reducciones que venía á sacar dellas á los Padres y á ponerles otros curas de su mano, que no era bien sirviesen estas plazas religiosos, los cuales estaban mejor en la clausura de sus conventos, y que por verse libres della y de la sujecion de la campanilla y prelados se alzaban con el oficio de parrocos para vivir con más libertad. Siempre busca la malicia colores de decencia y virtud, porque con los suyos á nadie se enamora y con aquella máscara á muchos engaña.

No dejó de conocer el visitador que para lo que intentaba contra religiosos exentos le

faltaba la jurisdiccion y que ni la traía delegada ni ordinaria, y quiso suplirla arrogándose la agena del Santo Tribunal de la Inquisicion.

No sé por donde había llegado á su noticia que la última vez que estuvo en la Asuncion el P. Antonio Ruiz, el comisario del Santo Oficio que reside en ella, le había encomendado un pliego para otro ministro del mismo tribunal. Desto se asió el visitador para sacar á dicho Padre de las reducciones; publicó que era comisario. Despachóle como tal un mandato, que viniese luego á dar razon de cómo y quién había entregado el pliego que se le dió en la Asunción.

Y aunque el P. Antonio no dejó de entender á donde tiraba el juez intruso, y que no tenía obligacion de responderle, respondióle con toda cortesía que ya había entregado á quien iba el pliego y que á él ni le mandaron que pidiese respuesta ni testimonio de su recibo. No se satisfizo el Visitador, y como comisario despachó unas letras en que mandaba que el Padre partiese al Paraguay á dar cuenta de dicho pliego, y luego espar-

ció entre los indios que al P. Antonio lo había desterrado por sentencia jurídica y declarado incurso en la descomunión.

El buen P. Antonio, como tan hecho á trabajos y tan sediento de otros mayores, para obviar el escándalo que en aquellos pequeñuelos indios pudiera ocasionar su desobediencia, sin embargo de que conocía muy bien las nulidades de aquella sentencia, y el dañado fin á que se encaminaba, se resolvió de bajar á la Asunción á dar cuenta al gobernador de S. M. que allí reside, y al legítimo Comisario, de los agravios y estorsiones que le hacía el intruso.

Caminó otra vez aquellas doscientas leguas con la misma incomodidad que la primera, con gran paciencia y conformidad con la voluntad divina. No perdió tiempo en el camino, porque donde quiera que llegaba, consolaba los enfermos, catequizaba indios rudos y oía de penitencia muchas personas extremamente necesitadas. Una destas fué un portugués, que con deseo de llegar á hacerse rico en el Perú, se arrojó solo y temerario peregrino por los despoblados de

San Pablo y costas del Brasil. Este, para facilitar su tránsito, se fingió sacerdote, y con sacrílego atrevimiento confesaba, decía misa y ejercía otros ministerios anexos al orden sacerdotal. Súpolo el P. Antonio, y compadeciéndose dél, le representó la gravedad de los sacrilegios que cometía, el riesgo que podían correr los que se persuadían quedar absueltos, y el que él correría si llegase á noticias de la santa Inquisición, con que lo redujo á buen camino.

Con verdad se puede decir que por donde quiera que pasaba. Act. 10. *Pertransibat benefaciendo & sanando omnes oppresos á diabolo.* Nunca volvía á su retiro sin gran número de prisioneros, que había sacado del cautiverio de Satanás.

Llegó á la Asunción, donde halló de vuelta de Córdoba á su carísimo P. Joseph Cataldino. Dióle cuenta de los nuevos trabajos de las reducciones y lo que el demonio procuraba inquietarlas y deshacerlas por medio de los del Guayrá; de la soledad del P. Simón Maceta y de las maravillas que Dios había obrado en ausencia suya. Diéronle grata au-

diencia gobernador y comisario, y con muy favorables despachos, en compañía del Padre Cataldino volvió á sus deseadas reducciones.

Los Padres de la Asunción, compadeciéndose de la extrema pobreza que en ellas padecían, les dieron de limosna algunas vacas, de que abunda mucho aquella provincia y de donde se trae buena parte del corambre que se gasta en Europa. Juzgaron que con ellas podrían entablar entre aquellos montes, fértiles de yerba, una estancia y que con las crías y leche serian de socorro para el sustento de los Misioneros y de los pobres indios enfermos.

Llegaron con ellas á Maracayú, donde hallaron nueva que las reducciones se habían deshecho del todo, y que el P. Simón Maceta se venía; que era lo que el demonio trazaba y lo que los españoles pretendían. No dieron crédito al que tuvieron por rumor falso y echadizo. Pasaron adelante transfigurados de apóstoles en vaqueros y pastores de aquel ganado cerril para poder decir con Pablo, I. Cor. 9. *Omnibus omnia factus sum*,

ut omnes facerem salvos. Parecía imposible, ó por lo menos muy árduo y trabajoso guiar las vacas por la espesura de aquellos bosques; pero todo lo facilita la caridad y el celo de la mayor gloria de Dios.

Llegaron al Salto de Guayrá donde fabricaron embarcaciones para llevar por el río arriba cuarenta cabezas, que las demás se quedaron perdidas en el camino y destas cuarenta solas llegaron vivas á las reducciones once, de las cuales han procedido tantas como ahora pueblan todos aquellos montes.

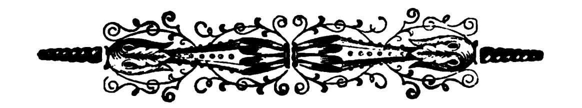
Los españoles que habían sido autores desta inquietud, viendo que solo quedaba el P. Simón Maceta, hicieron todo el esfuerzo para que lo dejasen los indios y se viniesen á vivir más cerca de su lugar para servirse dellos como de esclavos, y usar con aquella gente desvalida del rigor que acostumbran.

Tenían ya el negocio amasado y bien dispuesto, y señalado el día en que habían de marchar con sus casas á cuestas, como las tortugas, siendo el capitán de los amotinados el cacique Maracana, á quien habían engañado con grandes promesas, y él olvidó el

modo milagroso con que el Señor lo había traido á ser morador de Nuestra Señora de Loreto, como se dijo en el capítulo antecedente.

Este indio, con otros dos, habían de ser losprimeros que ejecutasen la mudanza; pero por justo juicio de Dios, la hicieron antes los tres desta vida á la otra, según que lo tenía profetizado el V. P. Simón Maceta, como más largamente se refiere en su vida. Semejantes castigos de la divina justicia amenazó profeta el P. Antonio Ruiz á otros voltarios y mal contentos, en cuyas cabezas escarmentaron y se quietaron los demás, frustrándoseles á los de Guayrá sus depravados intentos.





CAPITULO XXII

Llega el P. Antonio con el P. Cataldino á sus reducciones, hallan nuevas inquietudes causadas de los españoles.

—

Aunque es verdad que con las desastradas muertes de los más culpados en aquella mal intentada y perjudicial mudanza que los españoles persuadían, tocaron á retirar los demás y tomaron mejor consejo de perseverar en el puesto que la providencia divina les había destinado con tan manifiestas significaciones de su voluntad. Con todo no hacían ya tanta confianza como solían de los Padres, ni los miraban con aquel cariño con que an-

tes. Porque los españoles del Guayrá, ya que no pudieron desquiciar su constancia y arrancarlos de su puesto, viendo que los Padres volvían de asiento, muy favorecidos de los gobernadores, procuraron descomponerlos con los indios, sembrando entre el buen trigo la cizaña y discordia entre los muy hermanos, que es lo que tanto aborrece el Espíritu Santo.

Divulgaron por las dos reducciones que les llevaban un nuevo y pesado tributo que llamaban tasa. Que por ningún caso lo admitiesen, y siendo por su naturaleza libres, no quisiesen neciamente hacerse esclavos y pecheros. No hay mentira que no sea hijadalgo, porque si no se disfrazase con alguna máscara de verdad, ella es tan fea que de todos sería aborrecida.

Dieron los del Guayrá color á la suya, con que Su Majestad Católica, con cristiano celo de relevar á los pobres indios del servicio personal que los llevaba arrastrados y por momentos se iban consumiendo, mandó por su real decreto al oidor D. Francisco de Alfaro que les conmutase aquel pesadísimo

tributo en otro mucho más ligero, en reconocimiento del vasallaje que prestaban á Su Majestad. Y aunque aquellos indios del Guayrá, por recién convertidos, estaban exentos del uno y del otro, con todo, los españoles, con falso pretexto de piedad, tiraban al blanco de su codicia, y querían hacerles aborrecible su misma conveniencia, lo que recabaron de muchos con siniestra informacion.

Conocióse bien en que cuando volvieron los PP. Cataldino y Antonio del Paraguay cargados de donativos que de limosna les hacían, según su pobre caudal, como eran sal, cuchillos, anzuelos, agujas, sombreros, tijeras, y otras cosas que ellos estiman más que la plata y que el oro, por lo que se sirven de dichas alhajas, no las querían recibir creyendo que con aquellos donecillos les compraban con dolo la libertad. Cuando en otro tiempo con ningún beneficio más se les ganaba la voluntad; y si alguno por cortesía los aceptaba, fuera de su presencia hacía dellos menosprecio y no se daba por obligado. Pero con la paciencia y constancia en sufrir sus des-



aires y retornar con nuevos beneficios, últimamente vinieron á desengañarse y á cobrar el primitivo amor que á sus Padres y maestros tenían. Creció aquel desengaño y este cariño y estimacion con algunas maravillas que obraba Dios en aquellas reducciones. De las cuales solamente diré aquí las que son propias del P. Antonio.

Murió en la reduccion de Loreto, que estaba á su cargo, un indio con opinion de buen cristiano. Recibió todos los Sacramentos, y habiéndole abierto la sepultura en el lugar que había señalado. Siendo ya tiempo del entierro, le vino aviso de que le llamaba aquél á quien todos tenían por difunto. Porque estando ya para llevarlo en el féretro á la iglesia, resucitó de repente.

Llegó el Padre á la casa que estaba llena de gente, á la fama del muerto resucitado. Apenas entró, cuando le dijo el indio: Cómo realmente había espirado y que saliendo el alma del cuerpo, encontró un ferocísimo demonio cerca de su hamaca, que era la cama donde murió, el cual agarrando della, decía: «Mía eres.» Negábalo el alma

y esforzábalo el enemigo, alegando de su derecho, porque no se había confesado bien. Hízole cargo de dos pecados que había callado en la confesión. Es verdad, dijo, que los cometí; pero no los callé por vergüenza sino por olvido natural; y siendo así, fío de la misericordia de Dios que me los habrá perdonado; si no dí bastante satisfaccion con mi penitencia, purgatorio hay donde podré hacer la que fuere servido Su Majestad.

No obstante esta excusa, pretendió el demonio arrebatarla y llevarla por suya al infierno, pero acudieron el arcangel San Miguel y el Santo angel de su Guarda, y sacáronla de sus uñas y metieron al enemigo en huida.

Y aunque por ser muy nuevo en la fe ni había visto imagen de los ángeles ni hecho cabal concepto dellos, los dibujaba con toda perfeccion.

Después que se vió libre de las garras de aquel dragon infernal, dijo que los ángeles la llevaron á una region hermosísima, llena toda de amenísimos jardines y de lejos le mostraron una grandiosa ciudad y le dijeron:

—Aquella ciudad que ves es la corte del Rey del cielo, donde nosotros vivimos en gloria. Tu no puedes agora entrar en ella, hasta que vuelvas al cuerpo y cuentes lo que has visto, y te confieses de nuevo avisando á tus parientes que vivan bien y se aprovechen de la doctrina que les enseñan los Padres; y al tercer día entrarás en la Iglesia. Preguntó qué entendía por entrar en la Iglesia. Respondieron que al tercer día moriría y lo enterrarían en ella.

Así sucedíó todo, porque habiendo resucitado en viernes, domingo por la mañana volvió á morir y fué enterrado en la iglesia. Todo este tiempo que vivió después de haberse confesado, con gran dolor de sus culpas, lo gastó en exhortar, no solamente á sus deudos, sino á tropas de indios, que pasmados acudían á ver y oir un hombre venido de la otra vida, que sirviesen á Dios, que frecuentasen Sacramentos, que amasen y respetasen mucho á los Padres que les enseñaban la doctrina del cielo.

Con este caso creció mucho su devocion, y se acabó de desvanecer la pretension de

los españoles del Guayrá que todavía hacían diligencias para sacarlos de aquel puesto y de la santa institucion y obediencia de los Padres.

No menos se arraigaron sus ánimos en este propósito y en la fe, con otro caso que sucedió por el mismo tiempo, con que les declaró Nuestro Señor era su voluntad que por entonces permaneciesen en aquel puesto.

Entre otros indios que vinieron á domiciliarse en él, fué un cacique de las sierras del Pirapo con su familia y vasallos. Este en la fuga de las inquietudes sobredichas, con tedio de ellas, y amor de la paz, juzgó era mayor la que gozaba en su tierra, y resolvió volver á ella con toda su gente. Fingieron que iban á su chácara; marcharon todo el día por caminos bien sabidos, y porque no les diesen alcance para revocarlos, no pararon en toda la noche.

Cuando á la luz del sol saliente se reconocieron y tuvieron por cierto se hallaban ya algunas leguas lejos de la reduccion, se vieron por frente cercanos al lugar de donde



habían salido, y persuadidos que solo Dios pudo volverlos de milagro; entraron en él, pidieron perdon al Padre de lo que habían intentado. De lo cual admirados los indios, nunca más trataron de mudar cuartel. Lo mismo le sucedió á otro indio con un niño de la escuela, que sacó con engaño para llevarlo á otro lugar, que habiendo caminado toda la noche, amaneció á las puertas de la reduccion; tres veces porfió en la fuga, y otras tantas le sucedió lo mismo. Conoció su desacierto, y hoy vive contento como buen cristiano.

Iba el P. Antonio, como hortelano diestro y cuidadoso, arrancando de sus feligreses las malezas de los vicios y plantando las virtudes, y singularmente el celo de la observancia de las leyes de Dios. Predicó un día con gran fervor las excelencias del santo matrimonio, y los castigos de los que tenían muchas mujeres, pues á las naciones más políticas del mundo y más ajustadas á la razon natural, no les era permitido más que una, como ellos mismos podían ver en los españoles.

Oyóle un cacique de los principales, y acabado el sermon fué á su casa, llamó seis mancebas que tenía en ella, vino con todas á la iglesia, y en presencia de mucho pueblo dijo al P. Antonio:

—Padre, estas seis indias son mis mujeres; yo te suplico encarecidamente las cases, porque me ha parecido bien la doctrina que predicas, y te prometo que no han de hacer más vida conmigo.

Alabóle la resolucion, premióle el Señor llamándolo á la fe, bautizólo el Padre, y dentro de breves días murió con esperanzas grandes de su salvacion.

Otro cacique gentil y muy principal, tenía más de treinta mancebas. Hallaba mucha dificultad en dejarlas. Oía frecuentemente una voz del cielo que le decía:

—Cásate con una; ¿por qué no haces lo que el Padre te aconseja?

Deseábalo mucho el P. Antonio, y encomendándolo con veras al Señor, oyó otra voz:

—Cásalo, cásalo.

El día siguiente vino á sus pies el cacique,

Todo se hizo, y el cacique perseveró con mucho ejemplo hasta la muerte.
rogóle que le casase con una de sus mancebas y que lo bautizase, porque deseaba vivir como cristiano.





CAPÍTULO XXIII

Lo que los demonios inquietaron las reducciones. Revuelven su cólera contra el Padre Antonio Ruiz.

Con razon pudo decir el glorioso agustino Serm. 4 *Quid pravius, quid malignius, quid nostro adversario nequius? Qui posuit in cœlo bellum in paradiso fraudem, odium inter primos fratres & in omni nostro opere zizania seminavit.* ¿Quien en el mundo más malvado, más maligno, más astuto y porfiado enemigo de los hombres que el demonio? El fué el que con guerras civiles turbó el cielo; él con engaño pervirtió á nuestros

primeros padres en el Paraíso; él encendió y atizó entre los dos primeros hermanos el fuego de la discordia; él siembra entre el grano de todas nuestras buenas obras cizaña para que no fructifiquen. Y como dijo el gran Gregorio lib. 24. Moral. *Hostis noster, quando magis nos sibi rebellare conspicit, tanto amplius expugnare contendit. Eos autem pulsare negligit quos quieto jure possidere se sentit.* Nuestro adversario mortal, al paso que rebelamos contra él, y sacudiendo su yugo, nos hacemos del bando de Dios, refuerza contra nosotros sus baterías. A solos aquellos no molesta con ellas, que pacíficamente posee y viven contentos con su servidumbre. Bien lo experimentaron estas reducciones y sus apostólicos obreros. Pues viendo aquel que por medio de sus ministros no podía deshacer esta nueva cristiandad, ni embarazar sus crecimientos, determinó hacer por sí mismo la guerra á los que, ó ya le habían alzado ó trataban de alzarle la obediencia y pasarse á las banderas de Cristo, que arbolaban los soldados valientes de la Compañía de Jesús.

Aparecía visiblemente á los indios en varias y horribles figuras; persuadíales quitasen la vida á los Padres y cobrasen la libertad que les tenía cautiva, que era mengua suya sujetarse á unos pobres extranjeros que mañosamente los iban domesticando para ponerlos debajo del dominio de su rey; que tendiesen por la América los ojos y viesen las tiranías que los españoles habían ejecutado en las más de sus naciones, que se persuadiesen eran solapados y capitales enemigos de las suyas, que con dulces palabras los engañaban, y conducían á la extrema miseria de una perpetua y miserable esclavitud. Que abriesen con tiempo los ojos, pues llegarían á intentarlo cuando ya no tuviesen remedio.

Por este mismo camino, por donde más procuraba descomponerlos los acreditaba más, pues no eran tan bárbaros los indios que no reparasen en la vida santa de aquellos apostólicos varones en el celo con que solicitaban su bien espiritual y temporales conveniencias; que sin otro interés que el de su eterna salud, se habían desterrado de sus

patrias y renunciado la comodidad, el regalo y consuelo con que pudieran vivir entre los de su nacion, pues no ignoraban la estimacion que de sus personas se hacía.

Veneraban en ellos muchas y grandes virtudes; admiraban singularmente su abstinencia, su modestia y castidad de ángeles, engastados en cuerpos de hombres, y el valor con que exponían sus vidas á tantos trabajos y peligros, la providencia con que Dios los sacaba á la paz y á salvo de todos, de donde colegían que sin duda eran amigos, y validos suyos, y que por eso los aborrecía y perseguía tanto el demonio.

Los primeros demonios que se dejaron ver en forma de hombres, y con hábito de Jesuitas, fueron cuatro en el sitio de Ypaunbuzú, y el quinto en figura de una hermosísima señora, que los cuatro llevaban en medio, todos cercados de agradables resplandores, cantando á compás y con gorjeos de suaves voces, por los caminos de las chácaras ó masadas, al tono que en sus letanías usa la Iglesia, si bien no pronunciaban palabra con distincion ni alabanza alguna de Dios ni de

su Santísima madre. Muy cuerdamente advirtió San León, serm. 8 de Nativit. *Multa solicitudine prœcavendum est Christianis, ne diabolicis capiantur infidiis, & eisdem rursus, quibus renuntiaverunt, erroribus implicentur. Non enim definit hostis antiquuos transfigurare se in Angelum lucis; deceptionum laqueos ubique protendere; & ut quoquo modo credentium mentes corrumpat, instare.* Con toda solicitud se han de cautelar los cristianos, y más los nuevos en la fé, de las asechanzas del demonio, no sea que los vuelva á enredar con los errores de que aquella los sacó. Porque nunca deja el astuto enemigo de transfigurarse en angel de luz; vístese el lobo con piel de cordero; por todas partes siembra los lazos y extiende las redes de sus engaños, para pervertir por todos los caminos posibles á los que creyeron en Cristo. Este fué el fin que tuvo en estas vistosas y lucidas transfiguraciones.

Muchas veces encontraron los indios esta procesion ó capilla de cuatro, al parecer angélicas voces, y quedaron atónitos de ver la belleza de la mujer, y el lucimiento de los

cantores, que arrojaban de todos sus cuerpos rayos émulos de los del sol.

Fueron luego á los Padres á darles razon de lo que habían visto. Pero ellos les dieron á entender que sin duda eran aquellos demonios, que viviesen alerta, porque tiraban á engañarlos. Al principio ningún daño hacían á los que encontraban con ellos. Y á algunos curiosos que llegaban á preguntarles quienes eran ó que pretendían, respondían con mucho agrado que los cuatro eran ángeles de Dios; y en esto decían verdad; pero debieran añadir que los que por sobervios cayeron.

Aquella señora decía ser la Purísima Virgen, que venía á asistir y favorecer á los religiosos sus curas, y enseñarles muchas cosas que ellos no alcanzaban.

Desvergonzado fué el espíritu maligno que tuvo osadía para hacer aun en aquella farsa el papel de señora tan soberana. Asombrábase la gente sencilla, unos creían ser lo que decían, otros, más entendidos, recelaban algún engaño. Hurtábanse tal vez á la vista, y hablaban de suerte que se dejaban perci-

bir. A un indio que los oía sin verlos, le dijeron que si los deseaba ver se arrodillase; hízolo, y viólos en figura de ángeles. Díjoles que si eran ángeles por qué no iban á donde estaban los Padres, que los hallarían ó en su casa ó en la iglesia. Y no pudiendo ya disimular su saña, ni ocultar su soberbia, respondieron que no querían ver ni comunicar con los que eran sus más capitales enemigos.

Desde entonces convirtieron sus apacibilidades y agrados en amenazas y fieros, sus cánticos suaves en estruendos espantosos que hacían en el pueblo y en los caminos, por donde iban los indios á sus sementeras. Acudieron éstos á los Padres, los cuales, con los exhorcismos de la santa Iglesia les obligaron á mudar territorio.

Del pueblo de San Ignacio pasaron al de Nuestra Señora de Loreto, donde con horrendos bramidos traían inquietos y atemorizados á sus moradores; hacían notable daño á sus sembrados, abrasando como fuego y talando como pedrisco seco, roso y belloso, donde quiera que descargaba la tem-

pestad de su indignacion y nube de su malicia.

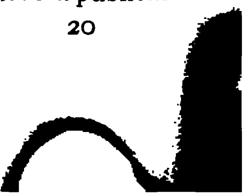
Dieron aviso á nuestro P. Antonio, que tenía muy perdido el miedo á la vil canalla; acudió compasivo de los daños de sus hijos; llevó consigo una reliquia de su santísimo Padre Ignacio, azote de los demonios; colocóla sobre un árbol, imploró su favor, roció los campos con agua bendita, con que los obligó á desamparar la campaña.

Procuraban persuadir á los indios que no entrasen en la Iglesia ni oyesen las voces que los Padres les daban en sus sermones, ofreciendo que ellos harían tal estruendo, que no las pudiesen oir. Así lo cumplieron, porque predicando el Padre, cargaban sobre los tirantes del techo, y estos se crugían con tal estallido, que parecía se habían de venir á tierra hechos pedazos. A los niños, que llevaban las madres colgados de sus pechos, les hacían llorar, con que aquellas se hallaban obligadas á salir de la iglesia para acallarlos. Y esta música era más cierta los domingos y fiestas.

Un demonio amenazó que había de derri-

bar la campana con que tocaban á misa, doctrina y sermón, y permitiéndoselo Dios, la rompió. Habíala puesto el P. Antonio en una torrecilla fabricada de madera. Repicóse todo el día en que la pusieron, y el siguiente, al primer toque con que se hizo el llamamíento á la misa, se conoció que estaba rota. Y al mismo tiempo que los espíritus malignos la rompieron, se gloriaron dello en la reducción de San Ignacio, diciendo á sus moradores cómo ellos lo habian hecho, y pues no querían tener amigable correspondencia con ellos, se retiraban á los montes, donde eran obedecidos y venerados de los infieles. La verdad que en esto dijo el Padre de la mentira, veremos en la reduccion que fundó después el P. Antonio en el Nuatingui de la Encarnacion. Allá marcharon sus enemigos y dejaron de allí adelante de molestar estas dos de Nuestra Señora de Loreto y de San Ignacio.

Pero no por ausentarse se mitigó el mortal odio y ojeriza que tenían al fervoroso Padre, á quien á voces apellidaban mortal enemigo. Comenzaron de nuevo á publicar-



le guerra, aparecíansele formidables mónstruos cuando entraba en la oracion, inquietábanle en la celda con grandes estruendos; alrededor de su choza encendían hogueras en diferentes ranchos y se calentaban como si tuvieran frío, encaminando á ella todo el humo, levantando la risa, y diciendo: Esto hacemos por dar fastidio á cierto personaje que mal nos quiere.

El P. Antonio no se daba por entendido, perseverando constante en su oracion, segurísimo de que no podían dañarle más de lo que Dios les permitiese. En cierta ocasion ya procuraron ahogarlo, pero no pudieron como se dirá en su lugar. No sé si fué por arte suya lo que aquí le sucedió.

Una noche, rendido de las tareas del día, se recogió á descansar un rato. Recostose el fatigado cuerpo sobre un zarzo, que era su más regalado lecho, cubriéndose con una frazada de vieja raida. Solamente se quitaba para dormir los zapatos y ceñidor, que ponía sobre un banquillo. Estando en el primer sueño, despertó á las voces de aviso que le daba, sin saber quién, que se guardase de la ví-

vora; saltó del zarzo, salió de su albergue, encendió lumbre, reconociolo todo, y nada halló de que pudiese guardarse; fué á calzarsc los zapatos, y vió enroscada en ellos una vívora grande, que en su lengua materna llaman los indios Quiririo, cuyo veneno es tan pestilente, que en tiempo muy breve penetra al corazon y despoja de la vida, y sin duda la suya hubiera corrido gran riesgo, si el cielo no lo hubiera dado aquel aviso.

Admirable fué la providencia de que usó la divina piedad con un indio, reputado de todos por buen cristiano, y no era cristiano, aunque en las costumbres muy pío y hombre de bien.

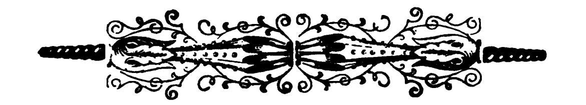
Cayó en una gravísima enfermedad, recibió todos los Sacramentos y estuvo dos meses agonizando, sin acabar de dar la última boqueada.

Fué á visitarle el P. Antonio y el doliente se consolaba tanto con su visita, que lo llamaba dos y tres veces cada d a. No tenía ya más que la piel sobre los huesos, y parecía más esqueleto que cadáver; sola la respiracion hacía fe de vida.

Admiraba el Padre que pudiese tan sin fuerzas resistirse tanto tiempo. Preguntóle si tenía algo que le diese pena; dijo que no. Encomendólo á Nuestro Señor para que lo favoreciese en aquel trance. Hallóse allí bien acaso una india de la vecindad, y díjole:

—Yo pienso, Padre, que no está bautizado el enfermo, porque yo me he criado con él, y no sé cuándo ni quién le bautizó.

Hízose reparo y diligente inquisicion y se averiguó que entrando un domingo en la Iglesia, al tiempo que el sacerdote esparce el agua bendita, le alcanzaron algunas gotas, y él creyó que era el bautismo, y púsose nombre de Juan, quedándose con su pecado original, y por ventura con otros actuales. Estaba bien instruído en los misterios de la fé; de nuevo lo bautizó el Padre, y él muy contento dió el alma á Dios, que es maravilloso en sus escogidos, y debe ser glorificado por los medios eficaces y extraordinarios por donde lleva muchas almas á su salvacion. Con este caso concibieron los indios más estimacion de los Santos Sacramentos.



CAPÍTULO XXIV

Fabrica el P. Antonio la reducción de Nuestra Señora de Loreto, donde él sirve plaza de incansable jornalero.

Con los sucesos trágicos que tuvo en sus principios esta nueva cristiandad, y con lo que el demonio procuró por sí y por sus ministros impedir su reduccion á los dos pueblos, no pudieron fabricarse de propósito sus iglesias; estaba el arca del Nuevo Testamento como la del Viejo durante la peregrinacion de los israelitas, en pabellones ó tiendas de campaña. Pero cuando ya les pareció que estarían libres de toda turbacion y miedo de invasiones enemigas, el primer cuidado de

los Padres fué como el del rey David. *Si dedero somnum oculis meis, donec inveniam locum domino.* Dignándose la majestad divina de tener su domicilio entre estos pobres indios, que rescató con su sangre, puesto estaba en razon que ellos echasen el resto de su poco poder, como lo hicieron con ayuda y direccion de sus celosos curas en labrarle templos capaces y cubiertos de teja, por el riesgo grande que corren los que tienen el techo de paja, como se ha experimentado en los inevitables incendios de muchos, donde perecieron hasta las más sagradas alhajas del sacrificio santo de la misa.

No tenían los Padres oficiales ni había memoria que hubiese llegado á aquella tierra tejero alguno. Hicieron diligencias para traerlos de allende con crecidos salarios, siquiera para que enseñasen á los indios el arte, que para las mecánicas ni les falta el ingenio ni la aplicacion. Hubiéranselo quitado con mucho gusto de la boca, aplicando para el gasto de conducirlos la limosna que la gran piedad del rey católico da para el sustento de los ministros Evangélicos.

Recorrieron al Guayrá; pero como sus vecinos estaban tan mal con estas reducciones, ninguna diligencia ni disposicion de premio bastó para traerlos á cosa tan del servicio de Dios.

A falta destos peritos oficiales, nuestro Padre Antonio Ruiz, fiado en el favor del Supremo Arquitecto, que con solo querer, supo y pudo fabricar esta gran casa del universo, se resolvió de emprender la obra; y no habiendo sido discípulo ni aprendiz, hacerse maestro de los indios.

Enseñóles á cortar madera, á prevenir los pilares necesarios, con que dentro de breves días aprestaron materiales y erigieron un templo muy capaz, con todos sus adherentes y oficinas, todo con vistosa proporcion. Hicieron asimismo su horno para cocer la teja, y después de varias pruebas dieron su temple al barro, y salieron tan diestros como si de grandes maestros hubieran aprendido aquella facultad.

Edificada la casa á Dios, labraron para sus ministros un colegio competente, donde pudiesen gozar alguna comodidad y defen-

sa contra los rigores de los tiempos, y vivir en forma de comunidad con religiosa clausura.

Iglesia y casa salieron tan perfectas, que merecieron la aprobacion del reverendísimo P. Nicolás Durán Mastrilo, varon muy entendido en todas materias, que fué varias veces Provincial del Perú y una del Paraguay. El cual, en una carta que escribe á su general Mucio Vitalesqui, dándole cuenta de lo que gloriosamente obraban sus hijos en beneficio de aquella gentilidad, le dice:

«El templo es tan capaz, tan desahogado, tan hermoso, y con tanta curiosidad y aseo, que aseguro á V. P. con verdad que cuando entré en él me pareció un retrato del cielo, y si no lo hubiera visto, con dificultad lo creyera; y solo con verlo dí por muy bien empleados los trabajos y peligros de tan largo viaje.»

Antes que se acabase la obra con toda perfeccion, llegaron á las reducciones los Padres Juan Baseo y Diego de Salazar, que habían llegado de España para reclutar aquel tercio valeroso que en Paraguay tiene la

Santa Compañía de Jesús para defensa y propagacion de la fe.

Era el P. Baseo tan insigne en la música, que llegó en el siglo á ser maestro de capilla en la del serenísimo señor archiduque Alberto.

Comenzó luego á ejercitar su grande habilidad enseñando la música á los indios, con que en breve tiempo, con magisterio tal, salieron tan diestros los discípulos, que se celebraban los divinos oficios con la solemnidad con que en una catedral de Europa.

Significó Nuestro Señor por este tiempo el respeto que se debe á los lugares sagrados con una maravillosa y apacible vision que tuvieron los indios feligreses de nuestro Padre Antonio en la noche inmediatamente antecedente al día en que se había de celebrar la dedicacion del templo de Nuestra Señora de Loreto. Refiérelo él mismo en el párrafo 18 de su *Conquista*.

En el Loreto dedicamos un templo á la soberana Virgen en una de sus festividades. En la noche de la vigilia se hallaban juntas

al regocijo más de sesenta personas. Todas estas vieron clara y distintamente que de la iglesia vieja, que estaba enfrente de la nueva, salían tres personas vestidas de un rico y celestial ropaje, blanco como los ampos de la nieve, lucido como bruñida plata. Sus rostros parecían tres soles, con unas cabelleras como hebras de oro, derribadas sobre sus hombros. En medio de ambas iglesias, vieja y nueva, estaba arbolada una hermosísima cruz, con tres gradas por pie, y subiendo por ellas con pasos llenos de majestad, se arrimaron á la cruz, mirando con cariño al altar de la iglesia nueva, que aún no tenía puertas.

Estaba la gente absorta contemplando la hermosura y gallarda disposicion de aquellos tres personajes, en la cual todos tres diferenciaban, porque ninguno era de la medida del otro.

Unos niños que allí se hallaron, con más simplicidad que respeto ó miedo, se encendieron en amor de aquella peregrina belleza, y atraidos della se iban acercando á ellos para estar en su compañía y gozar

más de cerca de tan agradable espectáculo. Pero ellos se retiraron poco á poco y volvieron á la iglesia vieja, de donde habían salido.

Quedaron todos con mucha pena, culpando la osadía inocente de los niños, pareciéndoles que por su causa les había durado tan poco la vision de aquella gloria.

Discurrióse con piedad que podían ser las tres personas de la Trinidad Beatísima, á cuya deidad se consagran los templos, ó los ángeles que asisten á la majestad de Cristo sacramentado, y quisieron dar á entender lo mucho que gusta Dios de que se le consagren en la tierra templos á su grandeza divina.

Al mismo P. Antonio le sucedió otro caso que él mismo cuenta en el lugar citado, como de tercera persona:

«Estaba durmiendo en el aposento, y sería como la media noche, cuando soñó que se le representaba una alma muy triste y como vestida de luto, que por una calle del pueblo iba dando suspiros con muestras de mucho pesar y sentimiento; que después vino á la

iglesia, entró por la puerta principal y en medio della se puso de rodillas, haciendo fuertes actos de contricion, hiriendo con recios golpes los pechos; de allí á buen rato salió por otra puerta, que también estaba cerrada, y llegó al medio de la plaza, donde la perdió de vista.»

Despertó con la pesadilla y dando por verdad lo que pudo ser puro sueño, pues no iba en ello á perder, ofreció por el alma que juzgaba ser, algunas oraciones. Dudó si le diría la misa, pero quiso primero averiguar si alguno del pueblo, que madrugan y trasnochan mucho, habría visto despierto lo que él dormido.

Apenas salió de su rincón, cuando vió un corrillo de gente, que confería alguna novedad. Llegó uno dellos, y dióle noticia cómo estando á la media noche bien despierto á la puerta de su casa, había visto pasar una que le pareció alma venida de la otra vida. Deste informe tuvo harto el Padre para ir luego y ofrecerle la misa, que para este fin permite el Señor apariciones semejantes. En muchas otras ocasiones se le aparecieron al-

gunos difuntos, implorando el socorro de sus sacrificios y oraciones.»

Este era el estado de aquella cristiandad cuando aquellos varones apostólicos, que como hijos legítimos del grande Ignacio ni pensaban de día ni soñaban de noche, sino cómo podrían adelantarla y hacer nueva gente para las banderas de Cristo, se resolvieron salir á caza de muchos gentiles que en gran número vivían derramados por las más remotas é inaccesibles sierras, parte de los que en ellas tenían su nacimiento y parte de los que huyeron del cautiverio en la entrada de los Mamalucos del Brasil, de los españoles de Ciudad Real y de la Villa Rica. *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia*; y como estos obreros evangélicos estaban tan ricos de la gracia del divino espíritu, más estuvieron en pensarlo que en ponerlo en ejecucion. Cumpliéndose en ellos lo que el Señor prometió por Jerem. 16. *Ecce ego mittam piscatores multos, dicit Dominus & piscabuntur eos: Et post hœc mittam eis multos venatores & venabuntur eos de omni morte, & de omni colle & de cavernis*

petrarum. Salió á esta, ó pesca ó caza el P. Josef Cataldino con algunos caciques fieles de los más bien fundados en la fé. Tomaron la derrota por la provincia del Tucutí y recogieron hasta nuevecientas almas, entre admirados y gozosos, *in captura piscium.* En la reduccion de Loreto habían quedado, disponiéndolo Dios así, el P. Antonio Ruiz y el P. Baseo, y en la de San Ignacio los Padres Maceta y Salazar. Pero cuando más descuidados ó menos temerosos de enemigas invasiones, se vieron de repente acometidos de un ejército numeroso de los Brasiles y Portugueses de la ciudad de San Pablo, Argel de las provincias de Paraguay y Tucumán.

Traían por caudillo á Manuel Prieto, pirata atrevido y cruel, que murió de un flechazo en castigo de sus tiranías. Con el aviso que dieron las centinelas de ambos pueblos, salióles al opósito animoso el P. Antonio Ruiz, armado del celo de las almas y bien espiritual y temporal de aquellos pobres que Dios le había dado por hijos y feligreses, cuya conversion les había costado

tanto. Llegó á afrontarse con el ejército contrario con un denuedo semejante al del gran leon con el del ferocísimo Atila. Primeramente les suplicó por Cristo crucificado desistiesen de aquella faccion tan indigna de hombres cristianos y que tanto desacreditaba su fe entre las naciones gentiles; que reparasen en los trabajos inmensos que habían padecido él y sus compañeros en recoger á los apriscos de los dos pueblos aquel ganado perdido, y que si se descarriaban segunda vez las ovejas, sería imposible volverlas á juntar, que si no temían la justicia humana, temblasen de la divina que no había de dejar sin el merecido castigo aquellos excesos. Que si necesitaban de bastimentos pára refrescar sus tropas, los sacarían con muy buena voluntad. A tan corteses razones respondieron, no con la modestia y cortesía debida á un ministro de Dios, sino con el desgarro con que pudieran enemigos de la iglesia. Aquí el manso Padre, convertido todo de cordero en leon, les habló más alto con toda libertad. Que hiciesen lo que les estuviese mejor, pero que los citaba para el tri-

bunal divino, y que entendiesen que á los suyos, aunque les faltaban mosquetes y arcabuces no les faltaban arcos y flechas y les sobraba el valor para tan justa defensa y que habían de perder todos las vidas á costa de muchas suyas, antes de llevar un solo cautivo.

Fueron estas voces rayos, y dándoles eficacia la virtud del Señor, hicieron miedo, y obligaron á retirarse á los que ya tenían la presa por suya. Que á quien conoce como yo la fiereza natural de los Mamalucos y la codicia de los moradores del lugar de San Pablo, parecerale milagro, no de los menores del P. Antonio, haberse vuelto á su tierra con las manos vacías, aunque no sin dejar muchos vestigios de su crueldad, pues sin otro interés que hacer daño á otros cristianos, les talaron todas las sementeras que tenían allende del río.

Con todo no dejó de dar mucho cuidado el correo que vino de aviso de cómo el Padre Cataldino volvía victorioso á sus reales con los despojos de los nuevecientos indios que dijimos arriba, y forzosamente había

de encontrar en su marcha con las huestes enemigas y sería lo mismo que dar manadas de ovejas en las bocas de lobos carniceros. Y aunque se les envió propio advirtiéndoles su peligro, y que el enemigo aguardaba al paso, como los pobres peregrinos venían fatigados y hambrientos, no pudieron ni cejar ni detenerse en su viaje. Acudieron al presidio de la oracion, clamando á Dios con David, Psalm. 73. *Ne tradas bestiis animas consitentium tibi.* Iban delante los buenos pastores, como batidores del campo, para descubrir por dónde hacían sus marchas los Mamalucos, cuando á la media noche oyeron gran estruendo de sus reales, y que la gente a toda prisa se arrojaba al río. Y fué la ocasion de aquel alboroto que su capitán Manuel Prieto había sido acometido de un tigre feroz y furioso que le dió una navajada en la cabeza y dos en los brazos, principio del castigo que después ejecutó una flecha.

Divertido el ejército en socorrer y curar á su general, pudieron nuestros indios con la oscuridad y silencio de la noche, llegar

salvos á la reduccion, donde la caridad de sus Padres les hizo el recibimiento y agasajo que al Pródigo la del suyo.





CAPÍTULO XXV

Sa'e el P. Antonio á caza de indios y el fruto que hace en dos misiones.

Como los indios que se iban reduciendo de los montes se repartían pobladores de los dos lugares del Loreto y San Ignacio, quedaban los Padres más desocupados, pues aunque con más hijos, menos esparcidos, y con menos trabajos y tiempo podían acudir á doctrinarlos, visitar los enfermos y administrar á todos los santos Sacramentos. Teniendo bien que hacer en este empleo de curas, ya les pareció que vivían ociosos si no salían en busca de nuevos gentiles, cuya perdicion llevaban atravesada en sus almas.

No falta quien dice que la hambre que padeció el Salvador del mundo después de la rigurosa cuaresma del desierto, no fué tanto de sustento material como de almas. *Esuritionem humanæ naturæ*, estas fueron

la comida y la bebida más de su gusto; con esta hambre bajó del cielo á la tierra, y con esta sed murió en la cruz.

Imitadores los soldados de la Compañía de Jesús deste celo de su Divino Capitán, no padecían hambre del ordinario pan, aunque no lo alcanzaban á ver en muchos años, para acallar sus duelos, que con pan todos son buenos; contentos vivían con raíces de yerbas y con agua de los ríos. Otra sed y otra hambre les daba más pena, es á saber, la de tantas almas de gentiles que perecían de hambre, porque aunque pedían el pan de la predicacion evangélica y conocimiento del verdadero Dios, *Non erat, qui frangeret eis.* Buen hartazgo se daban siempre que salían por aquellas montañas y nunca se mitigaba su hambre ni saciaba su sed.

Poco satisfecha la de nuestro P. Antonio con los nuevecientos indios de que le hizo plato con su venida el P. Cataldino, su compañero, ó ya deseoso de retornarle con otros tantos, se resolvió de hacer otra correría por diferente vereda, pues aquellas regiones son tan dilatadas, que aunque fueran los opera-

rios de ciento en ciento y de mil en mil, siempre hallarán miés que recoger en los graneros del Señor.

Herido el general Manuel Prieto de la mano de Dios, que sabe armar sus criaturas. *Ad ultione minimicorum*, y atemorizados los suyos con su castigo, temiendo cada uno semejante revés de la divina indignacion, dieron la vuelta á su ladronera del Brasil.

Con esta idea quedaron las reducciones libres del sobresalto en que las puso su venida. Llegó nueva que hacían esclavos á cuantos indios encontraban, y que sobre la Tivaxiva habían hecho prisioneros á algunos caciques, que con sus vasallos venían á recibir el santo bautismo. Gran sentimiento mostró de esto nuestro P. Antonio, y sin poderle detener otros cuidados, no de poco peso, marchó luego por los aires al socorro de aquella pobre gente. Halló no ser tanto el daño como la fama había encarecido. Mayor fué el provecho que hizo en este viaje, en los muchos niños y adultos enfermos que bautizó y trasladó de las miserias desta vida mortal á las dichas de la eterna.

Avisáronle que en una de las poblaciones antiguas yacía con peligro un indio de setenta años y que con muchas ansias pedía el bautismo. Acudió aprisa, catequizólo despacio, que para todo dió tiempo la enfermedad, asistióle en su muerte y envióla con seguro pasaporte á poblar el cielo.

Otra mision hizo en compañía del P. Diego de Salazar en gran servicio de Dios y beneficio de muchas almas.

Encendióse en el Pirapo una fiera pestilencia. Muchos huyendo el incendio, dieron la vuelta á sus ranchos antiguos. Y para que estos no murieran sin Sacramentos en aquellos desamparados y solitarios montes, fueron los Padres en seguimiento suyo, acariciándolos, regalándolos y sirviendo con mucha caridad á los que ya iban heridos del contagio. Rogábanles no volviesen las espaldas á Dios, que tan gran beneficio les había hecho como traerlos á su fe, cuando á tantas otras naciones dejaba sepultadas en sus errores y sombras de la muerte.

Fué increíble el consuelo que tuvieron con la vista de los Padres; bautizáronse mu-

chos gentiles, confesáronse los cristianos, exhortaron á todos á la perseverancia y prometieron volver á las reducciones extinto el fuego de la peste.

Bien digno de memoria es lo que sucedió á tres destos indios. Persuadíales el siempre embustero demonio que dejasen la profesion de la fe y repitiesen sus supersticiosas y antiguas costumbres, representándoles en esta mudanza grandes conveniencias de gustos y mayor libertad. Rindiéronse á esta tentacion y pusiéronse en camino, que fué lo mismo que apartarse del del cielo y tomar la carrera del infierno.

Dios, entre misericordioso y justiciero, les atajó los pasos y reprimió su infidelidad, enviándoles á los tres una enfermedad grave. Conocieron era castigo de su apostasía, y arrepentidos della dieron aviso á los Padres, los cuales luego despacharon por ellos y los volvieron á su reduccion; y habiendo cobrado la salud, perseveraron constantes en la fe. Lo que con estos hizo la enfermedad alcanzó el Señor por otro medio de un indio que con su mujer y familia había tomado la mis-

ma derrota de su perdicion: saliéronles al camino y tres veces los embistieron unos mastines espantosos, y por ventura se hubieran encarnizado en ellos, si conociendo que aquel era castigo de su alevosía, no hubieran luego con mejor consejo vuelto al seguro puerto de donde salieron.

Santificando Antonio con estas y semejantes obras de piedad aquellos páramos, llegaron al sagrado de la suya cinco portugueses desnudos, que por singular beneficio de Dios habían escapado de un naufragio en que perecieron muchos compañeros suyos de su nacion y todos cómplices en una misma maldad.

Había ya siete años que en formado escuadron habían salido del Brasil para las riberas del río Marañon á cautivar indios, como á caza de fieras. Todo este tiempo vivieron como infieles, aguardando alguna buena ocasion de hacer de una buen número de cautivos y volver con ellos á la Rochela de San Pablo, de donde eran vecinos. Que aunque los que fundaron aquella ciudad le dieron el nombre de aquel divino Apóstol,

para que entendiesen sus moradores lo que habían de celar la salvacion de los gentiles ya se le puede trocar el nombre de Pablo en el de Saulo, pues no hacen, preciándose de católicos cristianos, sino lo que Saulo hacía antes de serlo: *Spirans minarum & cœdis in discipulos Domini*. No ha tenido la propagacion del Evangelio en la América mayor tropiezo que la inhumanidad y avaricia desenfrenada de los vecinos de aquel pueblo. De allí salieron en corso los portugueses como de Argel ó Biserta, á infestar nuestros mares las galeotas de los moros. Pero sucedióles lo que muchas veces á estos, que viniendo á cautivar quedan muertos ó cautivos. Entendieron los indios la traicion que les urdían; mancomunáronse contra ellos y á todos quitaron la vida, menos estos cinco que en los bosques salvaron las suyas, por beneficio de sus pies y con inmensos trabajos y riesgos de los naturales y de las fieras, llegaron muertos de hambre á los del P. Antonio, el cual, olvidando los agravios que de los suyos había recibido su reduccion, los recibió y regaló como si fueran

hermanos de su misma Compañía; y habiéndolos vestido de cabeza á piés les proveyó de viático competente para volver á sus casas. Pagarónle muy bien estas finezas de caridad, siendo estos cinco los primeros, y como guiones del ejército que después vino de dicha ciudad de San Pablo, á destruir estas floridísimas reducciones del Guayrá, como se lamentará en el libro tercero.

Más leales y agradecidos fueron tres religiosos Recoletos, y dicho se estaba que lo habían de ser, siendo hijos de mi seráfico Padre San Francisco. Partieron también de San Pablo, pero con diferentes intentos, no de cautivar indios, sino de rescatar almas del cautiverio de Satanás. Aportaron á la reduccion de nuestro P. Antonio, y fué lo mismo que llegar tres ángeles peregrinos á la casa del Santo patriarca Abraham.

Hízoles descansar algunos meses en su compañía, regalólos con todo lo que pudo, dióles el matalotage necesario para continuar su viaje, como lo hicieron no menos contentos que admirados de que en aquella soledad hubiesen hallado en las caritativas

entrañas de un Antonio lo que pudieran prometerse del de Egipto si hubiera bajado á agasajarlos del cielo. Por todas partes iban haciéndose lenguas en alabanza suya, elogiando lo heróico de su santidad, los raros ejemplos de todas las virtudes que en él notaron todo el tiempo que vivieron en su compañía, publicando á gloria de Dios y honor de la de Jesús que en aquel inculto campo habían hallado un tesoro escondido; en aquel rincon del nuevo mundo en un Antonio veneraron dos Pablos; al ermitaño en el olvido y desprecio de todo lo terreno, en la oración y contemplacion contínua; al apóstol en el ferviente celo de la conversion del gentilismo, y yo añadiera que también en los infinitos peligros á que se expuso por la salud eterna de sus hermanos y en los raptos hasta el tercero cielo.

La misma magnanimidad experimentó otro religioso muy grave que había ocupado altos puestos en el gobierno de su religion. Hallóse como encallado en el Paraná grande, sin posibilidad para salir dél ni dar paso adelante. Avisó al Padre Antonio del

aprieto grande en que se hallaba. Apenas tuvo noticia de su trabajo cuando le envió una grande embarcacion con todo lo necesario y persona de toda satisfaccion que le viniese sirviendo en el camino. Llegó á la reduccion de Loreto donde fué hospedado y regalado con el mismo amor y asistencia que si hubiera llegado la misma persona de Cristo; tan hecho estaba Antonio á reconocerlo y servirlo en sus pobres.

Detúvolo algunos días y estaba el religioso admirado dé ver en aquella poblacion de cristianos recién salidos de las tinieblas de la gentilidad, lo que no había visto en las ciudades más católicas y poblados de cristianos viejos. Parecíale ver un vivo retrato de la inocencia y fervores de la Iglesia primitiva, tanta frecuencia de Sacramentos, tanta modestia y devocion, tanto concurso á la iglesia, tan rendidas obediencias á los Padres, y en éstos tanto y tan familiar trato con Dios y tan ilustres ejemplos de religiosa perfeccion y santa vida. Lloraba de puro consuelo siempre que en el coro oía convertidos en ángeles, alabando al verdadero Dios

con acorde música de voces é instrumentos, á los que poco antes vivían como brutos, y por aquellos bosques graznaban como cuervos, bramaban como indómitos toros, rugían como leones y otras fieras.

Creció mucho en su corazon el aprecio que ya tenía del instituto de la Compañía, del espíritu de sus hijos, y alteza de sus ministerios. Quiso hacer los ejercicios del Padre San Ignacio y porfió en que había de dárselos el P. Antonio, aunque éste se excusaba, retirándole la gravedad del sujeto, sus letras, su experiencia y muchos años; finalmente hubo de condescender con su peticion. En ellos se le comunicó tanto Nuestro Señor, que decía que la tierra se le había vuelto cielo. Ponderaba, agradecido, la singular merced que Dios le había hecho en guiarlo por aquel camino, donde había hallado escuela de perfeccion. Pidió con todo encarecimiento á los Padres le diesen licencia para permanecer hasta la muerte en su compañía, que él la alcanzaría de sus Superiores, que no les sería cargoso, que se ajustaría en cuanto le fuese posible á las leyes de su san-

ta profesion, y se aplicaría todo al ministerio de las almas, y serviría en los oficios más humildes. Decía esto con tan copiosas lágrimas que admiraba y enternecía. Habiéndolo consultado con nuestro Señor, se juzgó por más conveniente prosiguiese su camino, para el cual se le dió con la misma caridad bagaje, compañía y provision.

Aunque para calificar la hospitalidad del V. P. Antonio Ruiz son testimonios grandes los casos referidos y otros muchos de la misma especie que se pudieran referir, no es menos lo que le sucedió con un español principal.

Adoleció éste en la reducción de Loreto y trató de partir para su tierra y casa, donde juzgó tendría más comodidad, más asistencia y regalo y más á mano médicos y medicinas.

Disuadiósele el P. Antonio proponiéndole el riesgo que correría su vida en tan largo viaje, ofreciole traerlo á su casa y servirle con toda solicitud; que reparase en el descrédito que se le podía seguir de haberle permitido aquella jornada, en caso que en ella se le

agravase la enfermedad ó perdiese la vida. Apretarónle de suerte los accidentes, que aunque quiso partir, no pudo sin nota de temerario.

Más prudente resolvió lograr el favor que el P. Antonio le hacía, prometiéndole que por su oracion le restituiría el Señor la salud del cuerpo, y la del alma ganaría mucho con su santa conversación.

Trató en primer lugar de la cura desta, que no estaba menos necesitada; púsose en manos del Padre con firme propósito de obedecerle en cuanto le ordenase. Por consejo suyo pidió perdon á todos los indios sus pecheros, mandando que de sus bienes se les resarciesen los menoscabos y agravios que dél habían recibido en el tiempo que fué su encomendero.

Este es el mayor y más universal tropiezo de su salvación que en aquellas provincias tienen sus vecinos más poderosos, que contraviniendo á las cédulas reales se sirven de los indios encomendados personalmente y les pagan la soldada con estorsiones y agravios. Y siendo uno de los pecados que más

claman al cielo, apenas hay quien forme escrúpulo destas injusticias, que se rozan en tiranía. Lo que hizo parecer más admirable, por pocas veces vista, la resolucion que el enfermo hizo y el escrúpulo que formó. A los que le visitaban, decía con grande edificacion:

—Ya es tiempo de abrir los ojos y la puerta al desengaño y de conocer y confesar la verdad. ¿Qué le aprovechará al hombre haber sido señor del mundo, si se condena para siempre el alma? Al supremo juez no habrá quien pueda echarle dado falso. Todos vivimos ciegos con la codicia de los biènes presentes. Todo es burla, sino grangear los que para siempre duran.

Así lo propuso y así lo cumplió habiendo cobrado salud, la cual atribuyó siempre á las oraciones del P. Antonio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.





